



S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



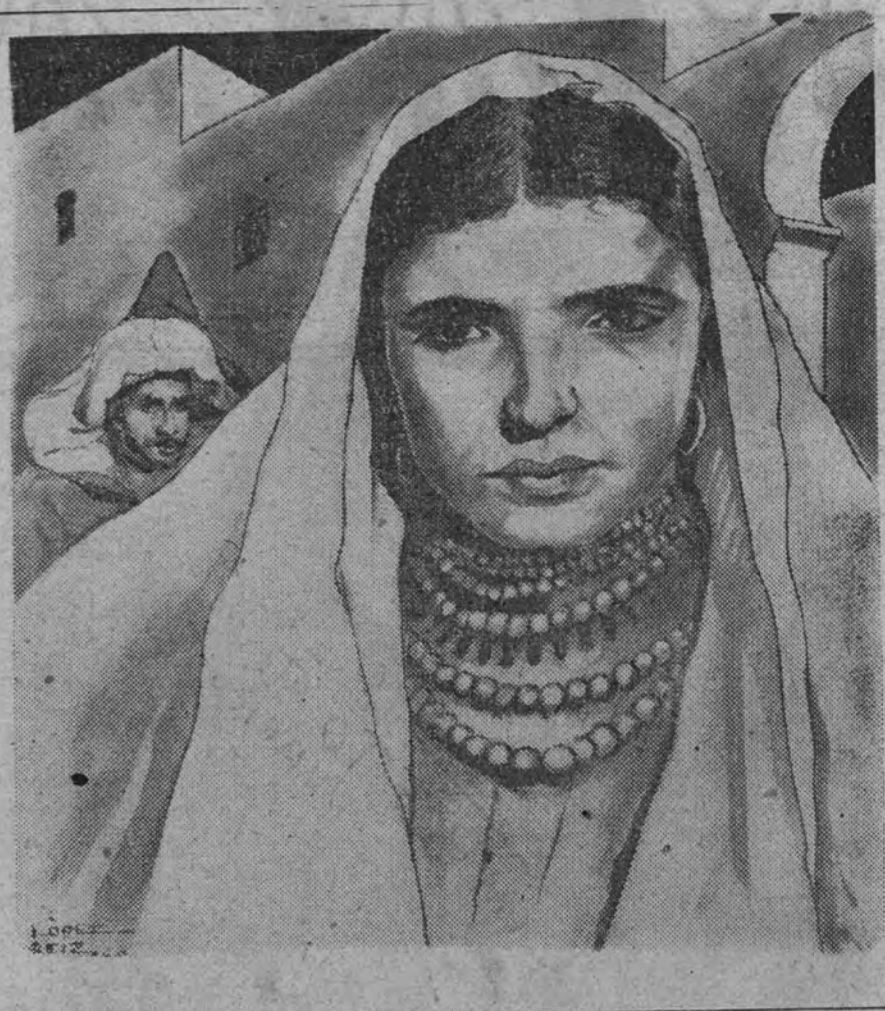
Glosario de voces usuales en Marruecos

Por "ABD EL HASSAN"

LEIMOS en un Manual de Toponimia Marroquí: "Muchas voces de resonancia española son, no ya por su acento, sino por su formación, marroquíes. El conocimiento de estas voces y, sobre todo, el dialecto mogrebí o mozárabi debería ser obligatorio en las escuelas."

San Agustín, berber por su madre, da en "La Ciudad de Dios" testimonio de que la lengua materna que le brizó la cuna se hablaba en casi todo el norte africano. ¿El bereber es la misma lengua de los libios y de los nómadas? ¿Es de filiación camita, como el egipcio y el galia? Los dioses se recrean en nuestras disputas, y especialmente en las de los filólogos. Dialectos marroquíes del bereber son, en todo caso, el chejja o rifeño o tomazirí, que se extiende del Rif a la frontera argelina; el bereber del Atlas Medio, que se habla desde el corredor de Taza hasta el territorio de los Ait Atta, y el tachelhit o habla de los Chluh. Recordamos que en el bereber la influencia latina ha configurado muchas voces. ("Kubba", cúpula, viene de "cupa"; "borth", la casa de campo, viene de "burgus"; "slifa", la techumbre, viene de "scapha"; "guedir", la lámpara, de "candela", "sidjel", el sello de "sigillum"; "kanun", la ley, de "canon"; "tell", de "tellus", la tierra. Ejemplos tomados de Servier.)

Circuló en 1924 un vademécum para descifrar telegramas de Marruecos. Su autor, "Tipsis", no fué entonces ni ha sido luego identificado por nosotros. Tras de recordar las diferencias entre los dialectos de la lengua árabe—los del Yomen, egipcio, maronita, druso, bereber, beduino y mapulense—recogía las cien voces de uso más corriente en Marruecos.



"Rahina", hipoteca; "Rumi", cristiano; "Filali", de la cabila de Filala y los sus descendientes de un santo varón de Filala; "Barrani", extraño, forastero; "Belha", terreno dedicado al cultivo de hortalizas; "Buah", portero; "Baja", bernador; "Bali", viejo, antiguo; "S. Yihad", obligación de hacer la guerra santa; "Yamas", reunión de personas notables; "Hauma", barrio, distrito, alrededores; "Dahira", multa; "Fondak", posada; "Fria", fiesta, espectáculo; "Musaca", Av. clación de riegos; "Uta", llanura; "Xerfa", plural de "xerif", jerife; "Zaca", derechos de la mercancía de exportación; "Zanca", calle.

"Belad el Majzen", la parte del Imperio fiel al Sultán; "Ber", pozo; "Biar", plaza; "Borch", torre, fortaleza, bastión; "Cora", "Quira", alquiler de tierras; "Cora", letrado; "Emir", príncipe; "Harka", trapa, "Naiba", renta al Sultán; "Meru", carnero asado; "Majzen", Poder central; "Iman", el que dirige la oración; "Mund", suministro de víveres; "Nadir", inspector; "Taleb", estudiante; "Sarah", pastor; "di", Señor, patricio; "Suga", escaramuza, operación militar; "Tabal", tambor; "Almober", cementerio; "Aman", perdón, amnistia; "Amel", gobernador.

Añadamos por nuestra cuenta, con otros lexicones a la vista: "Baraca", don divino atribuido a los jerifes y morabitos, y que creen transmitir; "Ceca", casa donde se labra la moneda; "Chauz", portero de estrados, alguacil del juez; "Coba", tienda de campaña que usa el Sultán en sus expediciones; "Garrama", contribución al príncipe, y, en otro sentido, hurto o estafa; "Esbén", bebida moruna que se prepara con leche agria ("Helib" es la leche); "Zaula", reunión de miembros de una Cofradía; "Mulquia", documento autorizado por testigos que acredita la legítima posesión de un terreno.

Y ahora una pregunta: ¿Qué es el árabe vulgar? Es, en sentir de Servier, el numídico púnico, o sea un patois degradado del fenicio que se hablaba en las costas orientales del Mediterráneo, en Castago y en los puertos de la costa mediterránea. Y añade: "No hay duda posible sobre la completa similitud entre el árabe vulgar hablado en nuestro tiempo en Berbería y el antiguo púnico. No hay más sino que el púnico se ha rellenado en el curso de las edades con vocablos latinos, italianos, españoles y árabes; pero la mayor parte de las raíces se encuentran en el fenicio."

Pero no entremos en estas arduas cuestiones. Con ofrecer al lector el pequeño glosario de voces usuales en Marruecos hemos cumplido.

Año I Madrid, 18 de julio de 1942 - Num. 29



MARRUECOS

- Portada, de Serny.
Glosario de voces usuales en Marruecos, por "Abd el Hassan"; página 2.
S. A. I. el Jefe habla de su viaje a España, y una cuartilla del Alto Comisario; página 3.
La Falange en Marruecos, por José Aragón; página 4.
Marruecos, necesidad de España, por el Director General de Marruecos y Colonias; página 5.
Marruecos y España, por Ernesto Giménez Caballero; página 6.
Marruecos, seguridad de España, por José María Arellano; página 7.
Las lenguas habladas en Marruecos, por E. García Gómez; página 8.
La Filosofía en Marruecos, por Angel González Palencia; página 9.
Las campañas militares en Marruecos, por M. Fernández Almago y "El Tebib Arrumi"; páginas 10 y 11.
La política republicana en Marruecos, por "Taleb"; página 12.
Legislación marroquí, por M. de la Plaza; página 13.
La acción cultural de España en Marruecos, por Tomás García Figueras; página 14.
Marruecos y España: dos economías que se necesitan, por José María Cordero Torres; página 15.
España en la geografía marroquí, por J. César Bancelletta; página 16.
Marruecos en el Alzamiento, por R. Armada; página 17.
La cerámica de Marruecos, por Luis A. Bolin; página 20.
Ilustraciones de Tauler, Serny, Pedro Bueño, De la Riva, Gabriel y López Reiz.

La nota del Manual nos ha movido a extraer de unas carpetas de entonces el pequeño vademécum de "Tipsis". Como se destinaba este repertorio a la prensa, algunos diarios lo difundieron, aunque en parte. Pensamos que ahora, con la política marroquí que el nuevo Estado tan inteligente y tan eficazmente ha emprendido, la labor de "Tipsis" recobra actualidad y merece ser en este SI divulgada de nuevo. Recordaremos, pues, el trabajo, que muchos de nuestros lectores querrán conservar seguramente:

"Zoco"—como ya se sabe—quiere decir mercado, feria, y de ahí las denominaciones que se leen con frecuencia indicando días en que se reúnen los mercados: zoco El Tenin, mercado del lunes; zoco El Telata, mercado del martes; zoco El Arba, mercado del miércoles; zoco El Jemis, mercado del jueves; zoco El Yumua, mercado del viernes; zoco El Sebti, mercado del sábado, y zoco El Had, mercado del domingo.

El Ejército es en árabe marroquí "askar", y "askari" es soldado de Infantería; "Tabor", compañía de tropa; "Tabiya", Artillería; "Targuiba", sacrificio de carnero o toro para solemnizar los pactos o los acuerdos de la tribu; "Rais el Marsa", capitán del puerto; "Rais el Feluka", capitán de barco; "Amín Esteoa", tesoro; "Azib", cortijo; "Yebel" ("Chebala"), habitante de la montaña; "Yebel", monte; "Chin", espíritu maligno; "Dahir", decreto del Sultán; "Lalla", niña; "Dar", casa; "Dar el Azar", aduana; "Caíd", gobernador de tribu; "Cadi", el juez en funciones; "Caíd Er Raha", comandante; "Caíd Ettrabehia", jefe de Artillería; "Caíd mia", teniente; "Kazba", alcazaba, fortaleza; "Liem Alem", doctor de la Ley; "Ulad", sinónimo de "Ben", hijo, sucesor; "Xaraa" ("Chara"), la ley de los mahometanos; "Semtar", corredor intermediario entre árabe y europeo; "Semain", la canícula; "Mufli", juriconsulto; "Mujaceta", asociación agrícola; "Rabail", arrabal; "Muecin", almudano; "Fehib", médico; "Sua", plural de "Sur", murallas; "Azar", la hora media hasta la puesta del sol; "Azofra", prestación personal; "Ain", fuente; "Aaxor", diezmo; "Alendia", colina; "Aleyú", versículo del Corán; "Darba", ataque de una cabila contra un aduar; "Delal", pregonero; "Dohor", tiempo del mediodía; "Chari", reanador; "Uad", río, valle; "Ghara", ancho; "Guedir", charcas; "El Dora", maíz; "Darb", callejuela; "Flux", dinero; "Fatiha", oración; "Farka", fracción de tribu; "Ferd", media yunta; "Gaba", llanura cubierta de matorrales; "Fouki", alto, elevado; "Garbi", viento del Oeste; "Garb", Occidente; "Garsa", huracán, jardín; "Gaut", motín, revolución; "Haman", baño; "Hamri", tierra roja; "Harrat", agricultor; "Gorna", matadero; "Metmar", silo; "Xerif", varón descendiente del Profeta por parte de Fátima; "Jaima", tienda de campaña; "Hauma", barrio; "Ja-

tib", predicador; "Lalla", hembra descendiente del Profeta; "Luad el Barud", correr la pólvora; "Idala", fuerza irregular armada; "Mejazni", agente armado de las autoridades, y, en realidad, criado; "Mejaznia", conjunto de determinado número de mejaznis; "Mel-lah", barrio judío; "El Maasa", ganado cabrio, o, en general, el integrado por reses pequeñas; "Medarsa", escuela; "Mehala", cuerpo de ejército jarrifano; "Mizcal", la décimotercera parte de un duro.

"Rás", cabo, punta; "Ouibla", dirección en que se ora, en el sentido de la Meca; hemos cumplido.

MONOPOLIO DE TABACOS EN MARRUECOS

PICADURAS, CIGARROS Y CIGARRILLOS DE TODAS LAS PROCEDENCIAS Y DE LAS MEJORES :: MARCAS ::

Depósitos en TETUAN, LARACHE, ALCAZARQUIVIR, ARCILA, VILLA NADOR Y VILLA SANJURJO

S. A. I. EL JALIFA HABLA DE SU VIAJE A ESPAÑA

SI el suplemento semanal de ARRIBA, se honra publicando unas cuartillas autógrafas, recibidas de S. A. I. el Jalifa, y especialmente destinadas a este número:

De acuerdo con el ruego que Nos hace el periódico ARRIBA, y en el que solicita le exponga nuestra opinión acerca de la visita que hicimos al país hermano Español, Nos complacemos en acceder, contando, en resumen, lo que sigue:

A partir del momento en que Nuestro se posó en aquella tierra fuimos objeto de respeto, estima y veneración por parte de las Autoridades y de todas las clases sociales. Señalamos entre todos y muy especialmente al Caudillo victorioso, el Generalísimo Franco, de quien fuimos objeto de tal recepción que es imposible describirla con la pluma.

Fueron apoteósicas todas las demostraciones de profundo respeto, de honores y de cariño que hubo hacia Nuestra persona particular y hacia los Marroquíes en general. Demostraciones éstas que agradecemos desde el fondo de nuestro corazón, donde han dejado huellas que permanecerán en el eternamente y por todos los siglos.

Esta noble conducta fué la pauta que siguieron todos los habitantes de la Capital de Madrid y de las ciudades de Toledo, Valencia y Barcelona. Todos ellos Nos hicieron patente su veneración y Nos recibieron con magnífica acogida, y estos actos merecen ser registrados en el libro del honor y de la virtud, por ser pruebas muy claras del cariño y de la amistad que siente la nación española hacia su hermano el pueblo marroquí.

Durante nuestra estancia en Madrid quedamos encantados al contemplar sus maravillosos panoramas y nos admiró el simpático carácter de sus habitantes. De esta ciudad continuamos a Toledo; allí se Nos recibió con tales manifestaciones de alegría y regocijo por parte de la población, que no Nos es posible describirlas, y sólo podemos decir que de ello únicamente tendríamos una idea los que las presenciaron con sus propios ojos. Era en esta ciudad donde Nos esperaba un gran hombre, el General Moscardó, que Nos acompañó a visitar el Alcázar, tan célebre por su gigantesca epopeya durante la pasada guerra; allí Dios es testigo de la impresión que Nos causó esta visita, en la cual pudimos admirar la nobleza y valentía del militar español.

Continuamos a Valencia nuestro viaje. En aquella ciudad Nos dejó absortos la contemplación de la belleza natural de la Región y la abundante cosecha agrícola. Ante Nos pronunció un magnífico discurso el Jefe del Sindicato Agrario de la gloriosa historia de la ciudad, y ante sus palabras quedó grandemente impresionada nuestra alma. Seguimos a Barcelona, ciudad tan conocida que ante su fama no es necesaria descripción alguna. Nos maravillamos por sus numerosas fábricas y talleres, por su producción de tejidos de fabrica-



اسمى الجليلي الفخراني الذي تميز بها النجاح بما اذا. معتمدا الصالحين
تكون جوج جوج عام ١٩٤٢ في مواقي وابليدته ١٩٤٢
الشيخ الحسن بن محمد

"Al importante relativo al... que auguramos un gran éxito en su misión por...".—Firmado: EL HASAN BEN EL MEHDI.—Dios Le ayude.—Tetuán."

ción esmerada es tal, que al contemplarla se llega a la máxima admiración.

En resumen, España es una gran Nación, de antiquísima y gloriosa historia, y que ocupa un puesto muy elevado en la actual civilización.

Es esto lo que personalmente hemos observado y de lo cual hablamos.

Agradecemos a esta noble Nación los afectos y demostraciones de cariño que durante Nuestra visita Nos ha hecho a través de actos sinceros y nobles.

Tetuán, 29 de Yumada. 2.º del año 1361, correspondiente al 13 de Julio de 1942.

Firmado: EL JALIFA DEL SULTAN:

Una cuartilla del Alto Comisario de España en Marruecos

SIGUE España en Marruecos su gloriosa tradición americana, tan depurada a la luz de la verdadera crítica, de impulsar el desenvolvimiento de los pueblos, libre de todo propósito y de toda otra ambición que no sea la espiritual. Tarea verdaderamente grata en el caso de Marruecos, dos pueblos hermanados por tantas razones, que se reconocieron en su unidad de destinos y en su propia fraternidad a través de la lucha común contra los enemigos de la civilización occidental y de la sociedad creyente y religiosa.

Por eso la tarea primera de España en Marruecos es la de su revalorización espiritual renaciendo una cultura que elaborada por los dos pueblos tiene trazos tan auténticos del espíritu español y del espíritu árabe, realización original y única que llena un período glorioso de la civilización y es fuente de los más puros valores espirituales.

Después, atender a la organización del país y de su Gobierno, asentada sobre bases austeras, eficientes y ejemplares que permitan llevar a todos los ramos de la actividad oficial normas y principios que sean ejemplo de las mismas actividades privadas.

E íntimamente ligado con todo ello, la revalorización económica, que poniendo en valor las riquezas del país permitirá a éste una vida mejor y, sobre todo, organizar debidamente su hacienda como base de toda obra de gobierno.

Tales son las directrices sobre las que trabajan afanosamente, confiada y fraternalmente en Marruecos españoles y marroquíes en una obra común a los dos pueblos, tan ligados por tantos motivos históricos, geográficos y de cultura, y en la que siguen las rutas que les trazan S. A. I. el Jalifa, Muley el Hasán Ben El Mehdi Ben Ismael, el Príncipe amante de España, y el Generalísimo Franco, Caudillo de España, tan amado de los musulmanes.

Luis ORGAZ



El Caudillo de España, con el Ministro de Asuntos Exteriores, recibiendo a S. A. I. el Jalifa acompañado del Alto Comisario, en su reciente viaje por la Península.

La Falange en Marruecos

Por JOSE ARAGON

SU ANTERIOR ORGANIZACIÓN. — LABOR DESARROLLADA

LA generosa contribución del pueblo marroquí a nuestra guerra de Liberación—expresión sincera del agradecimiento de este noble pueblo por la desinteresada acción de España y exponente de la bondad de los méritos empleados por aquella acción—ha despertado en el pueblo español una avidez por saber cosas de Marruecos, a pesar de la abundante producción de un buen plantel de escritores especializados en estos temas.

Este interés, que alcanza tanto a Marruecos, en todos sus aspectos, como a la acción que nuestra Patria ejerce en estos territorios, no podía dejar de proyectarse sobre la organización de la Falange en estos territorios, dada a conocer más intensamente en España desde la epopeya del Jarama, donde cayeron nuestros mejores, flor y nata de la juventud española en Marruecos y solera de su espíritu falangista.

Este interés ha crecido con el paso de la Jefatura Provincial de Marruecos al Servicio Exterior, determinación del Mandado que a muchos, ha sorprendido y otros no aciertan a comprender sus razones. A satisfacer, en parte, este saludable deseo y esa laudable inquietud por los destinos de nuestra Falange en estos territorios, cuna del glorioso Movimiento Nacional, va encaminada esta crónica.

La historia de la actuación de la Falange en Marruecos con anterioridad al 17 de julio de 1936 está por hacer. Cuando pase el tiempo necesario para que el historiador pueda juzgar con imparcialidad la actuación general e individual, actuación que, con juvenil entusiasmo, coadyuvó a iniciar la gesta salvadora de España en el Norte de África, podrán conocerse sacrificios y desvelos que hoy permanecen en la ignorancia. Convenía recopilar, aquilatar y valorar esta actuación, no ya de los tiempos heroicos, precusores del Movimiento, sino de los posteriores, que supo la Falange de Marruecos mantener en todo instante, con fe nunca perdida y entusiasmo sin conocer desmayo, los principios fundamentales de la doctrina de José Antonio, tan magistralmente recogidos y ordenados por el Caudillo Franco, su Jefe Nacional.

La organización en Marruecos, desde los mismos comienzos del Movimiento fué tomando forma, y de su solera nació, se formó, la Bandera, que, creada en la escuela de alto y sentido patriotismo, en la que tantos hombres gloriosos han luchado por España, fué imbuida del espíritu legionario en magnífico grado. Claro exponente de su actuación fueron sus hechos en los campos de guerra, culminados en el Jarama, y de los que se dijo, en frase de un general ilustre, que había respondido a enanas esperanzas en ella habíase cifrado.

Mientras estos heroicos camaradas rescataban palmo a palmo los sectores que del territorio nacional se le habían asignado, Falange atendía a sus servicios—primero un tanto independiente de forma, pero sujeta a los principios generales—de las Nacionales de España, y más tarde, adentrada ampliamente como Jefatura Provincial, una más de las que, políticamente, existían en la Península. Terminada la guerra de Liberación, esta Jefatura Provincial, con su capitalidad en Tetuán, tenía Jefaturas Comarcales en Larache, Chauen, Villa Sanjurjo y Villa Nador, respondiendo a la distribución regional de Marruecos y Jefaturas Locales en Ceuta y Melilla (plazas de soberanía), Arcila y Alcázar, y otras de menos importancia en distintos poblados del Protectorado.

En un principio actuó como local dependiente de esta Provincial, y por su situación especial—ciudad entonces internacional—tuvo que convertirse en Local del Servicio Exterior, dependiente de esta Nacional a través de un Delegado Provincial General, primero, y más tarde de un Jefe Regional de dicho Servicio. En cuanto a los núcleos españoles del resto de África del Norte, pasaron a formar parte del Servicio Exterior a través también de las jerarquías ya mencionadas.

Organizados los servicios de la Jefatura Provincial de Marruecos en forma idéntica a los de cualquier provincia española, fueron nombradas las jerarquías provinciales que se relacionaron con sus nacionales respectivas. Pronto se conocieron las dificultades que esta organización presentaba. Marruecos no podía considerarse como una provincia más de España. La mayoría de las circulares eran de imposible aplicación en estos territorios, y había servicios, como los Sindicatos, con legislación distinta a la española en cuanto a la masa trabajadora, y Auxilio Social, que se nutría de un Fondo de Protección Benéfico-Social también distinto al de España. Solamente el estrecho contacto que había entre la Jefatura Provincial del Movimiento y su excelencia el Al-

to Comisario, hicieron posible el desarrollo de la labor y el cumplimiento de algunas disposiciones que emanaban de las Nacionales respectivas.

Cuantos camaradas colaboraron a lograr una posible perfección de servicios en la organización, lo hicieron animados del mejor espíritu y persuadidos de que así servían, dentro de sus posibilidades, a España. Casi en su mayoría eran funcionarios, comerciantes, empleados, productores, que, sin dejar de atender debidamente al quehacer que les garantizaba su sustento y el de sus familiares, aportaban un promedio de cuatro a seis horas de trabajo diario, tan intenso como desinteresado; establecían la proporción directa entre la intensidad y el desinterés, porque era el espíritu el que imperaba. La consigna era trabajar, trabajar hasta el agotamiento físico, y muchas veces, rebasado este límite, seguía el espíritu laborando sin cesar.

Todos los servicios rivalizaron en noble emulación: unos, de labor menos visible, como Justicia y Derecho, Información, Sanidad, S. E. M., realizaron una labor no menos meritoria por callada. Otros, como la Sección Femenina, aportó todo su entusiasmo a los puestos de sacrificio donde podía ser útil a la Patria, y así, mientras algunas camaradas acudían a los hospitales del frente o de retaguardia, a los lavaderos, a los Parques de Artillería, otras se dedicaban a la labor de paz, a preparar a generaciones para el resurgir de la Patria. Y así, Auxilio Social, magníficamente organizado y orientado en Marruecos, donde cuenta con soberbios centros y servicios, contó desde primera hora con camaradas que poblaron de sonrisas las Guarderías Infantiles, llevaron la sana alegría a su comedores de niños y ancianos, poblaron los costureros, llenaron las secciones de Información buscando miserias, haciendo obra de fraternidad entre todas las gentes y llevaron la Obra de paz y de amor, el Auxilio Social, a los hogares azotados por la desgracia. Organizaron campañas de vacunación de varias clases con la entusiasta colaboración de todo el Cuerpo Médico del Protectorado y plazas de soberanía; todo ello sin descuidar la formación de la juventud, garantía de un mañana mejor.

Las O. O. J. J. por su parte, actuaron desde un principio con entusiasmo y tesón, infundiendo en nuestros flechas un espíritu admirable que trascendía a todos sus actos y que sirvió en muchos casos a padres y profesores para encaminar a la juventud a un mayor rendimiento en sus estudios y actividades. Mediante jiras, Campamentos, juegos, se tuvieron sus músculos en acción y tensión, a la vez que el asesor religioso inculcaba en sus almas tan necesitadas, los principios de nuestra santa religión. Y así, cuidando alma y cuerpo, crecía una juventud prometedora.

Milicias, preparaba, por una parte, a los camaradas de Primera Línea que tenían que marchar a ocupar un puesto en el frente, y por otra, organizaba esas admirables Milicias de Segunda Línea, en la que no se sabía qué admirar más, si el espíritu y entusiasmo que animaba a sus componentes, o la hermandad, que, salvando la diferencia de posición, cultura y educación, se estableció, rápida y fraternalmente, entre todos sus miembros.

En cuanto a Sindicatos, establecidos por ordenanza de su excelencia el Alto Comisario bajo el aspecto de una sindicación forzosa, se dedicó a encuadrar a patronos y productores, salvando los escollos que la práctica presentaba, siempre con la vista puesta en el mejor servicio de la Patria y su acción en Marruecos. Estableció la armonía entre los factores de la producción, lográndose aquella fraternidad que había dejado de existir.

Y así podíamos ir hablando de todos los servicios de la Falange en estos territorios y en cada una de sus ciudades. El yugo y las flechas pronto ondearon en todos los lugares y se adentraron en corazones y almas. La Falange se había dado a conocer en África por sus hechos, por su acción. Y sobre ella prendió el amor. Acudieron a conocerla de regiones vecinas aquellos que oían hablar tan mal por propagandas extranjeras y de la zona no liberada. Y quedaron plenamente enterados de su espíritu y de su ser. La Falange había triunfado en Marruecos.

La Falange de Tánger—a la que dedicamos merecido párrafo aparte—sostenía una lucha heroica con todos los elementos rojos que en la ciudad internacional se habían dado cita. No obstante ser una minoría—minoría selecta de la que hablaba José Antonio—, lograba por su impetu y decisión en la réplica imponerse y hacerse; de unos, conocer y querer; de los otros, temer y respetar. Esto permitió crear una Jefatura Local, modelo en el género, y que en momento ninguno dejara de lucirse por nuestros camaradas la camisa azul. Hay que destacar la Sección Femenina y las Organizaciones Juveniles, que contribuyeron con su decidido esfuerzo y entusiasmo a mantener el tono que nos hizo allí triunfar. Triunfar a la España nacional en plena tensión roja y extranjerizante.

Al resto de África llegó también el espíritu que animaba a nuestros combatientes. Algunos, venciendo toda clase de dificultades, vinieron a cumplir con su deber en las filas del Ejército o de las Milicias como buenos españoles. Otros, víctimas de propagandas sectarias, no acudieron al llamamiento que la Patria les hizo, pero se sintieron íntimamente conmovidos, y la Falange empezó a despertar en sus almas el sentimiento nacional y acudieron, más tarde, a las filas de la España del Caudillo.

Difícil se presentaba la misión, pero de misioneros es el no rehuir las dificultades y, poco a poco, la idea de Patria, la idea, la angustia del momento que se vivía, se logró hacer partícipes de ella a estos compatriotas alejados del seno de España y en ambiente bastante hostil.

La Jefatura Regional del Exterior, en Tetuán, los fué acogiendo, instruyendo, cristianizando la buena voluntad de ciudades que se iban liberando; en el verano; pero toda la actuación anteriormente bosquejada adolecía de dos defectos fundamentales. Uno, señalaba al principio de este trabajo, consideraba a Marruecos como una provincia más de España; el otro, el de existir dos orientaciones para todo lo que constituye Norte de África.

CREACION DE LA JEFATURA TERRITORIAL DEL EXTERIOR Y FASE DE TODOS LOS SERVICIOS DE FALANGE A DEPENDER DE ELLA

El primero de los errores era hijo del mismo afecto que sentimos por esta tierra marroquí, que nos hace creer estamos en nuestra propia casa. Y aun cuando se sabe y se comprende que Marruecos no es España, pero lo mismo que en casa de un hermano se siente y se está como en suya, aquí, en Marruecos, se siente y se vive sentida España. Y por eso muchos de nosotros actuamos como si de España se tratara.

Esto llevado a la práctica traía algunas dificultades, no precisamente por la falta de comprensión de los marroquíes, sino del celo extremado de nuestras autoridades, velando siempre por el máximo respeto, atención y cuidado, de las leyes, usos y costumbres del país.

Por eso tan pronto como su excelencia el teniente general Orgaz, Alto Comisario de España en Marruecos, propuso la fusión de las dos Jefaturas—la de Marruecos y la del Exterior—en una sola, que, con la denominación de Jefatura Territorial del Exterior, y abarcando la jurisdicción total de ambas, pasara a organizarse en régimen exterior con exclusión de las plazas de soberanía, que aun dependientes de la Territorial citada, según función, no como hasta la fecha. Aprobada esta propuesta empezó a actuar, inspirado por la idea de recuperar y conservar el espíritu de los camaradas del Jarama y por el lema del Servicio Exterior: FRANCO UNE A LOS ESPASOLES DEL MUNDO.

Y dentro de la máxima observancia de un artículo del Reglamento de este Servicio, que preceptuaba no sólo el mayor respeto a la legislación local extranjera, sino una decidida colaboración de nuestros camaradas a las autoridades, para que jamás pueda verse en ellos extranjeros díscolos e indisciplinados.

En este sentido se ha ido agrupando a nuestras colonias alrededor de nuestros Consulados, facilitando así la labor que tienen que realizar; se ha ido incrementando la obra magnífica de Auxilio Social, que se extiende a todos los españoles necesitados, sin distinción de matices políticos, y dedicando un especialísimo cuidado a la infancia, tanto en su parte material—comedores, etc.—como en la espiritual; se ha ido también despertando el entusiasmo de todos los compatriotas de mayor preparación para que colaboren en la admirable labor cultural realizada por las Misiones franciscanas, inculcando a los niños los sanos principios de nuestra santa religión. En una palabra: ha llegado la Organización a interesarse por todos aquellos problemas que no podían tener encaje dentro del marco oficial como era la infinidad de asuntos que para su resolución acuden a Falange (averiguar el paradero de algún familiar en España, después de la reciente conmoción nacional; interesarse por la situación de algún hijo que presta el servicio militar; gestionar algún documento necesario, etc.), y que no obstante su escasa importancia, contribuyen a que nuestros compatriotas no tengan la impresión de aislamiento que antes se encontraban, y se sientan unidos por lazos de fraternidad.

No se ha tenido otro fin ni otro objetivo que hacer patente el lema del Exterior.

Todo ello con la suprema satisfacción de ver constantemente recompensados los esfuerzos por el entusiasmo que se manifiesta en todos los compatriotas y, sobre todo, ver cómo nuestra juventud exterior va extendiendo y poseyendo el mismo espíritu que sus hermanos de la metrópoli.

He aquí resumida en breves líneas—dado lo extenso que el tema se presta—la actuación de la Falange de Marruecos.

Los camaradas caídos en el Jarama serán cómo su sacrificio pretendemos no sea inútil. Y que la gloriosa Bandera se vea respaldada con el espíritu que ellos nos legaron.

¡Arriba España! ¡Viva Franco!
Tetuán, julio de 1942.



MARRUECOS, SEGURIDAD DE ESPAÑA

Por JOSE MARIA DE AREILZA

EN la mentalidad de muchos españoles el tema de nuestras reivindicaciones africanas es todavía una manera de "tomar partido" en el tablero de la guerra mundial. Ocorre con estas gentes—de nuestra propia Nación—que al oír formularse, por ejemplo, una enérgica y terminante aspiración nacional en precisiones geográficas, tuercen el gesto cuando no discrepan arduamente con un: "Usted es partidario del Eje", que en sus labios quiere sonar con acentos de reproche, y efectivamente lo es para quien lo pronuncia. A estos compatriotas, que son legión, eternos indiferentes a la suerte exterior de la Patria, insensibles a su Historia y ajenos a las conveniencias de su destino colectivo, quisieramos ofrecerles, en las líneas que siguen, un esquema dialéctico elemental, capaz de situar el plano de nuestras ambiciones mínimas fuera del alcance pasional de la contienda guerrera presente.

Porque el caso es éste: Supongamos que el pasillo de Dantzig no hubiese servido de cartucho inicial al conflicto bélico. Imaginemos que en el mundo ficticio de los "posibles" históricos, Alemania e Inglaterra se hubieran inclinado a la avenencia, en vez de lanzarse la segunda por el camino de la guerra. Nuestras exigencias africanas ¿securían, acaso, diversas? ¿Carecerían entonces de base o de solidez los argumentos incontrovertibles de nuestro derecho? ¿Se revelarían de peor condición los fundamentos de lo que España reclama?

Pues así es como hay que plantear la cuestión. Podrá luego la táctica política y diplomática aconsejar la explotación de una victoria, la coyuntura de una guerra o la cartografía maleable de un Congreso de la Paz para lograr sus fines. Nuestro punto de partida no varía por ello. Suponer que las reivindicaciones nacionales, en orden al Continente vecino, surgen simplemente al revuelo de una contingencia exterior fortuita, por un mimetismo colonista de pueblo inferior, equivale a injuriar nuestro pasado y hacer a los mejores españoles que nos precedieron—desde el año de la paz de Utrecht hasta hoy—la ofensa de ignorar sus anhelos nobilísimos en la materia.

Nuestra hegemonía universal no se desmoronó por causas endógenas. Las hubo, evidentemente, pero lo que desmembró aquella fué la implacable aversión de las potencias enemigas; su odio central hacia España, y más singularmente a lo que España como idea representaba en el mundo: el servicio al ideal católico.

A lo largo del siglo XVII una ofensiva militar y diplomática agotadora consiguió, tras repetidos asaltos, desmontar nuestro predominio europeo. La "Weltpolitik" americana y asiática de España se mantenía, empero, firme. Al filo del siglo XIX la perdimos también, cuando nuestro poderío naval se hundió en San Vicente y Trafalgar, y poco después al sublevarse las provincias americanas, bien trabajadas por el oro de nuestros aliados de Arapiles. Sólo nos quedó ya entonces el viejo solar originario cuarteado por las luchas civiles. Y un testimonio insular glorioso de la grandeza pasada en los mares antillano y filipino.

Pero a partir de 1830 el Africa cercana, hasta entonces factor secundario para nuestra estrategia nacional, se convirtió en motivo de actualidad creciente. El joven imperialismo francés iba a colocar allí los fustes sillares de la que años más tarde se trocaría en floreciente y magnífica expansión colonial. Las tierras de Argelia y del Oranesado le servirían de bases de partida a la ingerencia en Marruecos; pre-

cisamente en la región mogrebina, entregada por aquella época al caos político, y a la que un elemental instinto de conservación e independencia nacionales por nuestra parte debieron haber obligado a celer cuidadosamente de los apetitos ajenos.

En una España desangrada de cuerpo y enferma de alma la que hubo de enfrentarse con el grave problema. Sus hombres no tenían fuerza moral para abordarlo, siquiera a veces brillase en su conducta algún episódico destello personal. De 1830 a 1900, en lo que al Africa septentrional se refiere, Francia se va situando y España se va encogiendo. A partir de 1900, las posiciones de hecho se van consolidando en artilugios jurídicos. Nuestra débil y vacilante defensa se redujo entonces a servir de yunque a los que luego habían de integrar la "entente cordiale". Si Londres teme, por ejemplo, que las costas frente a Gibraltar se le ericen algún día de cañones franceses, España sale de rechazo apoyada en la negociación. Si Francia recela de que Inglaterra se apropie Tánger y cierre totalmente el camino marítimo entre Tolón y Brest, se buscan fórmulas menos drásticas.

Lo cierto es que España perdió en los años de comienzos de este siglo uno a uno sus derechos y sus tierras. Nuestro ámbito vital queda emparedado entre los hitos militares de un pabellón extraño, y la seguridad de la Nación—no ya el apoyo de

ninguna hegemonía, sino simplemente esto, la garantía de nuestra integridad—se halla a merced del extranjero. España internacionalmente no cuenta ya. Es, desde entonces, un factor subordinado.

Porque a ello se reduce, en esencia, nuestra pretensión: a defender la seguridad y la existencia de España. No hubiera en favor de nuestra tesis razones históricas abrumadoras; olvidáranse, por ejemplo, los móviles altísimos de misión y confraternidad hispanomarroquí que nos animan; dejárase a un lado el hecho de la colonización agrícola integral del Oranesado, llevada a cabo por nuestros huertanos; o la sangre y el sudor derramados en el Magreb por tantas generaciones españolas; o los innumerables guerreros de nuestra raza enterrados en el Africa septentrional, desde Túnez a Cabo Juby, y aun resplandecería en su plena validez la estricta petición española: seguridad meridional de la Península.

No puede haber—sin inquietud profunda por nuestra parte—otro pabellón que el rojo y gualda señoreando las costas africanas en el litoral que corre paralelo al de la Península.

No soñamos fantasías, ni se basa en el odio o en el rencor esta nuestra meta inmediata exterior. Tampoco quiere España estorbar los designios de nadie, en tanto no lesionen las zonas vitales de su existencia misma. Nuestro pueblo aspira a lo

mínimo, a lo que en justicia le es debido. Puertas afuera, el quehacer universal de la Patria no pasa de ser una mera elucubración retórica, y ya padecemos hartazgo de juegos florales a lo largo de muchos decenios de nuestra política internacional.

Hispanidad—dice nuestra doctrina política—: misión hispánica en el mundo; palabra redentora de España; equilibrio cristiano entre el despotismo y el libertinaje... ¡Bellos conceptos saturados de oportunidad en esta hora ecuménica, preñada de angustias y huera de esperanzas! Pero lo primero es vivir, ser fuertes; convertirse en auténticos sujetos de la Historia; ascender al nivel de protagonistas desde el plano inferior de los comparsas, y entonces, sí, será llegada la hora del gran gesto salvador que los pueblos hispánicos oscuramente presienten y la tradición de nuestro pasado, con imperativo mandato, exige. Que ya es viejo lo de los profetas desarmados que perecieron.

Para que esta premisa de ser previamente fuertes y libres se cumpliera, hoy hace seis años que el Ejército y lo mejor del pueblo se alzaron en armas a vida o muerte. Y en una impresionante experiencia práctica pudo comprobarse entonces hasta qué punto—en todos los sentidos—las tierras de Marruecos y del Norte africano eran la clave militar y política del destino de España.

Desde los escuadrones de Alcántara hasta la Bandera de Marruecos

Por Federico ROMERO

¿CÓMO podían presentar nuestros ocho años que en aquel julio de 1921, en la pleamar misma de desastre, niños de España jugaban una guerra y un heroísmo de verdad? Desgraciadamente para nuestras ilusiones, la guerra era tan sólo una suerte que deparaba la edad: venía a la mano del soldado como un regalo de la aventura y de los años... A los chicos no nos tocaba más que aguardar. Alguna vez oíamos leer en el periódico que cualquier rapaz más valeroso, con un alma ya desmelenada y soberbia, se había escapado de corneta con un regimiento. Era toda la concesión que el heroísmo nos dejaba a la infancia. No nos quedaba más que ver pasar los batallones y mirar con extrañeza un poco en furrullada los rostros que veíamos flotar silenciosamente al borde del desfile.

Y, sin embargo, en la misma línea del "blocao" y de la muerte había niños españoles. Entre las chumberas, reptando por las vaguadas, donde el sol calcinaba huesos de España, desde los caminos de Nador y del zoco El Hach el asedio llegaba. Había salido hacia el Atalayón y Sidi Hamet el valor sagaz de Sanjurjo, y ya se acercaba Franco con el Tercio; pero Melilla, apretada entre el sol y el mar, con sus mujeres y sus niños, sentía palpar la guerra... El heliógrafo gritaba desde el Atalayón a los hombres de la iglesia de Zeluán, a los de la fábrica de harinas de Nador, a los pobres héroes agonizantes y sin esperanza de Monte Arruit: "Resistid..."

Luego, dieciséis años después, un chaval de aquellos días nos refería, uno tras otro, episodios delirantes de dolor y de angustia. Estaba en la bandera de Marruecos. Casi todos los hombres de la bandera habían trabado hacia ya dieciséis años contacto de fuego con la muerte. Todas las banderas de la Falange tienen su historia—¿y qué historia!—. La de Marruecos tiene, además, una prehistoria que se enhebra a los dolores y a las iras más sacrosantas de España. Nos hablaba aquel camarada tras un parapeto de pedruscos urbanos, sobre la línea enmohe-

cida del tranvía, casi borrada bajo el polvo y la ruina de las explosiones, entre las columnas respuntadas sobre el hierro, bajo los colgajos de los cables mecidos por el aire y la ráfaga...

Parpadeaba el heliógrafo del Atalayón y contestaba Monte Arruit: "Los de Alcántara han vuelto a cargar". Corrían los escuadrones en la noche y bajo la llama feroz del día como una cabalgata alucinante frente a la muerte, volteando los sables sobre las cabezas consumidas por la desesperación. "Mi padre era sargento del Alcántara. Logramos rescatar su cadáver. Estuvieron treinta y seis horas sin descabalgar."

Hijos de oficiales y de clases, muchos de humildes comerciantes, golfetes del muelle. Una infancia española con los ojos desorbitados mirando por encima de la línea del "blocao" que cerraba Tres Forcas y el paso a Melilla. Algunas veces desde el Gurugú la metralla barría las calles y hacía carne en la chiquillería asustada, huida de los hogares saturados por la incertidumbre y el llanto. Un día se supo que el teniente coronel Primo de Rivera había muerto; se decía que el brazo, colgando como un pingajo, le fué cortado con una sierra, sin anestesia. El teniente coronel se dejó mutilar mirando en su agonía cómo los caballos, sin voz que ordenase y rigiese la carga, se desparramaban por la terrible tierra mordisqueando los hierbajos...

El padre había cabalgado en la línea huracanada de la caballería que mandó un Primo de Rivera; el hijo estaba allí parapetado frente a la capital con el corazón henchido de la voz y de la muerte de otro Primo de Rivera. Y, sin embargo, los caminos que van del desastre de entonces a la victoria de hoy y de siempre, son más breves y sencillos que lo que el tiempo y la angustia superados pudieran hacer creer. Ante el heroísmo casi milagroso de la bandera de Marruecos, ante las Medallas Militares que oran el azul de sus camisas y frente al recuerdo laureado de su presencia en torno a Madrid, hay que volver la imaginación al trágico estío de 1921. Porque desde aquel julio a éste no hay más que un

paso que lleva por sí solo la amplia y sacrificada historia del Ejército español y la voz definitoria de la Falange.

Aquella chiquillería que aprendió a mirar sin temblores la guerra, que vio la dolorosa porfía del Ejército de Africa por volver el corazón de una política desviada hacia el interés y la emoción de Marruecos, que tuvo el heroísmo militar como el pan de cada día, fué acumulando en dieciséis años buenas reservas de anhelo combatiente y de ira española para el instante marcial de España. Ellos se habían despertado cada mañana con el bullicio varonil y presuroso de los cuarteles; conocían el sigilo y la partida de los convoyes y el regreso con filas polvorientas y cansadas, en las que siempre aparecía el caro abierto en cualquier encrucijada... Algún día era el padre o el hermano el que se quedaba prendido silenciosamente en los chumberales de cualquier Fondak rebelde.

Para ellos la Falange aparece como un hecho natural, como un fruto esperado y necesario. Si no hubiese existido la Falange para el resto de los españoles, para la unidad y la tarea íntegra de España, la generación de muchachos de Marruecos que cruzó en su infancia el desastre hubiera tenido que crearla para dar acomodo a tantas exigencias aprendidas entre la angustia y el "blocao". Y con la Falange, el enemigo de entonces ha venido a unir su brío en la misma línea militar. Es como si los gloriosos escuadrones de Alcántara hubieran renunciado a los caminos ya ganados de Igueriben y de Annual para volver grupas hacia el "blocao" nacional del deshonor y el abandono.

Con sus lejanas raíces hundidas en la fase más desoladora de la Historia contemporánea de España, con el aprendizaje y la enseñanza permanente del heroísmo militar, la Bandera de Marruecos, al primer latido combatiente de la Falange, apareció en línea, dispuesta y gloriosa como si sus guiones, entonces intactos, se enlazaran sobre el tiempo con los que alzaron sobre los escuadrones los jinetes de Alcántara.

LA FILOSOFIA EN MARRUECOS

Por ANGEL GONZALEZ PALENCIA

LA FILOSOFIA, CIENCIA OCULTA

LA invasión árabe de la Península Ibérica rompe la continuidad de ideas de la cultura clásica. La convulsión que el dominio político y militar de los musulmanes produjo en España fué de tal violencia en la esfera ideológica, que ningún escritor español en lengua árabe parece haber conocido a Séneca ni a San Isidoro, por ejemplo, según afirma el venerado maestro D. Miguel Asín.

España musulmana y España cristiana, y, por medio de ellas, Europa occidental más tarde, tuvieron de nuevo conocimiento de las ideas clásicas a través de las versiones árabes hechas en Oriente, que, sobre todo a partir de la dinastía abbasí, fueron dando a conocer a los musulmanes todo un mundo nuevo del pensamiento, de que tan necesitado estaba el Islam. Los españoles no desaprovecharon cuantas ocasiones les presentaba la necesidad de las peregrinaciones a la Meca o las relaciones comerciales para traer al viejo y lejano solar de la Península copias de libros con ideas nuevas que habían de poner en guardia a los alfaquiles ortodoxos.

Toda la historia del Islam español y africano está dominada en el mundo de las ideas por la lucha entre el tradicionalismo fanático de los alfaquiles malikíes y el afán innovador de los filósofos. Los viajeros que andaban por Oriente o recorrían el África conocían las doctrinas de sectas *batinites* o esotéricas y las difundían desde el siglo IX.

Como en África, a mediados de este siglo, ya estaba organizada políticamente la herejía *batini* de los fatimíes, no tardó en ser conocida en España, y Abderrahmán II hubo de crucificar en 851 a un maestro que predicaba una teología nueva, esotérica, a base de la interpretación simbólica del Alcorán. "La filosofía —dice Asín— entró, no a cara descubierta, sino en compañía de las ciencias aplicadas u ocultas bajo el disfraz de las herejías *motáziles* y *batinites*... con apariencias de religiosidad y ascetismo." De esta misma forma entraban las ideas gnósticas y maniqueas entre los priscilianistas, por ejemplo.

El primer filósofo musulmán español, que forjó una doctrina y una escuela, fué Ibn Masarra, cordobés (833-931), y que en la sierra de Córdoba construye una ermita en la que enseñaba a sus discípulos los secretos de la filosofía, al lado mismo de los viejos monasterios mozárabes, de los que habían salido mártires y santos cristianos. El eje fundamental del sistema de Ibn Masarra, sagazmente reconstruido por D. Miguel Asín, está en las doctrinas del falso Empédocles, conocido por la leyenda entre los musulmanes, que lo hizo contemporáneo de David y sabio en todas las ciencias, así en las de Salomón como en las de los griegos, y cuya doctrina era "una amalgama sincrética de neoplatonismo gnóstico, forjada ya por los alejandrinos y decorada con el nombre y con la autoridad del filósofo de Agrigento". Este mismo sistema fué defendido por Ibn Masarra, bajo las apariencias musulmanas del *motázilismo* y del *batinitismo*. La vitalidad de las ideas masarríes fué tal, que influyó en Oriente y en Occidente, v. gr.: Avicbrón, Domingo González, Rogerio Bacon, Lulio, etc.

LOS AFRICANOS EN ESPAÑA

La caída y disolución del califato cordobés y su fraccionamiento en los reinos de *taifas* dieron ocasión a un renacimiento filosófico que desde los días del tolerante Alhaquem II venía produciéndose, sin otra interrupción que la ocasionada por Almanzor cuando, con su fingido celo y por recobrar la popularidad perdida, mandó quemar los libros de filosofía y ciencias griegas que había en la biblioteca real.

Pero la preocupación por la defensa del Islam español, cada día más acosado desde las tierras del Norte, hizo que los alfaquiles volvieran los ojos a África y buscaran allí el auxilio que necesitaban. Los alfaquiles creían que los almorávides, africanos, restaurarían el dominio de la ortodoxia. Los reyes, en cambio, principalmente Almotamid de Sevilla, presintieron los peligros del paso que iban a dar. Y en los momentos más graves todos los reyes andaluces resolvieron una alianza con

Alfonso VI en contra de los almorávides; decisión tardía: los almorávides ocuparon política y militarmente el país.

Fuó una consecuencia lógica de las ideas del siglo XI en el mundo islámico, según observó sagazmente Prieto Vives; y, en efecto, la transformación hondísima del Islam, que se convertía en Oriente en organismo teológico y moral, y que en el siglo XI levantó en África a los almorávides como restauradores de la observancia religiosa y en España produjo una religión difusa en el pueblo musulmán, de la que no participaron las clases privilegiadas, dió lugar al divorcio entre los reyes de *taifas* y sus súbditos y ocasionó otra cosa que no había existido hasta entonces: la intolerancia. A la convivencia entre cristianos y musulmanes, que era la regla en siglos anteriores, sucedió la hostilidad, empezando la crisis del mozarabismo, y abriéndose un abismo,

lación filosófica; el *Tratado de la unión del intelecto con el hombre* (estos días, editado y traducido por D. Miguel Asín: *Al-Andalus*, VII), equivalente a la unión de resolver este problema de la unión del alma con el entendimiento activo en su *Régimen del Solitario*, conocido en fragmentos extractados y puestos en hebreo por Moisés de Narbona (siglo XIV) y utilizados por Munk.

LA NOVELA FILOSOFICA DE IBN TUFAIL

Con el sultán almohade Abuyacub Yusuf (1163-1184) tuvo gran ascendiente Ibn Tufail (1110? - 1185-6), de Guadix, su médico de cámara. Tanto como en España vivió en África, y en Marráquez murió. El fué quien presentó a Averroes al sultán almohade; él fué quien animó al filósofo de Córdoba para que escribie-

Tufail se vale para desarrollar sus ideas filosóficas tenemos un eruditísimo trabajo del Sr. García Gómez, del cual se deduce que el cuadro general deriva del *Cuento del idolo y del rey y su hijo*, relacionado con las historias fabulosas de Alejandro el Magno, y utilizado en forma alegórica. Y lo más interesante del caso es que este *Cuento del idolo* debió de inspirar a Gracián el principio de su *Criticón*. Ya hizo notar el P. Pou y luego Menéndez y Pelayo la evidente relación que existe entre el *Andrenio* del jesuita aragonés y el *Hay* del filósofo musulmán. No se sabía cómo Gracián pudo conocer la obra de Ibn Tufail, no publicada en lengua europea hasta 1671 (el *Criticón* se empezó a publicar en 1651); el Sr. García Gómez demuestra que el *Criticón* tiene más semejanza con el *Cuento del idolo* que con la *Risalat*, y concluye inclinándose a la tesis de una imitación de este cuento, que correría entre los moriscos aragoneses.

La novela de Ibn Tufail tuvo gran boca entre los musulmanes. Moisés de Narbona la tradujo al hebreo (1341) con un comentario. La versión latina de Pococke interesó al público inglés, y en seguida tuvo traducciones inglesas, una del cuáquero Georges Keith, que se hizo muy popular y sirvió como libro de devoción a los adeptos de aquella secta, inclinada al misticismo; otra de Simón Ockley (1708). Fuera de Inglaterra también se divulgó: en Alemania la tradujeron J. Georg Prius y J. G. Eichorn; en Francia, Gauthier (1900, 1937). El filósofo Leibnitz alabó la obra y nuestro Menéndez y Pelayo la calificó de la más original y curiosa de toda la literatura árabe.

LOS "COMENTARIOS" DE AVERROES

El príncipe almohade Abuyacub Yusuf gustaba de rodearse de sabios y tenía en gran predicamento a Ibn Tufail. Este presentó al soberano a Abul-Walid Mohamed ibn Ruxd, el nieto (1126-1198), llamado Averroes por los escolásticos, y el monarca, en el curso de la conversación, preguntó al ya famoso médico cordobés la opinión de los filósofos acerca del origen del mundo. Averroes se llenó de rubor y de miedo, no sabiendo que el soberano conocía sus aficiones filosóficas, y entonces Yusuf disertó acerca de la cuestión planteada, con tal erudición, que movió al filósofo a exponer su juicio. Este mismo sultán sugirió a Averroes, por medio de Ibn Tufail, la idea de comentar a Aristóteles, trabajo en que se ocupó en Córdoba y en Marruecos, donde hacía frecuentes viajes. Con el sucesor de Yusuf, que fué Yacub Almansur (1184-1198), gozó de gran favor, sobre todo en los años que precedieron a la batalla de Alarcos (1195).

Después el soberano almohade reaccionó contra el filósofo. Convocó una asamblea de alfaquiles, que examinó las doctrinas de Averroes y las condenó. Privado de sus honores y dignidades, fué desterrado a Lucena, ciudad habitada principalmente por judíos. Perdonado (1198), fué llamado a Marruecos; en esta ciudad murió aquel mismo año. Su cadáver fué trasladado a Córdoba, al panteón familiar. Abenarabi presenció su traslado, y dice que "cuando fué colocado sobre una bestia de carga el ataúd que encerraba su cuerpo, pusieron sus obras para que sirvieran de contrapeso en el costado opuesto".

Las obras de Averroes pueden clasificarse en dos grupos: comentarios—siempre a las obras de Aristóteles—de tres clases: grandes, como los *Ultimos metafísicos*, *Física*, *Del cielo*, *Del alma*, *Metafísica*; medios, como los del *Organon* y la *Ética del Nicómaco*, y paráfrasis o compendios sobre los citados libros, excepto la *Ética*; y obras originales, como *Tehafot al-tehafot*, conocida con el nombre de *Destructio destructionis*, y el libro sobre "armonía entre la ciencia y la religión".

Averroes es, ante todo, un comentador de la enciclopedia aristotélica; su admiración por el Stagira tiene algo de culto. Trató de armonizar la ciencia y la religión; y, admitida la revelación, cree que, en caso de aparente conflicto, debe someterse la ciencia a la fe; teoría compartida por Santo Tomás de Aquino. Influyó en los filósofos judíos y en la Escolástica durante toda la Edad Media, hasta los últimos destellos de la *resena*

(Continúa en la página 15)



cada día más hondo, entre las filas de las dos creencias.

AVEMPACE

En el siglo XII, con los almorávides dominando en España, es cuando llega al apogeo la filosofía en la dirección peripatética, tal como sus doctrinas fueron arregladas para compaginarlas con el credo islámico por los teólogos llamados *motázilimes*.

Señalemos el nombre de Avempace, o sea Mohamed ibn al-Saig ibn Bacha, zaragozano, y que había ejercido el oficio de platero, de donde tomaba el apellido su familia. Conquistada Zaragoza por el Batallado (1118), Avempace residió en Granada y Almería, y sobre todo en Fez, dedicado a la enseñanza y a la publicación de sus obras. Tuvo émulos, envidiosos, enemigos (v. gr., el literato Ibn Jaqan o el filósofo extremeño Ibn al-Sid). No es extraño que muriera envenenado en Fez entre los años 1128 y 1138.

Avempace, como la mayor parte de los pensadores medievales, tenía conocimiento de las ciencias todas de la enciclopedia griega. Es el autor musulmán español más antiguo que conocemos que estudia la filosofía peripatética, utilizando los trabajos de Alfarabi, Avicena y Algazel. Su principal labor fué la de comentarista de las obras de Aristóteles. Además, puso notas a la *Lógica* de Alfarabi y escribió libros de Medicina; también redactó obras originales, v. gr., la *Carta de despedida*, conocida hasta ahora únicamente en la traducción hebrea de Judá ben Vives, que tiende a rehabilitar la ciencia y la especu-

ra sus comentarios sobre Aristóteles; él tenía ideas originales sobre astronomía, utilizadas por Alpetragio.

Pero la única obra que de él se conserva es la titulada *Risalat Hay ibn Yaqdan*, o *Secretos de la filosofía iluminativa*, que tradujo al latín el inglés Pococke con el título de *Philosophus autodidactus* (1671), y que puede leerse en castellano en mi versión (1934). Es una novela filosófica, en la cual es original el marco. Se supone la existencia de un hombre nacido por generación espontánea, según unas versiones, o, según otras, arrojado por su madre al mar y llevado por las olas a una isla desierta, donde lo alimenta y cría una gacela. El niño vive y crece, y por la observación directa del mundo que le rodea y de sí propio, llega al conocimiento de las verdades intelectuales, y al de Dios, hasta el éxtasis. Aparece en la isla un hombre santo que huye del mundo y se encuentra con Hay, a quien enseña a hablar y a quien muestra las verdades que él conoce por revelación, y que coinciden con las que Hay adquirió por su reflexión propia. Tratan los dos de convencer a los hombres del mundo, y tienen que abandonar su propósito y volver a la soledad de la isla.

El fondo filosófico de esta novela lo constituye el sistema de los neoplatónicos musulmanes. El hombre, símbolo de la razón, es Hay (el Viviente) *ben Yaqdan* (hijo del Vigilante, o sea Dios). El objetivo de Ibn Tufail es demostrar el acuerdo entre la religión y la filosofía.

Sobre el armazón novelesco de que Ibn

LAS LENGUAS HABLADAS EN MARRUECOS

Por EMILIO GARCIA GOMEZ

FUERA del español, hablado habitualmente y luego olvidado por los moriscos expulsos de España, y fuera también de algunos dialectos sudaneses empleados por la servidumbre negra del palacio del Sultán, dos lenguas se reparten el área del imperio marroquí: el bereber y el árabe dialectal. El segundo vino a instalarse sobre un terreno exclusivamente dominado por el primero, desalojando a éste de ciudades y llanuras y dejándolo reducido a las montañas (con la excepción de Yebala). A la vista de estadísticas bastante indecisas, no es fácil determinar la proporción exacta en que son habladas ambas lenguas; pero no parece aventurado conjeturar que se reparten casi por igual el territorio del país.

Podría parecer a priori que Marruecos era una tierra de elección para estudiar el fenómeno que los filólogos llaman "influencia del substratum", es decir, la supervivencia de una lengua a través de otra superpuesta. En realidad no es así. Sin duda por la escasa diferenciación entre el bereber y el árabe (lengua protosemítica la una y semítica la otra), la influencia de la primera sobre la segunda es menos perceptible de lo que pudiera pensarse en punto a fonética y morfología, y sólo algo mayor en el vocabulario.

Bereber

El bereber (llamado por los indígenas *tamazight* o *taxeljitxela*) es la lengua hablada en Marruecos más antigua de que se tiene noticia. Del bereber primitivo, o libico, apenas sabemos nada. Conservamos tan sólo inscripciones, como las famosas de Tamuda, cerca de Tetuán. Estas inscripciones y la toponimia atestiguan que dicha lengua cubría el área total del país. De épocas posteriores apenas conservamos tampoco documentos escritos, a no ser frases sueltas y breves, transcritas en caracteres árabes por historiadores bastante tardíos. Nuestras fuentes para el conocimiento del bereber se reducen casi exclusivamente a los textos recogidos por los filólogos europeos contemporáneos y transcritos por éstos en caracteres latinos.

Tiene el bereber multitud de dialectos, ninguno predominante. No se escribe, ni, por tanto, se fija mediante textos ni tradiciones literarias. Es una lengua de rústicos, que sólo se mueve con soltura en ambientes familiares y agrícolas. En compensación de estas limitaciones parece necesario subrayar su firmísimo arraigo y su vitalidad extraordinaria, comprobada por la Historia.

Suelen distinguir en él los especialistas tres grupos: uno septentrional y dos meridionales. El primero es el *rifeño*, hablado en una faja de 40 kilómetros a lo largo del litoral mediterráneo, desde el Muluya al Peñón de Vélez, más algún islote montañoso del interior. El segundo (*beraber*) es hablado por los trashumantes del Medio Atlas y del Sáhara, y el tercero (*chleuhs*), en el Alto Atlas, en el Anti-Atlas, en la costa atlántica desde Mogador al Draa y en todo el Draa. Los tres grupos vienen a corresponder a las tres grandes confederaciones de tribus: Zeneta, Senhaya y Mas-muda.

Sobre la literatura bereber poseemos un excelente libro, debido al malogrado René Basset. Es, como dijimos, una literatura casi exclusivamente oral, y consta de cuentos, leyendas y proverbios, que suelen narrar las mujeres, en invierno junto al fuego y en verano sobre las terrazas; pero siempre de noche y jamás de día. Tienen tam-

bién los bereberes una maravillosa poesía, cuyos asuntos principales son cuatro: el amor, la guerra, el té y la libertad frente al invasor (el francés sobre todo). Los mejores poetas son del Sus. Uno de ellos lo ha dicho en esta sentencia: *La ciencia está en Fez, el agua en el Tasaut y la poesía en el Sus*.

Árabe dialectal o vulgar

La arabización de Marruecos comenzó en el siglo VIII con la invasión musulmana, y fué al comienzo sumamente superfi-

ciencia. Los contactos con lenguas europeas: griego y latín en la antigüedad y español en la época moderna) obedecen en su formación a los dos periodos señalados de infiltraciones árabes. Los llamados *dialectos de ciudad* y *dialectos de montaña* tienen su origen en las primeras invasiones orientales y en la cultura andaluza. En cambio, los *dialectos beduinos*, menos estudiados y hablados principalmente en las llanuras (llanura atlántica de Arcila a Mogador, cuenca del Muluya, mesetas del Marruecos oriental y del Sáhara marro-



cial. Los conquistadores establecían un protectorado precario sobre las tribus, imponiéndolas tributos y una conversión al Islam bastante forzada. Las ciudades de la costa en relación con España (Ceuta y Tánger) fueron las más arabizadas.

La fundación de Fez por Muley Idris en 808 creó un foco mayor de arabismo, incrementado por las inmigraciones de cordobeses y tunecinos, que habían de dar nombre a las dos partes de la ciudad (*Andalusiyin* y *Qarawiyin*). Este foco irradió hacia los puertos mediterráneos y atlánticos. Etapas sucesivas en la arabización del país fueron: la persecución en el siglo X de los xerifes idrisíes, que los dispersó por el macizo de Yebala, al cual arabizaron; la intervención de soldados bereberes en la guerra santa de España, donde aprendían el árabe y se hispanizaban, y la inmigración, cada vez mayor, de contingentes andaluces, que arabizaron del todo Yebala y el Medio Atlas septentrional, y produjeron fenómenos culturales, como la repoblación de Tetuán y la fundación de Xauen.

Un nuevo periodo fundamental en la arabización de Marruecos, por influjos procedentes del lado oriental, se abre en 1168. En este año el Califa Almohade Yaqub al-Mansur, cansado de las constantes revueltas que producían en Túnez las tribus árabes de los Banu Hilal y los Banu Sulaym (que habían llegado a Túnez violentamente en el siglo XI), las lanza sobre Marruecos, instalándolas en las zonas de Marrakus y el Garb. A partir de los siglos XV y XVI hay también abundantes infiltraciones de tribus Ma'qil, procedentes asimismo de la Arabia del Sur.

Los dialectos del árabe marroquí (sin

qui, etc.), derivan de la lengua aportada por esos invasores árabes tardíos.

Los más importantes son, desde luego, los *dialectos de ciudad*. No quiere decir esta denominación que lo sean los hablados en toda ciudad, sino sólo en las de origen andaluz (Fez, Rabat, Salé, Taza, Alcazarquivir, Tetuán). Las hablas de Casablanca, Mazagán, Safi y Mogador no tienen esa consideración. Mequinez, Marrakus, Tánger, Wazzan y Xauen tienen hablas mixtas, en parte de ciudad y en parte beduinas (Mequinez, Marrakus) o de montaña (las restantes).

Para ser completos habría que añadir los *dialectos judeoárabes*, donde también cabe distinguir los de los judíos emigrados de España, muy contaminados de castellano arcaico, y los hablados por otros judíos de origen oscuro, que los marroquíes designan con la palabra española *forasteros*. Los hebreos de Marruecos tienen una abundante literatura en árabe, escrita con caracteres hebraicos.

Por lo que atañe a la literatura, apenas tenemos textos en prosa dialectal, de no ser los recogidos por los filólogos europeos. Abundan, en cambio, los poéticos. Y aquí también se refleja la doble corriente: hasta el siglo XVI los textos (poemas insertos por Ben Jaldun; *mawlid* o poesías en honor del nacimiento—*mawlid* o *mulud*—del Profeta; letras de las tonadas andaluzas) son de origen hispánico; desde el siglo XVI las poesías escritas en lo que se llama *meljun* son más bien de procedencia beduina.

El problema del árabe clásico

El árabe dialectal o vulgar a que acabamos de referirnos es el único empleado

en la conversación. Ahora bien; las gentes cultas conocen también el árabe clásico (la lengua sabia de las poesías anteislámicas y del Alcorán) y lo emplean, aunque solamente para sermones, conferencias y discursos. Y, además, hay un terreno en el que el árabe clásico domina en absoluto: la escritura. Todo el que escribe en árabe, desde el más encopetado sabio hasta el más humilde menestral, aspira a escribir en árabe clásico. Claro es que, si la aspiración es común, los resultados suelen ser muy distintos, y dependen, como es lógico, del grado de cultura del escritor.

Esta dualidad—lengua sabia y lengua vulgar, lengua hablada y lengua escrita—es un gravísimo problema que afecta a todo el mundo espiritual del Islam, pero especialmente a los países musulmanes más retrasados culturalmente, como Marruecos. Afecta a la literatura: el escritor es raramente espontáneo; no puede escribir como habla, y, por tanto, ha de recurrir, con más o menos habilidad, a fórmulas consagradas, frases hechas, tópicos ya gastados. Alguien ha dicho, con sugestiva injusticia, que la literatura marroquí es una "literatura de pedantes". Pero anotemos que la cuestión rebasa el terreno puramente literario. Si un campesino analfabeto quiere escribir una carta, su charla expresiva y vivaz, al pasar por el tamiz del poco árabe clásico que sepa el memorialista de la esquina, quedará reducida a unas secas fórmulas estereotipadas. La declaración sabrosa y matizada de un testigo quedará deshuesada y pálida al transformarse bajo el cálamo del *adul*.

Todas las soluciones son malas para este conflicto. Sustituir el vulgar por el clásico sería tan difícil como el imponer en España, Francia o Italia el latín como lengua común. Ningún dialecto vulgar está a la altura de una lengua de cultura, y aunque lo estuviese, ¿cuál elegir? Toda imposición sería contraproducente, y falta el proceso histórico que ha hecho del castellano el español, o del toscano el italiano. Más absurdo sería todavía pensar en la adopción de una lengua europea. No queda otro recurso que paliar poco a poco los efectos de la dualidad extendiendo el radio de la cultura y aminorando la distancia entre lengua vulgar y lengua escrita.

Los estudios sobre lingüística marroquí en España

En nuestro país existe, como es sabido, una Escuela de arabismo erudito, presidida hoy por el maestro Asín, que lleva un siglo de existencia y ha logrado un puesto de primer rango en la ciencia universal. Hoy goza del apoyo del Estado; pero durante la mayor parte de su vida se ha visto limitada a los propios y modestísimos medios económicos de sus componentes. No es extraño, pues, que no haya traspasado su esfera universitaria. Aun así, el único libro científico sobre lingüística marroquí—los *Textos árabes en dialecto vulgar de Larache*, de Maximiliano Alarcón—ha salido de nuestra Escuela.

En la Península y en Africa existe también una pléyade de africanistas entusiastas y competentes, que conocen a la perfección las lenguas marroquíes, pero que, divorciados del árabe clásico y de los métodos filológicos modernos, apenas han pasado de la práctica del idioma o de componer gramática que allanen a otros el camino de dicha práctica.

Unir las dos actividades y fundir ambos terrenos de estudio es empresa reservada a un porvenir próximo y destinada a alcanzar éxito lisonjero.

LAS CAMPAÑAS MILITARES

Por M. FERNANDEZ ALMAGRO

Es curioso que los españoles de 1859 o 1860 dijese "guerra de África"—denominación que ha pasado a la Historia—y que los de después hablasen de "guerra de Melilla" con referencia a la campaña de 1893, o de "guerra de Marruecos" en relación con las de 1909 a 1925, no obstante desarrollarse todas ellas en un escenario que, en gran parte, tenía mucho de común. ¿Y eso...? Es que para la desigual España isabelina los tiros de Was-Ras o de los Castillejos, por localizados que estuviesen, resonaban en el ámbito general de una preocupación africana que venía siendo arrastrada desde Cisneros, para avivarse en contadas ocasiones, languidecer casi siempre y morir al fin. Las aspiraciones que España pudiera sentir a este respecto, con título de indudable exclusividad, trascendían del Imperio marroquí a otras tierras del continente africano, mientras que luego, ya nuestra expansión en camino de realidades, los objetivos se fueron concretando, por no decir reduciendo: primero, a fin de evitar que las plazas de nuestra soberanía pudiesen por asfaltar; después, para que la presencia hispánica roviestiese allá las formas ciertas de un Protectorado abierto a mejor porvenir.

Guerra de África: de 22 de octubre de 1859 a 26 de abril de 1860: lámina romántica, de vivo y fugaz colorido, que parecía llamada a ilustrar excepcionalmente un período de extravío o indiferencia. Desde cuándo no nos preocupaba Marruecos?... Quizá desde Godoy, que, entre otros atisbos, tuvo el de comprender la necesidad de que España dispusiera de "puertos y asientos propios en las costas marroquíes", con profundo dominio tierra adentro, para total salvaguardia. Si no se cumplieron los planes ideados—alguno de ellos instrumentado por la audacia y sagacidad del famoso D. Domingo Badia o Al-Bey-El-Abbassi—, aparte otras causas que no hemos ahora de puntualizar, por "no alarmar a Inglaterra", según confiesa el propio Godoy en sus Memorias.

No se olvide que ya había España abandonado Orán y Mazarguir; que se pensaba, y se volvería a pensar, en hacer otro tanto con los llamados "presidios menores"; que España llegó a desentenderse punto menos que enteramente de Marruecos, promoviendo con su inhibición el que fuesen ganando ascendiente en el norte de África Inglaterra—nunca ajena a la suerte, por lo menos, del litoral mediterráneo—y Francia, estable-

cida en Argelia desde 1830. Sonó una voz, pero sólo una voz, la de Donoso Cortés, en 1847, demandando que España proyectara su atención sobre el África, en la seguridad de que sólo así se podría evitar que nuestra Patria, suplantada por Francia en la vieja Mauritania, quedase en estado permanente de bloqueo al Norte y al Sur.

No por soslayadas dejan de existir las cuestiones, y la de Marruecos acusó su presencia en términos del mayor apremio cuando en 1859 los moros de Anyera atacaron la plaza de Ceuta y destruyeron las obras que España realizaba para proveer a la defensa de la plaza; agresión que cobraba pleno sentido al ser puesta en relación con los lances y peripecias que habían llevado a dilatadas negociaciones con el Sultán a fin de zanjar las diferencias habidas en cuanto a los límites tasadísimos de Melilla. España se ahogaba en el norte de África; la ocupación de Chafarinas no pensó nadie que fuese arbitrio suficiente, y el Gobierno de Madrid, acumulando en pocos años la experiencia antes menospreciada, hubo de lanzarse, ante la acometida de los anyerinos, a la gran determinación de hacer la guerra. El general O'Donnell, que era entonces presidente del Consejo de ministros, vio la oportunidad, no ya de reducir a las cabilas, que de otra suerte se habrían embravecido hasta lo último, en daño seguro de las mal guardadas posiciones, sino también, y sobre todo, de restaurar en su conjunto el comprometido crédito de España en lo político y en lo diplomático, a la par que, abriendo una ventana al exterior, oreaba el viciado ambiente de la política interior. El Ejército depararía los recursos inagotables de su tradicional denuevo para que el enemigo de acá y de allá se diese cuenta del empuje nacional. El Ejército, en efecto, marcó la medida que se apetecía, y aun la desbordó. Pero...

De la bélica empresa consumada por España en el memorable invierno de 1859 a 1860 hizo alguien este resumen: "Una guerra grande y una paz chica." Gran guerra, desde luego, por el corazón intrépido que pusieron los combatientes. Bajo el mando supremo del general O'Donnell, operaron tres Cuerpos de ejército y una división de reserva, a las órdenes inmediatas de los generales Echagüe, Zavala, Ros de Olano y Prim, respectivamente. Ceuta había sido el punto de partida; Tetuán era el objetivo. Alarcón—harto es sabido—actuaba de cronista, en virtud de ese "Diario de un testigo de la guerra de África", que en nuestra

Literatura sirve de enlace a las clásicas historias de sucesos particulares con los reportajes modernos. Se apoderó el Ejército expedicionario del Serrallo; riñóse la batalla de Sierra Bullones; se libró la de los Castillejos; pasó la tropa por la dura prueba de su incomunicación con la Escudra que la abastecía; Tetuán fué atacado con cálculo y bravura que dieron el triunfo al general O'Donnell. Vino luego la victoria de Wad-Ras, que batió en definitiva al enemigo. Acto continuo, armisticio y paz. "Paz chica", sin embargo; paz que no correspondió en modo alguno al esfuerzo rendido. Bien es verdad que se contaba de antemano con el veto opuesto por Inglaterra al logro de legítimas y determinadas aspiraciones españolas. ¿A qué entonces la guerra?... cabía preguntar, tristemente. Hubo que evacuar Tetuán y que desandar el camino de Tánger. El pueblo español había vibrado en vano. Ni siquiera quedó compensado tanto afán e ilusión con la indemnización que había de pagar Marruecos a España, porque no sólo se redujo aquella a la mitad, sino que para satisfacer los cien millones de pesetas convenidos tuvo el Sultán que negociar un empréstito con Inglaterra, que de esta suerte acrecentaba el influjo que ya ejercía en el Imperio marroquí. En la "Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX", por D. Jerónimo Becker, puede hallar el lector curioso amplia información sobre la inanidad, en tesis general, de la paz de 26 de abril de 1860. Fué el desencanto fruto amargo, una vez más, de la proeza hispánica.

Corrieron años en que la diplomacia internacional no dejó de maniobrar, sin que España acertase a sacar partido de los contrapuestos intereses que Francia e Inglaterra querían crear a toda costa en el norte de África, resueltas como estaban a una injerencia que sólo en nuestro daño podía prosperar. Cuarteado el poder—cada vez más mediatizado y ficticio—del Sultán de Marruecos, se celebraron en Tánger—1877 y 1879—las Conferencias que a solicitud del propio Gobierno mogrebí, influido por el inglés, trataron de regular el artificial sistema de "protecciones". Y como no dieran resultado práctico tales conversaciones, Inglaterra promovió la reunión en Madrid de una nueva y más amplia Conferencia, que comunicó a la ya planteada "cuestión de Marruecos" el valor internacional que ya no había de perder, en perjuicio terminante de los títulos históricos que España presentaba por modo privativo. El 19 de mayo de 1880 inauguró sus tareas la Conferencia de Madrid, en la que acreditaron su representación las siguientes potencias: Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia, Marruecos, Países Bajos, Portugal y Suecia y Noruega, además de España, simple copartícipe. Las deliberaciones cristalizaron en la Convención firmada en 3 de julio siguiente, por la cual quedó reglamentada la protección diplomática y consular, el derecho reconocido a los extranjeros para adquirir y poseer en Marruecos, el pago de impuestos, la mediación de los funcionarios de Legaciones y Consulados, etc. Todo ello a beneficio—no más que aparente—de la autoridad del Sultán.

El "statu-quo" era la solución convencional en que las potencias interesadas confiaban para llegar a hacerse, en ocasión propicia, con la soberanía efectiva. Ya eran oficiales franceses e ingleses los instructores de las tropas regulares del Imperio de Marruecos, y este dato respondía al entramado de intereses económicos y políticos que Francia e Inglaterra montaban, en creciente emulación. Que España, que ciertos españoles, al menos—Costa o el P. Lerchundi, por ejemplo—, cedían a

la sugestión del tema marroquí—cada uno según su ángulo visual y campo de actividades—lo demuestra, entre otras inmediatas repercusiones, la reunión en Madrid—año 1883—del Congreso de Geografía Colonial y Mercantil, matriz de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas. Presidiendo aquella Asamblea, Cánovas izó la bandera de la acción exterior de España, con todas sus consecuencias: "La última palabra—dijo—del derecho en el comercio y en las colonias, como en todas las cosas, la pronunciará como la ha pronunciado siempre, la espada..."

En 1893 la espada tuvo que volver a muchos incidentes determinados por la difícil situación en que se veía la plaza de Melilla, bajo la amenaza casi constante de las cabilas inmediatas. Habiendo dado comienzo en Sidi-Aguariach, junto a una mezquita y cementerio moro, las obras de un fuerte que formaba parte del sistema de defensas proyectado, los rifeños destruyeron—29 de septiembre—lo ya hecho, promoviendo al efecto un general-gobernador militar, D. Juan García Margallo, la operación de castigo, que no resultó ciertamente feliz, como formalizó la campaña; menudearon difíciles encuentros que sucumbió el general García Margallo en Cabreriza Almoradí y, nombrado D. Arsenio Martínez Campos general en jefe del Ejército de operaciones, los cabileños fueron vencidos y la paz firmada en Marrakech—5 de marzo de 1894—mediante un Tratado que imponía al Sultán el deber de castigar a los agresores de Sidi-Aguariach y proporcionar a España la doble ventaja del reconocimiento de una zona que preservase en lo sucesivo el campo de Melilla de una indemnización de 20 millones de pesetas. Por convenio de lo que para ultimar detalles de ejecución en cuanto a personal y convenido recibió el Gobierno de Madrid la visita de Sidi-Brisa, embajador extraordinario del Sultán, y cuando se volvía el crucero "Reina Regente" de dejar en Tánger un diplomático moro naufragó en aguas del Estre, sin que se le tro ni superviviente. Tristísimo presagio: a los tres años también se hundieron otros barcos españoles, cargados de la última ilusión de Ultramar...

Los males del Desastre colonial trajeron, en consecuencia, modo, el bien de que España comenzase a ver que los rifeños de la única expansión posible se abrían en la guerra africana. Coincidió este fenómeno de revalorización con la quiebra ostensible de la unidad política de Marruecos, y pagado por Ab-Del-Aziz y acechado por determinadas potencias europeas, que todo se lo prometían de la intriga y de las banderías marroquíes. "Con nosotros... no nosotro...", había dicho León y Castillo, nuestro embajador en París, a los Gobiernos de Silvela, en 1900, y a Sagasta, en 1901, con referencia al planteamiento eludible de la cuestión. La verdad es que España no podía ya evitar el diálogo internacional, y nació el Tratado de 1902, que no pudo haber de malograrse por no haberse se un Gobierno miope a suertismo a pesar—y quizá por eso mismo—de las insospechables ventajas que le proporcionaba la eventual realidad francoinglesa. A D. Antonio Maura le estaba reservada la tarea de sacar a España de su enmienda y de hacer que su aliento descurtiera al sol norteafricano.



El general Martínez, que dirigió la campaña de Melilla de 1909



RES DE MARRUECOS

Por "EL TEBIB ARRUMI"

COMO la mayor suerte de mi azarosa existencia de

de que las circunstancias me fueran periodista tengo la hacienda, casi desde los albores de mi profesión, testigo presencial de la larga y gloriosa epopeya de España en Marruecos. Comencé a conocer, y a amar, a aquel pueblo cuando aun para nosotros el norte de Africa no era otra cosa que unos presidios rodeados de unos metros de tierra en las llamadas "plazas fuertes" de Melilla, Ceuta y Chafarinas. Pero ya por entonces (1908) pude empezar a hacermelo cargo de cómo para España, y más singularmente para el Ejército español, aquellos territorios del Magreb venían a ser como los incubadores del resurgimiento nacional, que ya, estaba viviendo, como había vivido desde niño la tremenda tragedia de nuestro desastre colonial, que, injustamente, se quiso hacer recaer sobre nuestra Marina y nuestros soldados, cuando en realidad

la tremenda pérdida sólo fué el fruto consecuente de la política nefasta en todos los sentidos, de guerras en Marruecos viene a ser par-

pallo, pues, de hablar de mi propia existencia. Y es bien para traducir sintéticamente en un artículo pocas mis impresiones sobre aquellas etapas gloriosas de nuestra Historia no necesito buscar datos, compulsar ni siquiera poner en relación los hechos mismos de 1894 a 1908, sino que aprendí en la vida y en los libros sobre la política de España en Marruecos.

En 1908, con el Ministerio Maura, empezó a alborear la política de España en Africa, resultado im-

Mejilla y a nuestro país y a nuestros estadistas como con-

Por consiguiente de aquella serie de acontecimientos de orden in-

única autoridad en el interior del territorio señalado como de nuestra "Zona de influencia".

Conocidos son los sucesos en virtud de los cuales los españoles civiles fueron lanzados por los enemigos del "Roghi" de Beni-Bu-Ifrur, que quedó en poder de los cabecillas rebeldes, a quienes en ocasiones no se les ponía mala cara en Melilla, y que terminaron por provocar una situación tan andrúquica, que se tradujo en el asesinato de unos infelices obreros españoles en las cercanías de Melilla y cuando trabajaban en la explanación del ferrocarril en el lugar llamado la Segunda Caseta. Aquel acto de deslealtad y salvajismo de los jefes rifeños, que ya habían logrado expulsar al "Roghi" de todo el Rif, fué contestado a las veinticuatro horas con una salida de nuestras fuerzas de Melilla, que ocuparon toda la zona costera, desde la Plaza española hasta el Atalayón, al borde de la Mar Chica. Y allí comenzó la primera de nuestras guerras del siglo actual, en Marruecos: la inolvidable guerra del año 9.

Resulta incomprensible el divorcio total que existía entre la política llevada desde el ministerio de Estado de Madrid y los preparativos militares que tenían que ser la secuela inevitable de aquella política que a todas luces tenía que abocar en un conflicto armado. Las cabilas, como era de esperar, apenas salieron los primeros soldados españoles de los límites de la plaza de Melilla, los recibieron a tiros. La guarnición heroica de Melilla se componía entonces de dos regimientos, magníficamente entrenados por el celo del general Marina, el de Africa y el de Melilla, y el Batallón Disciplinario. Aquellas fuerzas, que apenas sumaban cuatro mil hombres, bien pronto se vieron acometidas por cerca de veinte mil rifeños, que materialmente se les echaron encima desde las alturas del Gurugú, tratando de cortar la débil franja de terreno que entre esta sierra y el mar servía de cordón umbilical para la acción militar desarro-

llada en 18 kilómetros de profundidad, paralela a la costa, por el general Marina. Hubo que enviar a toda prisa refuerzos a Melilla; pero, como decíamos, la política no había previsto el "casus belli", y, en vez de tener preparadas fuerzas adecuadas para una acción de guerra, se echó mano de los reservistas, y se dieron aquellas escenas vergonzosas de los periódicos y del Parlamento azuzando al pueblo contra la determinación del Gobierno y conminando a las turbas extremistas para que en las estaciones desenganchasen los trenes que habían de conducir a las tropas de España a vengar la criminal agresión de las cabilas rifeñas. Y así ocurrió que aquellas tropas, salidas de la Península en aquel ambiente deplorable, sin preparación en la mayoría de los casos y en otros muchos sin mandos propios y conocedores de la singular manera de guerrear de los moros, llegaban a la rada de Melilla y, aun mareadas por la travesía del Estrecho, tenían que salir para la línea de fuego, situada a menos de tres kilómetros de los límites mismos de la plaza de soberanía española. Algunos jefes, llevados de su natural condición brava, enardecieron a sus soldados y se lanzaron, inconscientes, pero valerosos, por aquellos célebres barrancos de Sidi Musa, el Lobo y el Infierno. Aquellas tor-

pezas estratégicas, que tenían por disculpa la bravura de los que las hicieron, fueron más que diezmando las tropas enviadas por España, y hubo días en el mes de julio del año 9 en que sólo por verdadero milagro los cabilenos no llegaron a entrar a saco en la plaza fuerte de Melilla. La inteligencia del general Marina, del coronel Fernández Llanos y de algunos otros jefes, como el coronel Azó, el teniente coronel Aizpuru y héroes como los ca-

pitanes Royo y Guiloche, y tantos y tantos otros que, haciendo honor a su honroso uniforme, supieron vender caras sus vidas, manteniéndose, en increíble alarde de heroísmo, en las posiciones, actuaron como muro de contención para la avalancha rifeña, que se vió detenida en su ímpetu, aun a costa de un tremendo desgaste de sangre de nuestros bravos soldados.

Afortunadamente el pueblo español reaccionó, como corresponde a su historia y a su espíritu, ante aquellas terribles jornadas del Gurugú, Segunda Caseta, Sidi Musa y Sidi Hamed, y se entró en una tregua relativa, en que, firmes en las posiciones conquistadas el primer día, sufríamos a diario la sangría suelta del paso de los convoyes desde Melilla al Atalayón a través de las balas que desde las laderas del Gurugú enviaban sobre las columnas en marcha los célebres "pacos". Pero entre tanto se pudo organizar un ejército, y a Melilla se enviaron las divisiones de los generales Orozco, Solomayor, Tovar, etc., con las cuales poco a poco se fué batiendo al enemigo, ocupándose las alturas del Gurugú, en donde el coronel marqués de Estella, D. Miguel Primo de Rivera, se destacó por su brío y pericia, y, en fin, se consiguió llegar por un lado hasta el límite del río Kert y por otro hasta el Muluya, con las ocupaciones de Nador, Zeluán y San Juan de las Minas, o sea el ingente monte Uicacan, donde están enclavados los famosísimos yacimientos de hierro. Aquella campaña fué un constante rosario de hechos parciales heroicos, pero al mismo tiempo denotó la falta de preparación para combatir en la guerra especial de Africa de la mayoría de las unidades, recibiendo como última lección adversa la del territorio del Zoco del Jemis, el 30 de septiembre de 1909, en cuya retirada solamente se salvó el honor de las armas, pero a costa de verdaderos ríos de san-

gre, lo que sin duda fué causa de que el Gobierno de España, minado sin tregua por la acción de los políticos extremistas y de la Prensa alborotadora, decidiese cortar la campaña sin haber conseguido más objetivo que el de la ocupación a medias de la provincia de Guelaya y el total de la provincia de Kebdana, lindera con la zona francesa del Muluya.

Decretado el cese de esta guerra, no por ello cesaron los tiros, y durante los años 10 y 11, y mientras se desarrollaba una llamada "política de atracción" del indigena, con creación de obras, establecimientos y negocios de tipo captador del interés del moro, proseguían las agresiones, los paqueos y los asaltos a nuestros convoyes apenas nuestros confiados mandos y soldados descuidaban un momento el alerta en que era preciso vivir.

Por aquel año de 1911 se vislumbraba claramente la misión de Protectorado que España, de acuerdo con Francia e Inglaterra, había de desempeñar en toda la Zona norte del Magreb hasta el Muluya, y con excepción del enclave de Tánger, pasando luego por el Atlántico hasta un poco más abajo de la desembocadura del río Lucus. Y, estrictamente, hubo un ministro que confió al entonces comandante D. Dámaso Berenguer la creación del organismo de guerra especial y necesario para mantener el prestigio y la autoridad de España entre los cabilenos: las Fuerzas de Regulares Indígenas, creadas un poco a la imagen y semejanza de los "gums" que Francia había montado en Argelia. Con aquellas unidades, en las que los indígenas guerreros se encuadraban con soldados voluntarios seleccionados y bien pagados de España, y organizadas, entrenadas y mandadas diestra, inteligente y valerosamente por oficiales de alto renombre y buena preparación marcial, poco a poco fué convirtiéndose en realidad el prestigio de España entre los

(Continúa en la página 18.)



LA POLITICA REPUBLICANA EN MARRUECOS

Por "T A L E B"

Si ha podido decirse que la República no fue "una forma de gobierno", sino "una falta de forma", no ocurrió lo mismo con la política que llevó en Marruecos, que fue perfectamente combinada para deshacer cuanto allí se hubiera ya logrado, y que como característica presentó una extraordinaria armonía en todas las medidas adoptadas con el fin de derribar cuanto ya se había edificado en la sólida obra de nuestro Protectorado.

Lo único que en ello se olvidó fue el sagrado interés de España, y muy hondo tenía que haber llegado en el corazón y sentimientos de los marroquíes la generosa y sabia acción de años anteriores para que la demoledora actividad desplegada durante el triste periodo 1931-1936 no produjera la consecuencia de que por el alegre desenfado de una política analfabeta y sectaria se perdiera el prestigio que a los ojos del indígena adornaba a la nación protectora y a sus organismos de gobierno.

Todo lo que pudiera atacar ese prestigio se realizó, todas las medidas que pudieran despertar el desprecio y la animosidad de los que aun recordaban una época guerrera seguida por un desarme espiritual perfectamente logrado se pusieron en práctica o se intentaron. Tres son principalmente las razones de prestigio a los ojos del marroquí: la religiosa, la actuación guerrera y el poder del Majzén o Gobierno. Veamos cómo en los tres terrenos procedieron los prohombres republicanos.

En el terreno religioso, el musulmán es ante todo un creyente, y para él el peor enemigo es el "sin Dios", siendo este detalle tan exacto que hasta en la "Yihad" o Guerra Santa, máxima violencia de tipo religioso, el trato que debe darse al vencido varía según sean "gentes del libro" (cristianos o judíos), cismáticos, rebeles o apóstatas y gentes sin Dios o idólatras, permitiéndose a los primeros pedir capitulación y conservar, mediante un tributo, su fe y sus bienes, y siendo, en cambio, los últimos ejecutados sin compasión después de ser confiscada su propiedad.

Los aires republicanos llevaron a Marruecos un laicismo a toda costa, estimado, además, como la gran arma política por los que pretendían imponerlo, puesto que juzgaban, con un conocimiento del asunto extraído, sin duda, de la asistencia a determinadas fiestas de carácter local de algunas regiones de la Península, que el "odio feroz" entre musulmanes y católicos estaba llamado a desaparecer por quedar borrado en la conciencia el católico.

Las quemadas de conventos e iglesias, el cinico alarde de irreligiosidad de los que se titulaban "piados" del nuevo régimen, provocó en los marroquíes, tras el momento de estupor que les produjo el espectáculo, que cuerdamente achacaron a una ola de locura, de ver a unos hombres quemando "sus" templos, que lugares hubo, como en Tánger, donde acudieron elementos destacados de las Cofradías religiosas musulmanas a la residencia de los Padres Franciscanos a dárles la tranquilidad de que en la ciudad sus iglesias estaban seguras, pues si preciso fuera los mismos moros las defenderían.

La Orden Franciscana ha sido objeto desde la presencia en Marruecos de sus primeros misioneros, en 1219, de un gran respeto y veneración por parte de los marroquíes, quienes, pasada la primera época de persecución, se han habituado a acudir a ellos en sus vicisitudes, llegando a una convivencia perfecta y cordial que, recogida por diferentes Sultanes, dió origen en el curso de los tiempos a una notable colección de "firmas" o decretos del Sultán concediéndoles gran número de privilegios, cuya parte tienen vigencia actual, entre ellos el de exención de aduanas en determinadas circunstancias.

Naturalmente, no podía librarse este motivo de prestigio español en el Mogreb de los ataques de la nueva política; en diciembre de 1932 se urde un complot con ocasión de un incidente ocurrido en Bab-Taza, motivado, al decir de algunos, por unas rencillas familiares entre caides de aquel lugar. Se simula un vasto complot monárquico, en el que, en curioso



La manifestación de Tetuán el 14 de abril de 1931

"cock-tail", estaban mezclados unos extranjeros, unos destacados monárquicos de la localidad, las cabillas de Uadrás, Yebel Hebib, Beni Ider y alguna otra, y—¿cómo no?—la Orden Franciscana, de acuerdo con una destacada Cofradía religiosa musulmana.

El "Heraldo de Madrid" recibe de un "republicano puro" que ocupaba un cargo de gran relieve un informe completo sobre el caso; informe que publica con tal lujo de detalles en un número dedicado por entero a este asunto, que merece, al menos, sea tenido en cuenta su autor por su poderosa imaginación. Entre otros detalles figuraba la entrega por los Franciscanos en el Yebel Quebir de Tánger de 300 fusiles (si la memoria no me es infiel) a un grupo de indígenas de Uadrás, procedentes de los "depósitos de armamento" de aquéllos.

La reacción de todos los que eran espectadores de aquella farsa no se hizo esperar; en interminable sucesión, los elementos diplomáticos, las personalidades musulmanas, los elementos extranjeros, etc., etc., acudieron a testimoniar su adhesión al obispo y vicario apostólico de Marruecos en su Casa de la Orden en Tánger. Lo más curioso quizá de toda esta absurda trama es que dejó de hablarse de ella cuando el Alto Comisario dejó su puesto, como si el prestigio de España se hubiera puesto en juego exclusivamente para que un funcionario fuera sustituido por otro.

En el aspecto del prestigio guerrero, también los modos del nuevo ambiente civilista y pseudointelectual habían de poner en él sus manos pectorales.

Para no extendernos en cuantos detalles podríamos mencionar, citaremos, como de más volumen y trascendencia, el asunto de las Intervenciones Militares. Este organismo, por medio de sus Oficinas en el campo, sostiene, como es sabido, el contacto con los habitantes del país, y a su frente se hallaban oficiales y jefes del Ejército de brillante historial militar y un gran caudal de conocimientos adquiridos en largos años de convivencia con el indígena, quien le conocía bien de tiempos pasados, y media y apreciaba cómo en él se hermanaba el valor en la guerra y la cordura y cordialidad en la paz, encontrando en él siempre una ayuda y en la Oficina de Intervención "una casa donde con el Dispensario y el médico se atendía a su salud corporal, y con el consejo, siempre honrado, del oficial interventor, la paz y la tranquilidad de su espíritu".

Estos cargos atrajeron rápidamente la codicia de algunos desconocidos para Marruecos, pero indudablemente con méritos

o amistades políticas suficientes para, tras una disposición, en contra de todos los asesoramiento competentes, declarando "todas" las Intervenciones civiles, ver llegar al territorio, por ejemplo, a cierto hombre de negocios de una ciudad mediterránea, que como primera actuación solicitó "una escolta de protección" para dirigirse de una población a otra, sin recordar, sin duda, que pisaba Marruecos a fines de 1931 y principios de 1932 y que el último disparo había sonado el día 10 de julio de 1927, fecha desde la cual la vida de la Zona era tan normal y mucho más segura que la de España en aquellas fechas.

Otro flamante interventor civil desde la población más cercana a su cabilla, pero distante de ella cerca de 40 kilómetros, decidía los asuntos de su Oficina y decretaba, como medio más eficaz para aumentar la recaudación del "Tertib" (impuesto que grava toda clase de riqueza), que, sin más investigación ni informe, cada indígena pagara el doble de lo que había pagado el año anterior.

Fácil es comprender que estas "ingeniosas" medidas, sin el estudio concienzudo y constante de las vicisitudes de la vida del indígena, sin el interés cariñoso que por su bienestar demuestra en cada momento el oficial interventor, que le conoce y le quiere, habían de producir fatalmente el desvío y el alejamiento de a persona que sin prestigio personal de ninguna clase, sin aureola guerrera y sin conocimientos que le permitieran atraerse a sus administrados, sólo podía provocar en ellos, en el mejor de los casos, la indiferencia y el menosprecio.

Más castigado aún que los dos factores anteriores quedó el prestigio del Gobierno y la sensación de su fuerza y poder; empieza en este aspecto la tragedia tan pronto se proclama la República, o, mejor dicho, antes de proclamada, cuando un grupo de indeseables españoles, a los que hacen digna compañía algunos limpiabotas indígenas, se dirigen en alborotada manifestación a la Alta Comisaría exigiendo fuera izada la bandera tricolor.

Pretenden entrar violentamente en los jardines, y rechazados por la guardia, intentan desarmar al centinela, lo que obliga a aquella a hacer fuego al aire. Ya iniciada la crisis de autoridad, la guardia es retirada al cuartel y dejada en él, y el entonces delegado de Asuntos Indígenas es insultado, golpeado y objeto de un atentado frustrado por parte de la chusma encanallada, que empieza aquí a hacer objeto de sus odios, a los que dará término asesinandolo años más tarde en la Cárcel Modelo de Madrid.

Sin autoridad, falta de los necesarios apoyos, el Alto Comisario tiene que abandonar la Zona; meses más tarde otro Alto Comisario deberá escuchar en Tánger, con ocasión de un banquete, cómo un funcionario del Estado de infima categoría se encara con él y le acusa de ser un traidor al régimen y, tras lanzar un cúmulo de impertinencias y de desvergüenzas, hacerle la aclaración de que todas ellas van dirigidas a su persona, pronunciando su nombre a continuación para que no quedara lugar a dudas. El cónsul general de España en Tánger se encontraba presente; el Alto Comisario se retiró, y el funcionario, muy satisfecho de su proeza, continuó en el banquete y... en su puesto del Estado.

En las vísperas del Alzamiento otro Alto Comisario descendió, para que los obreros "le perdonaran" no haberles recibido en manifestación tumultuosa el mismo día de su llegada a Tetuán, a citarles al día siguiente; pero ¡yendo él a verlos a ellos! a un paseo en la salida de Tetuán.

Si de Tetuán lanzamos la vista hacia Madrid, vemos, ante todo, el camino recorrido por interminables comisiones y comisioncitas, desde el desgraciado viaje de un pintoresco Jefe de Estado, que puso, con su castelarina oratoria, espesa confusión en el ánimo de los musulmanes por ciertas consideraciones sobre las razas allí presentes en su discurso del jardín de la Alta Comisaría, hasta el de los numerosos parlamentarios e intelectuales que, con una comeción extraordinaria por dedicar su inteligencia a los intereses de España en Marruecos, hacían turismo siempre en las ciudades, y preferentemente en las del Marruecos francés, sin duda, más que por su mayor "confort" y amenidad, porque ello les daría en su día razones para sostener justas reivindicaciones de nuestra Patria. De todos estos viajes merece especial mención el de un ministro de los de más categoría intelectual, que, quizá por imposición de sus rasgos fisonómicos, convirtió su visita a la Zona en la única preocupación de pasar su tiempo en los casinos israelitas, donde, según su propia declaración, "se encontraba como en su propia casa".

En Madrid, mientras tanto, muy complacidos de que, al fin, "la libertad" y "la igualdad de los hombres" hubiera llegado a Marruecos, acumulaban errores tras errores, y de lo acertado de sus decisiones y el profundo conocimiento que las inspiraba citaremos como único botón de muestra (respondiendo de su autenticidad y de no estar tomado de un periódico humorístico) que cuando el famoso complot de Bab-Taza antes citado tuvo el Gobierno de la capital la feliz idea de detener y trasladar a Tetuán al jefe de la Cofradía religiosa, presunto cómplice, y, sin reparar en el problema que tal arbitrariedad plantearía con los cofrades repartidos por todo Marruecos y norte de África hasta Egipto y oeste de África hasta el Sudán, al hacerle presente que no salía nunca de su domicilio, donde no se tenía jurisdicción, dió como solución ¡sacarlo de su casa con engaño y raparlo en plena calle! No creemos que quepa comentarlo alguno.

Felizmente el 17 de julio de 1936 cortó esta triste serie de insensateces y de errores, librando a Marruecos, entre otras cosas, de Altos Comisarios como el que lo fue teóricamente durante la guerra de Liberación, quien "debía el conocimiento que tenía de las cosas de Marruecos a un libro que le acompañaba en todos sus viajes para colmar el interés que ese problema siempre había despertado en él". Y tras de decir esto en el barco de Algeciras a Tánger, en octubre de 1932, sacó de su molinete... ¡el Anuario-Guía de Marruecos!

Esta política republicana, de la que acabamos de presentar algunas pintorescas facetas, no ha tenido de bueno más que señaló claramente el camino a seguir por el indígena, que con su fina percepción apreció ya en abril de 1931 dónde estaba la España grande y generosa, dónde los hombres de honor y cuál era el campo donde había de militar todo aquel que, con un concepto verdadero de la vida, quisiera llevar la idea de Dios en sus banderas.

ACTIVIDADES DEL PUERTO DE CEUTA (MARRUECOS)

Conviene mencionar la importancia de Ceuta como estación carbonera.

La COMPANIA GENERAL DE CARBONES, S. A. estableció un depósito de carbones en el año 1923 para el suministro de carboneras a buques, y gracias a su organización de servicios y propaganda consiguió atraer la atención de las más importantes Compañías navieras del mundo, las que apreciaron la ventaja de la posición geográfica de Ceuta. En 1936 había conseguido desviar para Ceuta una proporción considerable del tráfico que antes acudía a puertos

extranjeros (Gibraltar, Orán, Argel, etc.), beneficiando con ello a la población y masa de trabajadores portuarios. La entidad propietaria se propone instalar en breve elementos modernísimos mecánicos de carga y descarga, con lo que se logrará abaratar todas las operaciones.

La estación carbonera de Ceuta se halla hoy bien acreditada en todos los medios marítimos y es de esperar que con la vuelta a la normalidad prosiga el ritmo ascendente que llevaba desde su creación.

LEGISLACION MARROQUI

Por MANUEL DE LA PLAZA

CUANDO se contempla en visión panorámica la que llamamos legislación marroquí, no importa tanto saber con detalle lo que se hizo, sin otra guía que las páginas de los periódicos y colecciones oficiales, que inquirir por qué se hizo y cuál fué, en suma, el hilo conductor que, a vuelta de muchas experiencias, guió la gestión de los hombres que a través de los años tuvieron y tienen la responsabilidad de encauzar la denominada política del Protectorado.

Por eso quien pretenda darse cuenta cabal del valor de esta interesante experiencia, tan deficientemente divulgada, no ha de juzgarla a la luz de una sutil técnica, que podría quebrar frente a un problema profundamente humano, ni puede contentarse con entrever vagamente, sin acertar con la medida de su solución, la dificultad de hacer convivir sin interferencias peligrosas dos sistemas jurídicos notoriamente dispares en su concepción y en sus realizaciones. ni ha de rendirse ante una crítica que no acierte a comprender la constante rectificación de una obra que para ser fecunda ha de responder al conocimiento, cada día más profundo y depurado, de la psicología de un pueblo y de su especial manera de ser y de pensar. Le es fácil, en cambio, y en ello está el acierto, inferir cuál puede ser el criterio rector de una política legislativa sin más que pensar en su condición de español y recordar cuál fué siempre, sin una sola vacilación, la dirección de las empresas de España.

Y así, ante el doble problema que planteaba la articulación de unos Códigos que por la fuerza del estatuto jurídicomarroquí habían de aplicarse simultáneamente en algunos casos a españoles, extranjeros y musulmanes, y la desinteresada inspiración de unas normas de aplicación general que a partir del Protectorado iban a constituir el acervo jurídico marroquí en orden a los problemas todos de su administración, España vió claramente que no había de resolver una cuestión legislativa abstracta, con miras a una obra de colonización, en el sentido peyorativo que esta palabra tiene, sino que se hallaba frente a un hondo problema espiritual, que no era ni nada más ni nada menos que el de saber bien en qué consistía y cuál era la esencia del Protectorado. Acaso los que, aprovechando el letargo de nuestras ambiciones exteriores, supieron usar de toda suerte de artimañas de bajo vuelo para regatearnos el puesto a que por tantos títulos de indiscutible legitimidad como potencia africana teníamos derecho, no vislumbraron entonces ni mucho después todo el partido que para una noble empresa de penetración espiritual podíamos sacar de nuestras condiciones nativas, pese a lo desmedrado de la participación material que liberalmente nos otorgaron. Porque lo cierto es que desdeñando, con un gesto muy propio de la singularidad del espíritu patrio, todo intento de absorción material, que siempre se mantiene en equilibrio inestable y por obra exclusiva de la fuerza, el español que a Marruecos

fué y en Marruecos trabajó, dejando allá muchas veces lo mejor de sí, aprendió pronto que el Protectorado es idea tan sutil que sólo acierta a comprenderla quien sepa guiarse por un impulso cordial; que es una obra profundamente espiritual, porque, lejos de encaminarse a desdibujar la personalidad del protegido, tiende a realzarla y a mantener y acrecentar el prestigio y el relieve de sus instituciones multiseculares; es decir, es una empresa de coordinación, de ponderación y de amor, porque el amor es, según frase certera de Ganivet, el instrumento que nos descubre el alma de todas las cosas.

De ese modo se explica la aparente paradoja de que no sea la letra de los Códigos la que mejor nos lleve a conocer la legislación marroquí. Quien pretenda calar hondo en ella habría de ver cómo

la traza y el espíritu de las disposiciones que regulan la propiedad no ofrece ni una sola posibilidad del despojo legal, tan sagazmente preparado por otros pueblos que llamándose, sin merecerlo, colonizadores, calumniaron, a sabiendas de la falsedad de su imputación, la generosidad, profundidad y, sobre todo, la humanidad de nuestra legislación de Indias; cómo, dando muestras de elemental tacto político, hemos abandonado a los naturales del país, sin farisacas y subrepticias injerencias, su justicia xeránica y su tradicional jurisdicción sobre los bienes hábices, piedras angulares del estatuto familiar, sucesorio e inmobiliario del pueblo musulmán; cuál ha sido la fecundidad de nuestra labor docente, que hoy culmina en un afán nobilísimo de investigación, cada día superado, para divulgar entre los españoles y marroquíes los

más preciados tesoros de la ciencia jurídica y filosófica que nos legaron sus abuelos, y sabrá explicarse por qué, si no nos era dado sustituir con una legislación a la europea un régimen jurídico de fisonomía tan peculiar, lo que hubiese sido vana empresa y error político irremediable, si podíamos ¡y queríamos! conocer las instituciones del país... para respetarlas, para impedir que por desconocimiento se vulnerasen y para aprovechar en un mañana más o menos próximo el tesoro, en gran parte inexplorado, del derecho consuetudinario, que en él nos muestra la sencillez del alma musulmana, en su más pura y desconcertante ingenuidad.

Puede que entonces el observador muestre su asombro ante el hecho, que sin hipérbole puede calificarse de milagroso, de que todo eso haya podido realizarse en el decurso de varios lustros, en que la indiferencia glacial de muchos ante las cosas de Marruecos corría parejas con la zafia incomprensión de no pocos frente a sus problemas. "Tierra maravillosa—decía en 1924 nuestro glorioso Caudillo—, en que todos trabajan, en que todos discurren, en que tienen ancho campo las iniciativas subalternas y se templan los espíritus y despiertan al mundo los temperamentos ocultos. ¡Tierra de sacrificios, acrecentados por la indiferencia del país y la falta de calor del Gran Hogar!" ¡Profética visión la de aquel subalterno, que por designios inexcusables de Dios fué el encargado de recoger el sazonado fruto de la obra de comprensión de que fué tan celoso artífice, cuya fecundidad vislumbraba en una de las horas más difíciles de nuestra acción en Marruecos!

Porque así resolvió España el problema que el Protectorado le planteó fué posible una obra legislativa concebida con una exacta visión política y caldeada por un aliento humano que explican su fecundidad práctica. No se trata, como algunas veces inexactamente se dijo, de una empresa romántica; que el romanticismo, según la exacta visión de José Antonio, no es "sino una actitud endeble que viene a colocar todos los pilares en un terreno pantanoso". Es sencillamente una posición firme, que acusa, ante todo, la continuidad de nuestra política exterior frente a uno de sus más sugestivos problemas, y el decidido propósito de cerrar los oídos a los cantos de sirena de los colonizadores prácticos, que en la hora presente ven derrumbarse con estrépito una obra defectuosamente cimentada sobre otros pilares igualmente movedizos e inestables: los del interés.

El pueblo español, que, por la falta de visión de sus dirigentes, tantas veces dió muestras de su enfado ante la obra que, a prueba de desengaños, se realizaba casi a sus espaldas, aprendió en 1936 cuánto importa el acierto de una política legislativa. Por eso no ha muchos días, al paso del Príncipe, amigo de España, que rige los destinos de aquel amado rincón de Africa ha expresado cordialmente, con fervor y entusiasmo jamás igualados..., que también él ha sabido comprender.

LA FILOSOFIA EN MARRUECOS

(Viene de la página 8)
de Padua, y todavía en pleno siglo XVI se le editaba frecuentemente al lado de Aristóteles.

PERSISTENCIA DE LA CORRIENTE MISTICA

Más que esta filosofía, de raíz aristotélica, dejó su huella en Marruecos la de tendencia neoplatónica y mística, que había sido iniciada con las obras de Ibn Masarra, que subyacía latente en las capas más diversas de la sociedad musulmana, lo mismo en España que en Africa. Basta para comprobarlo la lectura de algunas obras del famoso místico murciano el inquieto y andariego Mohidin ibn Arabi (1164-1240), que recorre varias veces Marruecos, que tiene visiones en Marraquex, que experimenta sus primeros éxtasis en Fez y que no se siente muy a gusto con los sultanes almohades, por lo cual, acaso, se decide a viajar por Oriente. Notables son sus obras, v. gr., *Fusus* o "Piedras preciosas de las ciencias", el *Diwan*, el *Intérprete de los amores* y, sobre todo, el *Fotuhut* o "Revelaciones de la Meca", especie de Biblia del esoterismo musulmán, en frase de Asín. Lo característico de Ibn Arabi es la síntesis armónica de heterogéneas y aun contradictorias ideas, conseguida gracias a la interpretación alegórica de los textos revelados, buscándoles un sentido místico.

En el mundo cristiano se ven huellas claras de sus doctrinas en las tesis iluministas de un Lulio, y de sus descripciones de ultratumba parece que se aprovechó Dante para su gran poema.

En el mundo islámico ha sido constante la influencia de las doctrinas de Ibn Arabi, difundidas en Africa, en Turquía, en Persia, en la India; las prensas del Cairo, de Bombay y de Estambul siguen lanzando ediciones de sus libros. Todavía hoy, en nuestros viajes por Tetuán o por Fez, encontramos en las librerías marroquíes ejemplares de las obras de este famoso y original pensador, en cuyas páginas está el substratum de los métodos que siguen practicando las cofradías religiosas de todo el mundo islámico.

Angel GONZALEZ PALENCIA



LA ACCION CULTURAL DE ESPAÑA EN MARRUECOS

Por TOMAS GARCIA FIGUERAS

La base fundamestal, por lo que se refiere al aspecto espiritual de la revalorización de Marruecos a través de la obra protectora de España, es el decreto del Jefe del Estado, de noviembre de 1941, que reorganiza los servicios de la Alta Comisaría de España en Marruecos. En ese decreto se va de una manera decidida a dar unidad a los asuntos variados y complejos de Educación y Cultura, creando con ese título una "Delegación de Servicios de la Alta Comisaría". La idea se venía apuntando, especialmente, con la organización de la "Secretaría de Cultura", en enero de 1941, organismo que, dentro de la "Secretaría General de la Alta Comisaría", recogió asuntos de cultura que iban adquiriendo ya un cierto volumen: "Biblioteca General del Protectorado" y bibliotecas destacadas, "Hemeroteca" del Protectorado, "Museo Arqueológico", investigaciones, etc. Pero resultaba notablemente insuficiente; por el contrario, la "Delegación de Asuntos Indígenas", absorbida por numerosos y delicados problemas de índole variadísima, no podía dedicar a la enseñanza, en todos sus aspectos, la atención debida.

Independientemente de todo ello surgían problemas que, aunque no nuevos en sí mismos, lo eran por su volumen e importancia en las funciones de un Estado moderno; los servicios de "Prensa, Propaganda y Radio", desbordando el cuadro propio gubernativo para convertirse en instrumentos al servicio de una cultura que ha de ejercerse sobre la sociedad y a través de ella. Asimismo los de "Educación Física", que, aunque formando parte de los de enseñanza, exigen ya una atención especial destacada, lo mismo que los de "Bellas Artes".

El proyecto del general Orgaz comprendía, pues, en ese aspecto la reunión en un solo organismo de los asuntos ya existentes, dando vida propia a otros y armonizando y conjugando su acción en una Delegación de Servicios que fué la "Delegación de Educación y Cultura" de la Alta Comisaría, que recogía: de Asuntos Indígenas lo referente a la enseñanza en todos sus aspectos, de la Secretaría General lo referente a Cultura, y a la vez creaba cuanto se refería a la Educación Física, Prensa, Propaganda y Radio. La idea de ir francamente a esta unificación de servicios sin pasar por nuevas etapas constituye un positivo acierto.

De cuanto va dicho se deduce claramente el cuadro general de las actividades de la Educación y Cultura en Marruecos. En primer término cuanto se refiere a "Enseñanza", en su doble aspecto de enseñanza española y enseñanza marroquí, y dentro de éstas las matizaciones que ahora se dirán.

La "enseñanza española" tiene: la primera enseñanza oficial y privada, con un "inspector de enseñanza española", y la segunda (sólo privada) con una inspección a cargo de un catedrático asesor. Debe tenerse en cuenta que nos referimos solamente a la Zona de Protectorado donde no existe ningún centro oficial español de Segunda Enseñanza; los Institutos de esa clase de Ceuta y Melilla están enclavados en territorios de soberanía española y dependen a esos fines de las Universidades de Sevilla y Granada, respectivamente. La segunda enseñanza en la Zona es privada y está a cargo de instituciones particulares, religiosas o de Patronatos Militares, allí donde faltan los medios anteriores (Xauen, Villa Sanjurjo y Arcila, por ejemplo).

La "enseñanza marroquí" comprende la musulmana y la israelita. La musulmana está dividida en dos ramas: la enseñanza puramente religiosa y la enseñanza moderna. La enseñanza religiosa oficial dispone de "Medarsas Coránicas" y de "Medarsas de Segunda Enseñanza"; la enseñanza moderna está a cargo, en su primer grado, de la "Escuela marroquí", con directores marroquíes y asesores españoles; en su segundo grado, del "Instituto Oficial de Segunda Enseñanza", donde se cursa el bachillerato marroquí, y de la "Escuela Politécnica" (en organización), donde, tomando como base el bachillerato elemental (los tres primeros años del bachillerato marroquí), se seguirán los estudios de Magisterio, auxiliares de Medicina, peritos agrícolas y peritos comerciales y administrativos. Los estudios superiores se hacen en las Universidades españolas. Existen también Institutos libres de Segunda Enseñanza que están obligados a convalidar sus estudios en el Instituto Oficial.

La enseñanza israelita dispone de escuelas propias y de escuelas de la Alianza Israelita, en la que dan clase maestros españoles. Tiene un inspector de Enseñanza Israelita.

La enseñanza marroquí, en sus dos ramas, musulmana e israelita, y dentro de ellas abarcando a la totalidad de las ac-



Interior de la escuela de Alcazarquivir

tividades, dependen de una "Dirección de Enseñanza Marroquí" que dispone de inspectores para esta clase de enseñanza. La "escuela marroquí" (escuela primaria moderna) apunta una iniciación de preaprendizaje, tanto en el orden industrial como en el agrícola; pero este aspecto, como el más amplio, de la enseñanza profesional marroquí, está aún pendiente de concreción.

La "escuela marroquí" moderna es también para niñas; existen varias escuelas de esta clase en toda la Zona que funcionan de modo perfecto; en ellas reciben las alumnas su educación religiosa propia y clases de labores del país. Las maestras españolas atienden al asesoramiento general de la escuela, clases de labores españolas y de idioma español. La "Dirección de Enseñanza Marroquí" tiene también la inspección de los centros de enseñanza marroquíes de carácter privado.

La Sección de "Cultura" comprende: "Bibliotecas", "Hemeroteca", "Museo Arqueológico", "Centro de Estudios Marroquíes" e "Investigaciones y Publicaciones", cuyos solos enunciados son suficientes para darse cuenta de su función. La Biblioteca General del Protectorado, que es la Central en Tetuán de estos servicios, tiene, entre otras secciones, la de "Estampas y grabados" de temas marroquíes y africanos en general, actualmente en formación. La "Hemeroteca" del Protectorado tiene, asimismo, una sección de "gráficos", donde se van formando preciosas colecciones de fotografías de la actualidad en nuestra Zona de Protectorado. La Hemeroteca recoge, asimismo, la Prensa no sólo de Marruecos, sino también del Norte de Africa.

"Prensa, Propaganda y Radio" tiene a su cargo estas actividades, y de una manera especial su utilización desde el punto de vista de la cultura. El servicio de Prensa y Propaganda tiende además a hacer cada vez más íntimo y perfecto el conocimiento mutuo de España y de Marruecos, como base de una justa estimación que permita alzar sobre bases firmes el gran edificio de nuestra acción común. Los servicios de Radio se encuentran aún en su fase de organización.

La Sección de "Juventudes y Cultura Física" inicia la labor en este sentido en las escuelas españolas y marroquíes. Su propósito es dotar a la enseñanza de un plan bien establecido de educación física que se desarrolle durante el curso

y que culmina con las competiciones de fin de curso. En el que acaba de terminarse se ha celebrado la primera competición de Marruecos entre escuelas oficiales, y en el curso próximo todas las escuelas de la zona y las de Ceuta y Melilla, oficiales o privadas, se disputarán, a más de los distintos campeonatos, el "Trofeo Escolar General Orgaz".

Finalmente, la "Sección de Bellas Ar-



Labor de incrustaciones en plata en la Escuela de Artes Indígenas de Tetuán

tes y Artes Indígenas" atiende al aspecto artístico del país, y de una manera especial a conservar y fomentar el desarrollo de las artes indígenas. Centro principal de esta acción es la Escuela de "Artes Indígenas" de Tetuán, y dependiendo de ella funciona la Escuela de Alfombras de Xauen y la Escuela de Tagsut. También le está afecto el "Hogar Marroquí" de Tetuán. La influencia de la Escuela de Tetuán en el desarrollo de las artes indígenas es grande y altamente beneficiosa.

Tal es, en líneas generales, el cuadro de la acción cultural de España en Marruecos; acción que está, por lo que se refiere a su trabazón orgánica y a sus orientaciones firmes y precisas, en sus comienzos, pero cuyos primeros frutos permiten mirar al porvenir con plena confianza y juzgar del acierto con que ha sido concebida e impulsada.



Escuela primaria musulmana de niños en Alcazarquivir

MARRUECOS MISION DE ESPAÑA

Por JUAN FONTAN Y LOBE

(Director General de Marruecos y Colonias)

HOY, 17 de julio, celebramos "nuestro día de África", aniversario de la iniciación, precisamente en Marruecos, de nuestro glorioso Movimiento Nacional.

En ese día, España, dando fin a un proceso de decadencia—que hizo que a principios de siglo la designase lord Salisbury en el Parlamento inglés como "una de las naciones moribundas"—, se puso virilmente en pie asombrando al mundo con el resurgimiento de unos valores espirituales, que, soterrados por el ambiente de liberalismo y de masonería, sólo esperaban la voz del Caudillo para manifestarse potentes y arrolladores, sacándola del marasmo en que había caído, y demostrando con hechos heroicos innumerables, que una Nación de nuestros valores no puede caer en la abyección, aunque en ello se empeñen todas las fuerzas del mal coaligadas.

Y en este momento de la iniciación del Movimiento Nacional se produjo un hecho que causó el asombro de muchos, y que todavía hoy, gentes de visión reducida, no llegan a alcanzar las causas que le produjeron. Los escépticos, sin fe en España y en su prestigio, no alcanzan a comprender cómo nuestro primer aliado en la lucha contra el comunismo pudo ser el pueblo marroquí, que del brazo de nuestros soldados, tomó parte en las primeras victorias sobre los rojos, en tierras de Andalucía y de Badajoz, y se mantuvo durante toda la guerra en un tono de heroísmo tan exaltado como los mejores soldados de España.

Cuando Su Alteza Imperial el Jalifa afirmó al pie de Yebel Alam, en nombre de su pueblo, que hasta el último marroquí estaba dispuesto a dar su sangre y su vida por el triunfo de la España nacionalista, de la España de Franco, el asombro de esas gentes no reconocía límites. No comprendían cómo un pueblo con el que habíamos luchado tantos años, se unía a nosotros en forma tan leal, con tanta gallardía y con tanto heroísmo. Y es que su ceguera no les permitía ver lo que ya dijo José Antonio: "que el empezar a tiros es, con frecuencia, el mejor camino para comprenderse y amarse después".

El heroísmo del pueblo marroquí en nuestra guerra de Liberación fué plenamente reconocido en toda España, y nuestro glorioso Caudillo prometió que la victoria traería las mejores rosas para nuestros aliados de Marruecos. A este sentimiento del Caudillo se asoció toda la Nación con motivo del reciente viaje de Su

Alteza Imperial el Jalifa, que fué recibido en toda España—Madrid, Barcelona, Valencia y Andalucía—con tal emoción y cariño, que parecía que todos querían rivalizar en demostrarle que sabemos apreciar lo que él y su pueblo habían hecho a nuestro lado.

La guerra mundial, continuación de nuestra lucha contra el comunismo, con la implantación de un orden nuevo fundado en la justicia, planteará a su terminación

Si conjugamos los factores superficie y población para formarnos idea del valor potencial de ambas zonas, veremos que la cifra que representa el producto de la superficie por la población en la Zona francesa es 112 veces mayor que en la española.

No es posible en el espacio de un artículo hacer un examen, siquiera somero, del calvario que España ha sufrido desde que, perdidas las colonias de Ultramar,

mente francés, y de hecho, la internacionalización de los problemas de Marruecos.

La ocupación de Fez y la presencia del "Panther" en Agadir, tuvieron como consecuencia el Tratado francoalemán de 1911, en que se reconocía a Francia absoluta libertad de movimientos en Marruecos a cambio de la cesión de 200.000 kilómetros cuadrados en el Congo, de los cuales más de la mitad nos habían sido arrebatados en el Tratado del Muni del año 1900.

La consecuencia lógica de la libertad de acción de Francia fué que al año justo veíamos de nuevo reducida, por el Tratado de 27 de noviembre de 1912, nuestra Zona de influencia, dejándonos solamente lo que, según los negociadores, se consideraba suficiente para poder "asegurar que el esfuerzo militar y financiero que España habría de realizar se hallaría dentro de poco por encima de sus posibilidades".

¿Cuál fué el proceder de España ante tanta injusticia? En primer lugar, fué siempre tan fiel a sus compromisos que a la Conferencia de Algeciras se la pudo llamar "la piedra de toque de la fidelidad de España". Cumplió estrictamente su misión protectora empleando en ella seis mil millones de pesetas, y, lo que vale más, dejando allí la vida y la sangre de muchos de sus hijos. Montó una administración modelo en todos los órdenes. Pero su labor principal fué de tipo espiritual, pues logró una compenetración entre la Nación protectora y el pueblo protegido tan sólida, tan fuerte, que nada ni nadie la podrá romper.

Desde el punto de vista militar, el ancho medio de nuestra Zona no es suficiente para hacer de ella una defensa eficaz, pues la rapidez de los medios de transporte y el perfeccionamiento de los armamentos, ha aumentado sensiblemente el fondo de las organizaciones defensivas, y éstas no pueden establecerse debidamente en un territorio que en algunos puntos tiene la frontera a una jornada del mar.

Cuando España obtenga la satisfacción de sus justas aspiraciones, ejercerá su Protectorado con el afán de capacitar al pueblo marroquí para gobernarse por sí mismo, pero con una capacidad real, verdadera, eficaz, definitiva y sin que, pasado el período, corto o largo, necesario para obtenerla, retrase con los recursos en que son maestras otras naciones, el momento de la emancipación; pues bien probado tiene en su gloriosa Historia, que sabe desempeñar con desprendimiento y con alteza de miras la misión más sublime de una nación: la de crear, dar vida y cultura a nuevas nacionalidades.

17 julio 1942.



La Conferencia de Algeciras

la revisión de un largo período de injusticias en que las víctimas, como se dijo al comentar el Acta de Algeciras, fueron Marruecos y España.

Para cuando ese momento llegue se habla mucho de la misión de Europa en África, y por ello es muy conveniente que todos nos demos cuenta de que dentro de esa misión general, y en interés del pueblo marroquí y de nuestro propio interés, está comprendida una misión parcial, que es la misión de España en Marruecos.

Lo primero que hay que señalar es que Marruecos tiene con España un vínculo indisoluble, que es la *unidad de destino*. No olvidemos que muchos de los marroquíes que lucharon en nuestras filas no eran de nuestra Zona; y es que no en vano nos une la geografía, la Historia antigua y moderna y siete siglos de convivencia que entroncaron la civilización occidental con la islámica. Es un hecho cierto que Marruecos será o no será, según lo que sea o no sea de España.

La división actual, injustísima para España, parte la superficie de Marruecos en 427.000 kilómetros cuadrados de Zona francesa y 23.000 kilómetros cuadrados de Zona española. La población se reparte en 4.300.000 habitantes la Zona francesa y 720.000 la española, siendo oportuno recordar que en el proyecto de Tratado de 1902 se nos concedía una Zona con una población de tres millones de habi-

las naciones europeas quisieron reducirla también a la nada—que prácticamente nada es lo que hoy tenemos—en su influencia sobre Marruecos.

Firmado en 1900 el Tratado del Muni, en que quedaron reducidos nuestros amplios derechos en el África Ecuatorial a un pequeño enclave de 26.000 kilómetros cuadrados, y se limitaron también nuestros derechos en el Sahara, se consideró que había llegado el momento propicio para afrontar el problema de Marruecos. En los últimos meses de 1902 quedó ultimado un proyecto de Tratado, pendiente sólo de que se autorizase a nuestro embajador en París para firmarlo. En él se nos concedía desde el Sebu hasta el Mulaya, comprendiendo la ciudad de Fez, capital del Imperio, y el puerto de Agadir.

¿Por qué no se firmó este Tratado? Según escribía Silvela a un íntimo amigo, por "temor a que se produjera un segundo Fachoda".

La consecuencia fué que el Tratado de 1904, concertado cuando ya nuestros dos enemigos estaban de acuerdo, empeoró sensiblemente el de 1902, y tuvimos que renunciar primero a Fez, y después a Agadir, perdiendo así la parte más rica de la Zona.

El 7 de abril de 1906 se firma el Acta General de la Conferencia de Algeciras, que trajo como resultado un mandato, teóri-

SI REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"
LARRA, 8
Teléfono 32610



ESPAÑA Y MARRUECOS

Por ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

EL ORO Y EL MORO

EN los primeros tiempos de nuestra guerra de Liberación el actual Alto Comisario de España en Marruecos, General Orgaz—encargado por el Generalísimo de fundar Academias de Oficialidad provisional—, me confió la misión de ir las recorriendo y arengándolas —para contrarrestar cierta propaganda roja concentrada sobre ellas aquellos momentos, desde Madrid, Londres, París y Moscú, que afirmaba ser inútil todo aquel esfuerzo militar de Franco, porque perdería la guerra inexorablemente, a causa de una simple razón bancaria y napoleónica: el dinero.

—Podéis hacer todos los Alféreces provisionales que queráis—exclamaban Prieto, Negrín, la Pasiónaria y sus prestamistas de la City, Wall Street y Leningrado—, el triunfo es ya nuestro ¡porque tenemos el oro!

—¡Que esos ladrones tienen el oro, todo nuestro oro robado, es verdad!—respondía yo alegremente ante mis camaradas y ante el pueblo que escuchaba. —Pero si ellos tienen el oro ¡nosotros tenemos el moro! ¡Y a ver quién gana!

Ganamos nosotros con el moro y sin el oro. Ganamos nosotros con un Caudillo que surgió el 18 de julio en Marruecos, acompañado de moros. Ganamos con una Oficialidad profesional forjada en Marruecos entre moros. Y con unos mandos provisionales de mando que—lo mismo encuadraron a las tropas regulares marroquíes que a los castizos ibéricos de nuestras tierras, hermanos de aquellos moros acudidos a España para liberarla: y para darnos a todos los españoles, con su ejemplo, tal lección de sublimidad que, desde entonces, el decir: "Marruecos empieza en los Pirineos"—nos sonó por vez primera, a un honor en nuestra Historia. Así, como desde entonces a honra tuvieron los moros aceptar la afirmación de que "España terminaba en Marruecos". Y que por terminar en Marruecos y formar con Marruecos un mismo pueblo no era ya posible permitir más intrusiones ajenas. Desde entonces—los moros y nosotros—estimamos: que defender la independencia de Marruecos es defender la independencia de España.

LA LECCIÓN DE MARRUECOS EL 18 DE JULIO

Por vez primordial en la Historia de España se dio el caso de que Marruecos acudiese a salvar nuestra Patria no de un invasor europeo como en otras ocasiones, sino de un enemigo oriental: el bolchevique.

En otras ocasiones históricas Marruecos había sido siempre el baluarte defensivo del Oriente contra cualquier ingerencia del Occidente sobre España.

Al final del Terciario—los plegamientos que pudiéramos llamar alpinos o pirenaicos de la Península—encontraron una barrera en la tectónica del Atlas que envió sus sierras de choque hasta forjar el Sistema penibético.

Cuando la raza montañesa y altamirana de Cromañón en la Prehistoria hispánica quiso descender hacia el Sur, envió Marruecos su tropel capsense en decisivo contraataque.

Cuando el mundo celta y atlántico pretendió escalar la meseta y descender al interior, Marruecos dió entrada a las morenas masas ibéricas que neutralizaron el esfuerzo rubio del norte peninsular. (Los morenos. ¡Los morunos!)

Cuando Roma entró en la Península el siglo III, antes de Cristo, Marruecos ayudó al Cartaginés contra Roma.

Cuando las mesnadas visigodas—en nombre de la Continuidad romanaimperial—arrumplieron en la Península hacia el siglo V, Marruecos preparó pacientemente la hora de rechazar al hombre nórdico, dando paso a los emires de Damasco el siglo VIII: dando paso a la contrainvasión árabe.

Cuando la Casa de Austria—en los siglos XVI y XVII—, continuadora de la política antiorientista de toda nuestra Reconquista, y de los Reyes Católicos y Cisneros—quiso dejar el Mediterráneo como un lago español—fue Marruecos quien asumió la función de obstaculizar esa magna misión, con sus nidos de piratas berberíes y con su ayuda al otomano.

Cuando los vientos europeístas de los siglos contemporáneos hicieron que España



de Marruecos—España debió luchar duramente: desde la toma de Tetuán en el año 1859 hasta el desastre de Annual en 1921 y la conquista de Alhucemas en 1926.

Aparte del precedente del Cid—servido por algunos moros en sus algaras—había que llegar al 18 de julio de 1936 para que los marroquíes no sólo formasen la guardia de Franco, sino que, en masas de combate, diesen la primera y decisiva batida sobre la Península al intento tremendo del Oriente ruso de asimilar España al imperialismo asiático. Y para ello no vacilaron en inaugurar—a su manera—la táctica aria del paracaidismo. Aquellos aviones que sobre Algeciras y Sevilla arrojaron moros—como aqueos el caballo de Troya—fueron la inauguración de los asaltos—desde el aire—sobre la retaguardia enemiga.

Franco había logrado el 18 de julio lo que no se había logrado en toda nuestra Historia: despertar el genio de España, que dormía latente en el alma marroquí. E interesar el destino de Marruecos en la unidad de Destino español: en una misión católica: europea: aria: universal.

Franco había logrado—el 18 de julio—hermanar en una sola "Raza" combatiente al moro y al alemán, al moro y al italiano; es decir: al moro y a Europa, bajo el crisol fundente del clima universalista de España.

En el 18 de julio los moros—olvidando sus luchas seculares contra la Península, se convirtieron en "españoles de primera clase". Dándose el ejemplo—único en nuestros anales—de que mientras los llamados "españoles de la zona roja", los llamados nuestros "hermanos de sangre"—destrozaban iglesias, tierras, familias, costumbre y tesoros—fueron esos hombres de Marruecos quienes salvaron, junto a nosotros, la civilización cristiana de España: la territorialidad de España: y la tradición más pura y honda de España.

Esa fue—ante la Historia—la lección sublime, imperecedera de Marruecos en el 18 de julio. ¡Espanoles, no olvidadlo!

LA ESPAÑOLIDAD DE MARRUECOS

Esa fue la gran lección de españolidad que dieron los moros a muchos españoles que habían dejado de ser españoles para pasar al servicio de la causa más antiespañola del mundo como era la bolchevique.

Los moros el 18 de julio no sólo olvidaron sus milenarias hostilidades contra la Península para ofrecer su vida a la mayor gloria de España, sino que, despertada por Franco su íntima herencia española, aportaron a nuestro campo político concepciones de vida que coincidían esencialmente con nuestro Falangismo: con nuestro gran sueño de volver España a su genio tradicional.

Los moros aportaron el 18 de julio: un concepto del "Honor" que era de la más pura cepa española. Un concepto sobre la "Mujer" de raigambre calderoniana. Y un concepto del "Trabajo" que era, justamente, el artesanal del Falangismo.

El Concepto del HONOR—a la española—quedó patente en su aportación guerrera. Como en los tiempos de Viriato—tipo de "amegar" marroquí—: como en los tiempos celtibéricos—los moros de Franco juraron "devotio pro salute principis"—y pasaron desde entonces a constituir lo que pudiéramos llamar "la Vieja Guardia" fundacional del Caudillo. Al fin y al cabo si los falangistas anteriores al 18 de julio teníamos el signo de la mano abierta como saludo de hermandad—estos "falangistas o haz inicial" de Franco aportaban también la "mano abierta de Fátima"—de origen indudable celtibérico y español.

Desde entonces quedaron los moros como la Guardia permanente del Caudillo. Como símbolo de todo un Marruecos que despertaba a su unidad española de Destino. Recogiendo siglos y siglos de mutua convivencia, de común clima—físico y geográfico—de muchos rasgos idénticos en la raza y carácter: de costumbres y usos semejantes: una Tradición hispano-marroquí que sólo se había roto al impulso

interesado de comunes pueblos enemigos. Al fin y al cabo—Marruecos había sido el creador en el siglo X de un "nacionalismo español"—con los Abierramans que defendió a España de la barbarie atroz de almohades y almoravides y fatimies.

Al fin y al cabo—era Marruecos, el depositario de toda la Edad Media andalusí y española—desde que los Reyes Católicos en 1492 cerraron el Estrecho para los musulmanes.

Esa milenaria alma—guerrera y española del marroquí—se despertó el 18 de julio bajo Franco. Franco había logrado en su vida de soldado que luchaba contra las intrusiones capitalistas de Europa en Marruecos—atraer a la vena del Marroquí: excitar su "honor"—sentido de independencia. Y el 18 de julio fue el fruto milagroso de esa "honra" de "honor".

Si el 18 de julio tiene—como fecha europea—un carácter totalitario—tiene también—desde el punto de vista español—un significado preciso: fusión entrañable con Marruecos.

El moro del 18 de julio aportó el sentido del "Honor" y de la "Independencia" frente a tantos españoles que habían olvidado que la honra de España no podía jamás entregarse ni a Moscú ni a París ni a Londres. Ni a los judíos. Por "Honor" y "Antisemitismo" pelearon los moros junto a Franco.

Otra aportación españolísima de los moros en el 18 de julio fue el refuerzo a la memoria española sobre otro aspecto de la honra: aquel de la MUJER. La España socialista, democrática y republicana había olvidado—a fuerza de morfina liberal—nuestro credo íntimo ante la mujer.

Los rojos habían convertido a la mujer española en algo peor que una esclava pública: en una miliciana. La vistieron mono y como a un mono la hicieron patear por camiones y trincheras, abrazar a "todos": comunistizándola, deshumanizándola: haciéndola un lugar común a vez de un ser humano.

El moro aportó el 18 de julio su concepto calderoniano: su concepción viril heredada de la España clásica y cristiana, romano-germánica, de que la Mujer es algo privado, íntimo, entrañable, recatado, madre de hijos y de guerreros: pero jamás mercadería de intercambio.

Junto al sentido del HONOR el moro trajo a España, además, su respeto por la MUJER—de españolísimo lenguaje.

De igual modo que la Democracia liberal y comunista había descaído de muchos españoles la tradición genuina de Honor guerrero y de la Honra femenina—también había borrado de la conciencia histórica el concepto "corporativo" de TRABAJO; el sentido artesanal de la Producción: maquinizando y taylorizando la Obra de nuestros Trabajadores.

El Marruecos del 18 de julio—al finirse con nuestro Destino—nos entregó su concepción del Trabajo, que era la tradicional española, celosamente conservada por ellos durante cuatro siglos en los obreros y oficios—lindos, delicados, prodigiosos—de sus ciudades y poblados. Mientras en las viejas ciudades españolas se lo quedaban los letrados encantados de la organización gremial (Calles de Corderos, Cordoneros, Plateros, Esparteros)—en Marruecos perduraba en vivo en presencia mágica—la virtud de esos oficios, de esa Artesanía.

Nuestro Falangismo—por tanto—necesitó más inspirarse en modelos extranjeros: le bastó volver sus ojos a nuestro español Marruecos para comprender la estructura Sindical de España allí—en los barrios marroquíes—estaba intacta y fecunda.

Cuando un día se analizó nuestro Falangismo se advirtió en seguida este fenómeno esencial: antes del 18 de julio (Jonsismo y Falange de José Antonio) fueron ultrapiereñaicas, europeizantes, loalemanas, las características de nuestro Movimiento. Después del 18 de julio esas características adquirieron un ritmo específico, singular, atávico. Con su concepción especial del Tiempo, del Espacio, de la Acción. Marruecos desde Franco—es sin duda la causa profunda de esto—

(Continúa en la pág. 11)

NADIE ignora que los motivos de la presencia de España en Marruecos son ajenos a toda consideración económica. España considera a su Protectorado como un deber tutelar ejercido por una hermana mayor sobre otra, a quien malos pasos (que no han sido exclusivos de Marruecos) han hecho perder transitoriamente su independencia y su unidad, de las que España es una cosa reivindicadora, que aspira a una perfecta alianza con el país que Dios le señaló por compañero en muchas tareas, entre ellas la de dirigir el lícito paso del Estrecho de Gibraltar por todas las banderas.

Si algún motivo exclusivamente español ha influido en nuestra acción en el Magreb tampoco ha sido económico, sino estratégico y militar: la noción de nuestra seguridad nacional, directamente afectada por la instalación de un poder extraño enfrente de nuestras costas y centros vitales, tan accesibles en estos tiempos en que las distancias se han reducido para los elementos ofensivos.

Pero una cosa es que España no haya ido a Marruecos pensando en su lucro, y otra muy diferente es que viva de espaldas a la realidad económica marroquí, que no se preocupe de las relaciones inevitables de carácter mercantil entre el Protectorado y su propio suelo. El propio perfeccionamiento de la tarea protectora exige la revalorización de su Zona, a la cual desde el primer momento ha venido facilitando generosamente, sin cálculo de ninguna clase, las considerables cantidades que la armadura de los servicios públicos montados exigía en forma de "anticipo", teóricamente reintegrable y nunca reintegrado, además de las consignaciones que en su presupuesto ha dedicado a otras atenciones marroquíes. Conducta que representa una radical disparidad con la que se sigue en la vecina zona francesa.

Pero como Marruecos es un cuerpo cuya artificiosa distribución, por la diplomacia europea, no puede llegar a la separación de las realidades naturales, al estudiar nuestra Zona económicamente hay que hacerlo con todo el Imperio. Y entonces las lecciones y sus consecuencias merecen ser conocidas por todos los españoles.

Lo primero que resalta al examinar el mapa de Marruecos es que no hay realmente una "partición" en zonas, como no hubo realmente antes de 1940 una "Zona más). Mientras que en negociaciones y tratados anteriores a 1912 Marruecos se partía en dos pedazos, sensiblemente comparables, aunque reservándose siempre Francia la parte del león, el Tratado de 1912 adjudica en bloque el país a la apetencia del imperialismo francés, reservando un trozo insignificante a España. Porque en Ifni—que era territorio español muchos años antes—el tratado lo que hizo fué despojar a España, y en cuanto al territorio de Cabo Juby, rigurosa muestra del Sahara, sin más riqueza que la pesca de su "mar pequeña", se trata de la más humorística muestra de la fantasía diplomática que estipulación alguna haya podido contener

En una palabra: entre un conjunto superior al medio millón de kilómetros cuadrados, Francia se apresuró a "escamotear" más de cien mil kilómetros—anexionados sin distracciones—, incluyendo la cuenca carbonífera de Colomb-Bechar y Kenaya (es decir, por donde pasan las nuevas secciones del Transharlano). Dejó a su Protectorado 411.643 kilómetros cuadrados (que luego redujo a 398.627); al español, "unos veintisiete mil" (que a la hora de la verdad fueron 20.948), y 373 para formar el absurdo enclave impuesto a la Zona española en Tánger, puerto, y alida natural del NO. del Imperio, "lo único bueno cerca del "hueso" del Rif, según la pintoresca frase del aventurero inglés Gordon Canning. "Le veritable Maroc, le Maroc utile", como Tardieu calificaba a la Zona francesa, quedaba del todo separada de España. Allí se las entiende España con su "hueso", que tradicionalmente se había considerado "Bled-es-Liba", territorio insumiso por los sultanes, poblado por belicosas tribus. Y poblado además con largueza, porque mientras el Marruecos "útil" no llegaba a los trece habitantes por kilómetro cuadrado.

do (ahora quince), el Rif y Yebala, inhóspitos y estériles, cobijaban cerca de setecientas mil almas (hoy: 778.128), si contar la densa masa aglomerada en los presidios españoles; mientras que la Zona francesa, con sus tierras ricas y vacías, apenas pasaba los seis millones (hoy: 6.300.146); 15,3 habitantes aquí por kilómetro cuadrado, 42,4 allí. Contraste elocuentísimo que está señalando ya dos caminos económicos divergentes a los dos Protectorados: el uno, el del sacrificio y la dureza; el otro, el de la facilidad y la abundancia. En cambio, si en 1902 se hubiera consumado la partición del Imperio por el Um-er-Rebia y el Atlas, los Protectorados hubieran estado equilibrados.

En el Marruecos francés están las tierras negras ("Tirs"), equivalentes al "chernozoin" ruso y a los "humus" de nuestra baja Andalucía; las llanuras de la Ducala, la Chania y el Garb; los ríos navegables—Sebú, Um-er-Rebia, Tensis—, las zonas irrigables, los saltos de agua y los embalses—Beni Amiz, Beni Mussa, Trifas—. Si la economía marroquí es agrícola por excelencia, dentro de la agricultura predominan el cultivo de los cereales: al norte del Um-er-Rebia, trigo; al sur, maíz y cebada, que constituyen la base de la alimentación del pueblo marroquí y la de una tradicional exportación desde los tiempos en que los romanos calificaban ya a la Tingitania de "grumenticola". El trigo se extiende por la costa del Garb a Abda; por el interior comprende las cuencas del Varga—granero de Fez, enclavado en territorio igualmente de Protectorado español—, Sebú, Inaven y Bu Regreb. A los cereales se añade en seguida la hortifruticultura, en la que son notables los llamados "primeurs", es decir, las producciones tem-

pranas, favoritas en Francia, para la que ni los gastos de transporte ni ningún otro pueden impedir su adquisición.

En conjunto, de la superficie del suelo cultivable, muy aumentado por el Protectorado, que viene a ser unos 7.078.304 hectáreas (poco más del 17,8 por 100 del total), la cebada famosa y típica del Sús (donde alterna con el maíz) ocupa por sí 1.611.241 hectáreas, con una producción de 21.281.241 quintales (pero, sobre todo, el llamado trigo "duro"); la avena, 35.045 hectáreas, con 1.621.000 quintales; el maíz, 462.164 hectáreas y 2.174.266 quintales, y el sorgo, 102.103 hectáreas, con 316.864 quintales.

Las cebadas son muy útiles en la industria cervecera francesa; el trigo duro para la confección y "alcuoz" de consumo local; el trigo "tierno", introducido por colonos españoles, se usa más por los europeos y se exporta en gran parte. Las recolecciones y cosechas son mucho más productivas en las superficies cultivadas por los europeos (donde alcanzan un porcentaje del 12 por 100) que en la de los indígenas (no llegan al 8 por 100); pero si en parte éstos tienen la culpa por su apego a los sistemas rutinarios de cultivo, tampoco pueden desconocerse las grandes facilidades con que el crédito agrícola, la inspección agronómica y la máquina del Protectorado en general favorecen a los colonos franceses—o naturalizados—, no muy propicios a venir al suelo mogrebi.

Como producciones frutícolas tempranas, cabe recordar los tomates (174.000 quintales), albaricoques (41.000), habas (3.000), guisantes (10.000), alcachofas (39.000), zanahorias (10.000), y, sobre todo, el almendro. Al lado de estos cultivos, que buscan las terrazas del Atia o superficies regadas de las llanuras del sistema atlántico, los pequeños rincones

privilegiados han resucitado en el Imperio dos antiguos cultivos en decadencia: la viña y el olivo. La viña, tradicionalmente consagrada al consumo de sus rancimos, ha sufrido con la colonización una transformación por dedicarse a la producción vinícola para la exportación: son 24.000 hectáreas en los alrededores de los principales centros urbanos: Fez, Mekinez, Marrakech, Mogador, Taza y Vazán, la producción vinícola llega a las 778.000 hectáreas.

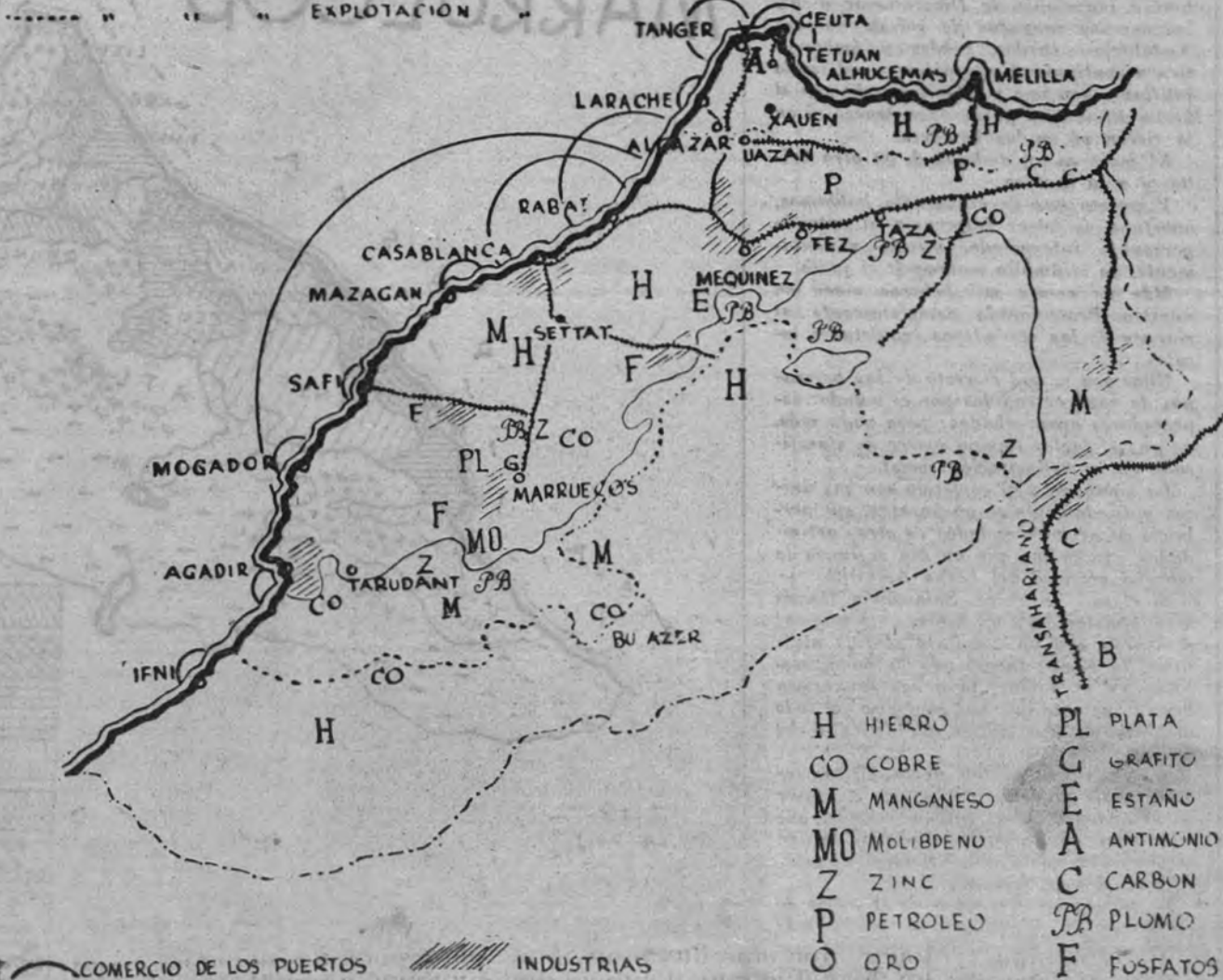
El olivo, también muenario, alcanza más de seis millones de árboles. Son 600.000 quintales de recogida, que suponen 108.000 de aceite; también el aumento de la producción acusa un estacionamiento artificial por las prestaciones de los "huillards" del Midi y Argelia. Fez y Mequinez cuentan con modernos oleificios, y en los puertos y ciudades las industrias accesorias son innumerables, sin eliminar a los viejos "almazaras" indígenas.

En el Sur existen plantaciones bananeras, y, sobre todo, el argán lleno de posibilidades industriales. El cedro, la encina, el alcornoque y la "thuya" predominan en el cuadro forestal marroquí, bastante estropeado—como en España—por la incuria indígena y por los aventureros de los primeros tiempos del Protectorado. Las manchas forestales del Magreb oficialmente llegan a los dos millones y medio de hectáreas (6 por 100 del total del país); pero se trata de optimismos estadísticos que, al lado de verdaderos bosques (La Mamora, de alcornoques; Hayanas y Atlas, de encinas; Azro y otros), incluye matorrales y boscajes.

Más importante es la ganadería, que favorece o impone la abundancia de gastos allí donde el cultivo agrícola es poco

(Continúa en la pág. 19.)

--- LÍMITE DE ZONA
----- FERROCARRILES
----- ZONA ABIERTA A LA INVESTIGACION MINERA



ESPAÑA EN LA GEOGRAFIA MARROQUI

Por J. CESAR BANCIELLA

ESA ribera mediterránea Sur nuestro y cabecera de África tuvo siempre tal vigor en la Historia de España, mandó con tal fuerza en el destino peninsular, que, valorada esta influencia en sus justos alcances, puede afirmarse que nada esencial en la sedimentación de lo que en el tiempo constituye el mundo hispánico escapa a ese poder psíquico que se asoma al Atlas.

La puerta marroquí es el camino natural de aquella invasión árabe que dura más de siete siglos y de cuyo paso tan hondos vestigios conserva aún nuestro pueblo.

La cresta del Hacho, mirándose en la orografía de las playas algecireñas, fué amparo de la ciudad que un día con su esplendor despierta en el solitario Infante de Punta Sagres la inquietud marinera que en Río do Ouro inicia la penetración a fondo de Iberia en los misterios continentales, que comienzan a rasparse cuando Bartolomé Díaz vence el Cabo de las Tormentas.

Es Ceuta, en ese momento crucial, el taro de poderío a cuyo ensueño de grandeza rompe marcha la aventura africana. Y Ceuta es ciudad de España; núcleo adonde las caravanas vencedoras del desierto arriban; urbe terminal de mercados egipcios y del Asia Menor, donde la fastuosidad del Oriente tiene reflejos fascinantes para la alucinación de un Príncipe que lleva prolongadas vigiliadas pensando en el reino del Preste Juan.

Con este hecho, entre los mil de posible cita, se teje en la Historia la personalidad internacional de las tierras marroquíes, grimpola sustancial en el destino inmutable de nuestro pueblo, puesto que los caminos que avanzan Rif abajo no sólo sirven al vigor exosmótico de Castilla, sino que en recientes quiebras de nacionalidad por esa calzada llegó la salvación del espíritu patrio, en funerales visperas anunciadas con el derrumbamiento transitorio de una moral eterna.

Es amplio y hondo el hecho geográfico que funde y liga, en soldaduras de unidad, el pretérito y el futuro de esas dos riberas mirándose en las aguas antiguas de Gibraltar.

Fatal sería pretender distanciarlas, ya que en dicho divorcio Europa y África misma perderían el nexo natural de acercamiento y fusión.

Nada importa que un colonismo desesperado grite hoy, en trances agónicos, absurdos que niegan a España esa realidad física!

España y Marruecos son las dos "cabezas de puente" continentales por voluntad inapelable de Dios; mejor dicho, los campos cargados de sol de nuestra Andalucía—pardos, verdes y ámbar—tienen continuidad geográfica en el fondo jafifano; son uno y lo mismo, sin que el hecho diferencial pueda encontrarse ni en la tierra ni en los hombres.

El moro es un andaluz de la otra orilla, y a la inversa.

Y puesto que de etnografía hablamos, oportuno es hacer referencia al extraño personaje interpolado, metido violentamente, en el ámbito marroquí: el judío.

Más de veinte mil hebreos viven en nuestro Protectorado completamente al margen de las verdaderas inquietudes locales.

Ellos son lo que el resto de sus hermanos de raza extendidos por el mundo: espectadores aprovechados; pero nada más, ya que el factor tiempo carece de significado en su aclimatación social.

La sinagoga y el comercio son sus únicos y fundamentales quehaceres, sin perjuicio de verlos mezclados en otras actividades, contra las que un día se inicia la marcha gloriosa del Llano Amarillo.

Si el m... Salomón o Moisés será abastecedor; si trabaja, lo mismo; el hebreo, con un despierto sentido utilitario, lo vemos invadiendo la Zona, meliluo en el hablar, pero con misteriosa luz en sus ojos que nos confirma en todo instante su sistemático alejamiento del medio.

Señalado ese cantón demográfico, inapluntable al ambiente, vamos a seguir adentrándonos en las particularidades que mantienen con prístina claridad, así en la Geografía como en la Historia, el principio de bloque territorial.

La cuenca mediterránea en el sector de Occidente les, repetimos, el punto más próximo entre Euroáfrica, separada por la fosa del Estrecho, cuyos límites máximos y mínimos de angustia se hallan entre los cabos Bab el Mandeb y Trafalgar

(44 kilómetros) y entre Tarifa y la boca del Guadalquivir (14 kilómetros), una distancia sensiblemente más pequeña que la que media, por ejemplo, entre Dover y Calais (31 kilómetros).

La puerta gibraltense, amasado su co con tierras de las dos orillas, es quizá la expresión física más fuerte entre los muchos factores que proclaman y mantienen la continuidad geográfica.

En efecto; el Estrecho, fundido en una sola soberanía—la de España, naturalmente!—, pasa a ser bastión de primer orden en las comunicaciones internacionales.

¡Cuando las leyes biológicas se inculcan la Naturaleza cobra inflexiblemente su portazgo!

Ese paso, sobre el que un día remoto se señaló el fin del mundo conocido, tiene tal importancia, que unos simples datos comparativos sobre su tráfico bastarán para informarnos de ésta.

Veamos: Mientras Panamá y Suez, nombres de alta significación en los imperialismos de nuestro tiempo, dan paso anualmente a transportes marítimos con un desplazamiento total de "veinticinco millones de toneladas", el canal de Lesseps y la cortada entre el Atlántico y el Pacífico unos "diecinueve millones", por la manga mediterránea de Punta Europa circulan más de "setenta y seis millones de toneladas".

Mas la importancia geopolítica de la fusión hispanomarroquí no reside exclusivamente en el Estrecho, aunque todas y cada una de las ventajas giren sobre dicho eje, directa o indirectamente, ya que sin el dominio absoluto de ambas riberas por las dos expresadas nacionalidades cuanto de sustancial se desarrolle en dicho sentido nacerá con la tara que se deriva de una soberanía mediatizada.

Hay una reciprocidad absoluta de intereses que obligan a mirar como propios cuantos hechos ocurran en la otra playa, no ya en el litoral, sino también en todo el país.

Verdad demostrada con gallardía por

Marruecos cuando en los pasados meses el moro, arma al brazo, recorrió España de uno a otro confin.

Causa a la que dan promesa perenne, por nuestra parte, la sangre vertida y el dolor sufrido por la juventud española en aras de la paz marroquí.

Arthur Dix en su Geografía Política nos habla de ese sentido de unidad cuando en la página 97 dice: "Entre los pueblos establecidos en la Península Ibérica y el Norte africano, el Estrecho de Gibraltar jamás ha sido un obstáculo serio. Aun sin remontarse a tiempos demasiado lejanos, pues acaso el Estrecho no existiera todavía cuando los primeros pobladores del suelo español llegaron de África, desde la Antigüedad se ha estimado el Norte de Marruecos como una prolongación de la Península, según demuestra incluso su común naturaleza y origen. Así lo reconocieron los romanos, que hicieron de la Mauritania Tingitana una provincia española, fomentándose entre dichos territorios relaciones que no se han interrumpido desde entonces un solo momento."

Si sobre un mapa observamos el tendido de esa cobertura geográfica nuestra, vemos que no alcanza ni el meridiano que pasa por las inmediaciones del cabo de Gata, lo que quiere decir que aquella es incompleta, o sea que el "espacio vital" no está logrado en su expresión justa, realidad doblemente rectificable al conjugar lo que el Oranesado tiene de español.

Mas no termina en esto lo que de "enclave" ofrece el Jafifato marroquí.

Imposiciones internacionales dejaron a la Zona española sin "hinterland"; sin fondo y ahogada en su pequeñez territorial no puede cumplir en toda su amplitud la función vinculada a la misma, ya que como, con dolor, escribe nuestro inteligente amigo Sr. Argués: "Le falta espacio y fecundidad, tierra, agua, llanura. El hombre y la cabila, la ciudad y el campo, no pueden vivir en esta angustiosa estrechez de un territorio sin elementos bastantes para la existencia."

La geografía marroquí, la vida entera de los dos pueblos ribereños, pide y exige la anulación del hecho artificioso creado por el egoísmo francés cuando creó la disgregación política del Imperio con cabecera en Fez, la andaluz, y por tal, española ciudad de los Sultanes.

Pesa y obliga con tal fuerza la Historia, que no podemos empujar el futuro en una meditación a fondo sobre el pretérito.

En ese tiempo pasado, suma de injurias, hallaremos no sólo la tesis irrefutable que apoya y fortalece un derecho natural, sino también la explicación a muchas realidades que hoy nos sorprenden, ya que aquello y esto cabe sin entorpecimientos ni contradicciones en una línea general de conducta a la que sin mutaciones viene obedeciendo la política exterior de ciertos países en su trato con España.

Una última manifestación de esa verdad la tenemos en el proyecto de ferrocarril transahariano acometido por Vichy después de Compiègne.

Muy lejos de responder en su cabecera terminal norte, al mandato geográfico, con un sentido exclusivista, Francia, olvidando la presencia de España, nación africanista de primer orden, pretende alejarnos de ese camino de penetración que trabajosamente va abriendo la técnica, y en cuyo esfuerzo el músculo y la inteligencia de nuestros compatriotas tiene una amplia contribución.

El colector ferroviario que desde el sado del Níger traerá en su día a Europa la riqueza exótica de aquellas latitudes tiene en el ánimo de los proyectistas galos una visión muy fin siglo XIX, ya que el planteamiento de tan magna obra, lejos de brotar mirando a Europa, se hace de espaldas a los intereses de la comunidad continental.

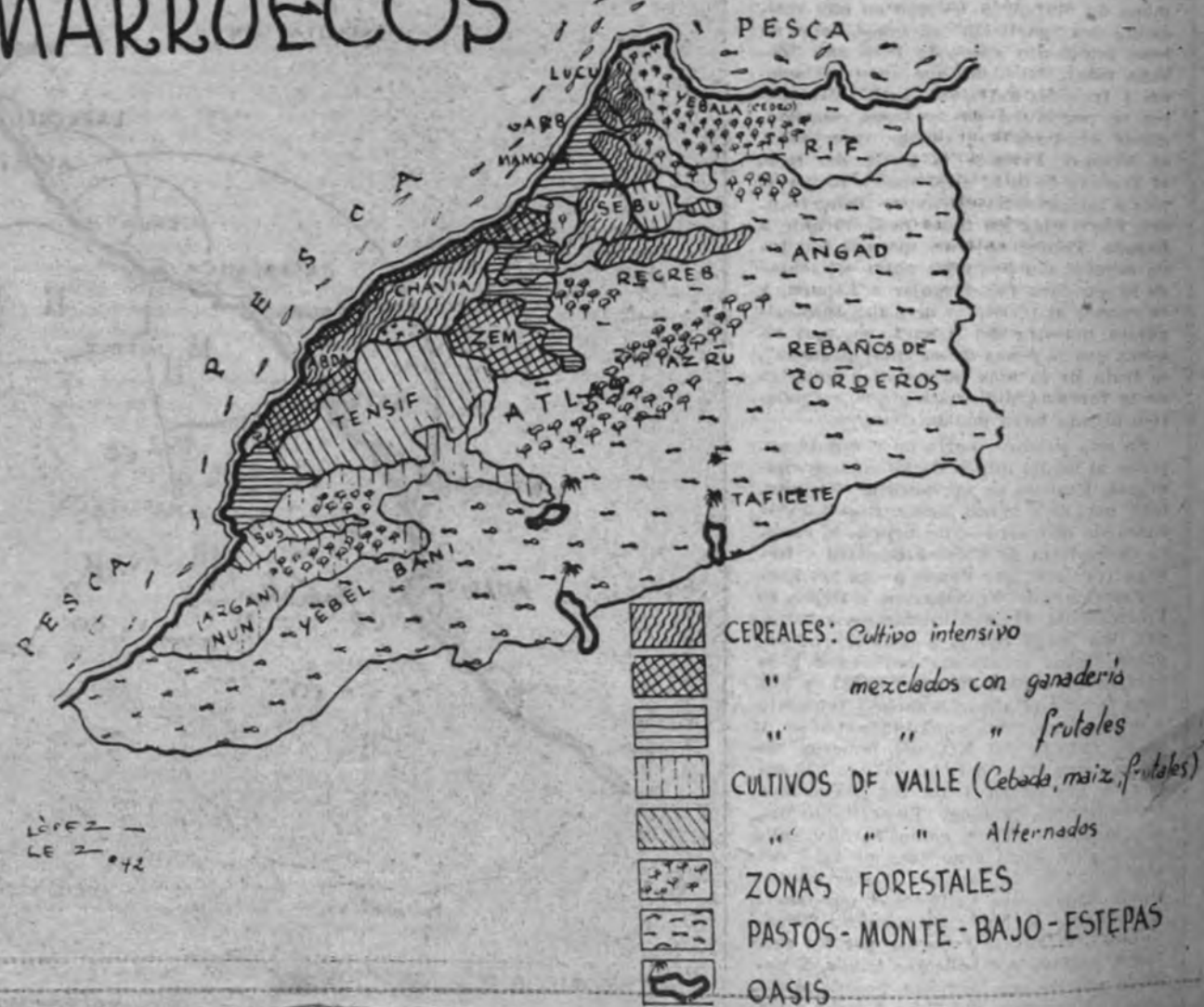
Egoísmo que sitúa a España al margen de las rutas por las que en un mañana próximo discurrirá toda la actividad colonizadora que en África vierta la civilización europea.

Para Francia el Estrecho de Gibraltar no es paso intercontinental, puesto que este salto pretende darlo desde Argelia a Marsella.

¿Cuál es entonces la función europea del binomio que la Geografía suma en las dos riberas gibraltenses?

España y Marruecos forman un todo indivisible, unidad física a la cual las negociaciones europeas no conducirán precisamente a situaciones de concordia

MARRUECOS



MARRUECOS EN EL ALZAMIENTO

Por R. ARMADA

A las cinco de la tarde del día 17 de julio empieza en Marruecos el Glorioso Alzamiento; no repetiremos, por sabido, cómo se reelaboró en sus detalles, conocidos, después de la reunión que en el Llano Amarillo de la reunión que en el Llano Amarillo prepararon, con su habitual torpeza, las autoridades del Gobierno del Frente Popular con objeto de alejar a las tropas de las ciudades, donde se habían provocado algunos incidentes desde las elecciones de febrero. Es posible que jamás concurrido alguno haya tenido tan magnífica oportunidad proporcionada por sus mismos enemigos.

Empieza Marruecos por presentar los primeros Caídos de la tormenta que se desencadena: son el sargento Lahasen ben Mohamed y el soldado Mohamed ben Berkan, del escuadrón de Caballería de Regulares, que toma a viva fuerza el aeródromo de Nador exactamente a la hora mencionada al empezar este artículo.

Sigue Tetuán, sufriendo el primer bombardeo aéreo en la tarde del día 18, lo que da lugar, como saben nuestros lectores, a la heroica conducta del Gran Visir, Sidi Ahmed Gannia, quien, pese a su avanzada edad, sostiene la moral y encauza la justa indignación del pueblo tetuani, que, en reacción insospechada por los dirigentes rojos, hace más estrecha su unión al Ejército, unión que no va a flaquear en todo el transcurso de la guerra. En este día se gana la primera Laureada de San Fernando, que es concedida e impresa sobre el pecho del noble musulmán al día siguiente, 19, por manos del propio General Franco pocas horas después de su llegada a la ciudad.

Con la presencia del General se convierte Tetuán en el cerebro del Movimiento y bien pronto en el foco que atrae todas las miradas del exterior; llegan periodistas de bien diversas nacionalidades y condiciones, desde los franceses, militantes en partidos afines con el Movimiento, unos; comunistas y comunistas, otros; ingleses con corrección de espectadores, unos, y de un bajo laborismo, otros; polacos, belgas, etc., hasta el rastacuero periodista francés de un libelo de Tánger que corresponde a la hidalguía con que se le recibe con unas informaciones que por su mediocridad pedestre no hacen gala ni a su imaginación; no faltando la nota pintoresca de los periodistas norteamericanos, que, con infantil ingenuidad, miran con asombro los tintes heroicos del esfuerzo que empieza y se maravillan de que éste no pueda terminar más que con el triunfo absoluto de las esencias de España, sin que pueda detenerlo el que a los jefes que lo conducen se les ofrezcan carteras de ministros. Ingeniosa solución que se le ocurrió a uno que se titulaba a sí mismo "especialista en revoluciones centroamericanas".

Es en Tetuán también donde bien pronto se presentan las dificultades de la lucha y se hace bien palpable la extraordinaria desproporción de medios de ambos bandos, y donde los hechos que se desarrollan, llevados por la fe en la Victoria y la férrea voluntad del General Franco, adquieren tales proporciones que entran en el terreno de la leyenda. Empezado el transporte de tropas a la Península, la inmediata traición de las tripulaciones de la Escuadra y los viles asesinatos de sus jefes y oficiales no detienen el cumplimiento de la decisión, y se organiza el transporte aéreo, que se empieza con cuatro aparatos Breguet de modelo antiguo, que en los cuatro viajes al día que pueden realizar a Algeciras, por su estado, transporta cada uno en total ¡¡ocho hombres!!

Con la confianza en el triunfo final se aborda este problema, que tras breves días se facilita por la llegada de material moderno y el alistamiento de aviadores voluntarios, lo que eleva el rendimiento del transporte a un mínimo de una unidad tipo batallón diaria. En este transporte aéreo, primero de sus características en la historia de las guerras, se pasaron de Marruecos a la Península hasta baterías de 155, con el asombro de los voluntarios extranjeros, alguno de los cuales el día anterior había dicho "que los españoles eran capaces de todo menos de transportar en aquel tipo de avión una pieza de 155", juicio que veinticuatro horas después rectificaba gustoso.

El resultado no pudo ser más halagüeño, ya que bien pronto el número de soldados pasados a España por este procedimiento alcanzaba la cifra de 25.000, aproximadamente.

El día de la Virgen de África, y con su protección, bien palpable, el General Franco decide, en acto de audacia, de los que en la guerra suelen tener como

premio el triunfo, aunque la Escuadra roja es dueña del mar, pasar un convoy con tropas a Algeciras, consiguiendo así aumentar en una crecida cantidad el desplazamiento de fuerzas. El éxito corona el esfuerzo, y el General pasa a continuación a la Península, trasladándose, por tanto, la dirección de la guerra, hasta esta fecha en Marruecos.

A todo esto el reclutamiento de los indígenas, absolutamente voluntario, se realiza con un éxito increíble. Los resultados de una política de ocupación tradicionalmente española, en sus aciertos y en sus errores, generosa y humana, en rudo contraste con las piraetas pseudo-europeas de las autoridades de la República, marcaron bien al indígena el campo donde debía producirse su simpatía y su cordialidad, dando por resultado una afluencia a las oficinas de reclutamiento, de donde había que rechazar a gran número para no privar al campo de brazos para su cultivo, siquiera estos brazos fueran de viejos o de niños.

Para traducir en cifras esta aportación citaremos como ejemplo la región oriental, donde las catorce cabillas que la componían daban un total de 270.000 habitantes. La recluta en esta región fué de 35.000 filiados en Grupos de Regulares y Mehallas, y otros 10.000 en Idalas y Harkas, a los que hay que añadir más de 5.000 que ya componían las fuerzas indígenas existentes el 17 de julio; lo que nos da un total superior a 50.000 hombres, es decir, un 18,5 por 100 de su población absoluta.

Con esta cifra, consignada como detalle, no es extraño que en el total de la Zona se haya conseguido el número, verdaderamente extraordinario, de 125.000 indígenas que pasaron el Estrecho en dirección a España; cifra verdaderamente notable si se tiene presente que, estimando como cifra movilizable para un Ejército europeo el del 10 a 12 por 100 de la población absoluta, correspondería, según el último censo de la Zona en

aquella fecha, aun tomando el porcentaje mayor, un total de 80.700 movilizados, lo que acusa una diferencia a favor de una mitad más; debiendo advertir que en la cifra del 12 por 100 están incluidos los movilizados para servicios de retaguardia y en el caso de los marroquíes todos lo fueron para unidades de primera línea y "absolutamente voluntarios".

A esta aportación de servicio es lógico correspondera análoga proporción de sangre, y así no extrañará el saber que, por ejemplo, para no salirnos de la zona oriental, a que hemos hecho alusión, las bajas que oficialmente han sido registradas en el Grupo de Regulares de Melilla (tomado como prototipo de unidad indígena con cuadros españoles) fueron las siguientes: "Muertos": cinco jefes, 20 capitanes, 124 subalternos, 76 suboficiales y 2.607 de tropa; estos últimos casi en su totalidad indígenas. "Heridos": nueve jefes, 47 capitanes, 207 subalternos, 171 suboficiales y 5.775 de tropa, que, como los anteriores, eran indígenas casi en su totalidad. Es decir, en total 2.832 muertos y 6.209 heridos.

Por este detalle, y habida cuenta del número de Grupos de Regulares y Mehallas, Harkas y Tiradores de Ifni que tomaron parte en la Cruzada, no es extraño llegar a la cifra de 30.000 muertos caídos en España por su liberación y grandeza.

Con el reclutamiento que antes se ha señalado se emprendió en la Zona una gigantesca obra de organización con las directivas que luego había de presidir en la Península la formación de treinta divisiones y otras numerosas unidades, y así se empezaron a crear en Marruecos, con la cabecera en los Cuerpos ya existentes, nuevos tabores de Regulares, llegando los Grupos a contar con 10 y 11 tabores, cuando su composición normal era de tres a cuatro. Grupo como el de Regulares de Tetuán llegó a contar durante la guerra con 15.000 hombres, que dependían administrativamente de Tetuán.

Análogamente los Batallones de Cazadores se multiplicaron, dando cada uno vida a los nuevos, que llevaban el mismo nombre, con la designación B, C y D. También se organizó de una forma modelo la Bandera de Marruecos, que después había de escribir páginas de gloria en algunas de las acciones de la Cruzada; unidad que, debido a las circunstancias que le dieron vida, puede que haya sido la que entre todas las similares, que no le eran inferiores en entusiasmo y en valor, haya alcanzado antes la plena eficacia militar. Más tarde, cuando esta obra de organización se unificó y amplió en Burgos, continuó Marruecos, a más de creando sus unidades, sirviendo de campo de instrucción y organización de divisiones y lugar de funcionamiento de Escuelas que, como sus similares de la Península, facilitaron los oficiales y sargentos provisionales necesarios para cubrir las vacantes que constantemente se producían.

Considerado en este aspecto fué Marruecos un seguro lugar de concentración e instrucción; seguridad absoluta que nacía de la confianza que inspiraba la población indígena, en cuyas manos puede decirse que casi exclusivamente se encontraba la tranquilidad en lo que constituía la gola o verdadera retaguardia del Ejército Nacional que combatía en España.

Esta confianza fué tanto más merecida y plenamente justificada cuanto que no faltaron maniobras de enemigos del exterior, que partiendo de la espina constituida por Tánger, elevada en un flanco de la Zona, o a todo lo largo de la frontera con la zona francesa, puerta abierta a su espalda, los complotos, los proyectos de atentados y todo género de asechanzas amenazaban la lealtad de los marroquíes y el éxito de las fuerzas victoriosas.

Desde Tánger, que desde un principio fué refugio de indeseables huidos de zona española y cómodo lugar para los que desde la Península procuraban acercarse lo más posible para asegurar el éxito de sus maquinaciones, fué durante toda la guerra punto de partida de dificultades diplomáticas, propagandas en las cabillas, actos espectaculares para impresionar la imaginación de los indígenas y sede durante algún tiempo de la Escuadra roja, que, amparada por algunos diplomáticos, y con la lentitud y falacia de los procedimientos burocráticos, necesitó un acto de suma energía del General Franco para que se viera obligada a abandonar las aguas de la bahía.

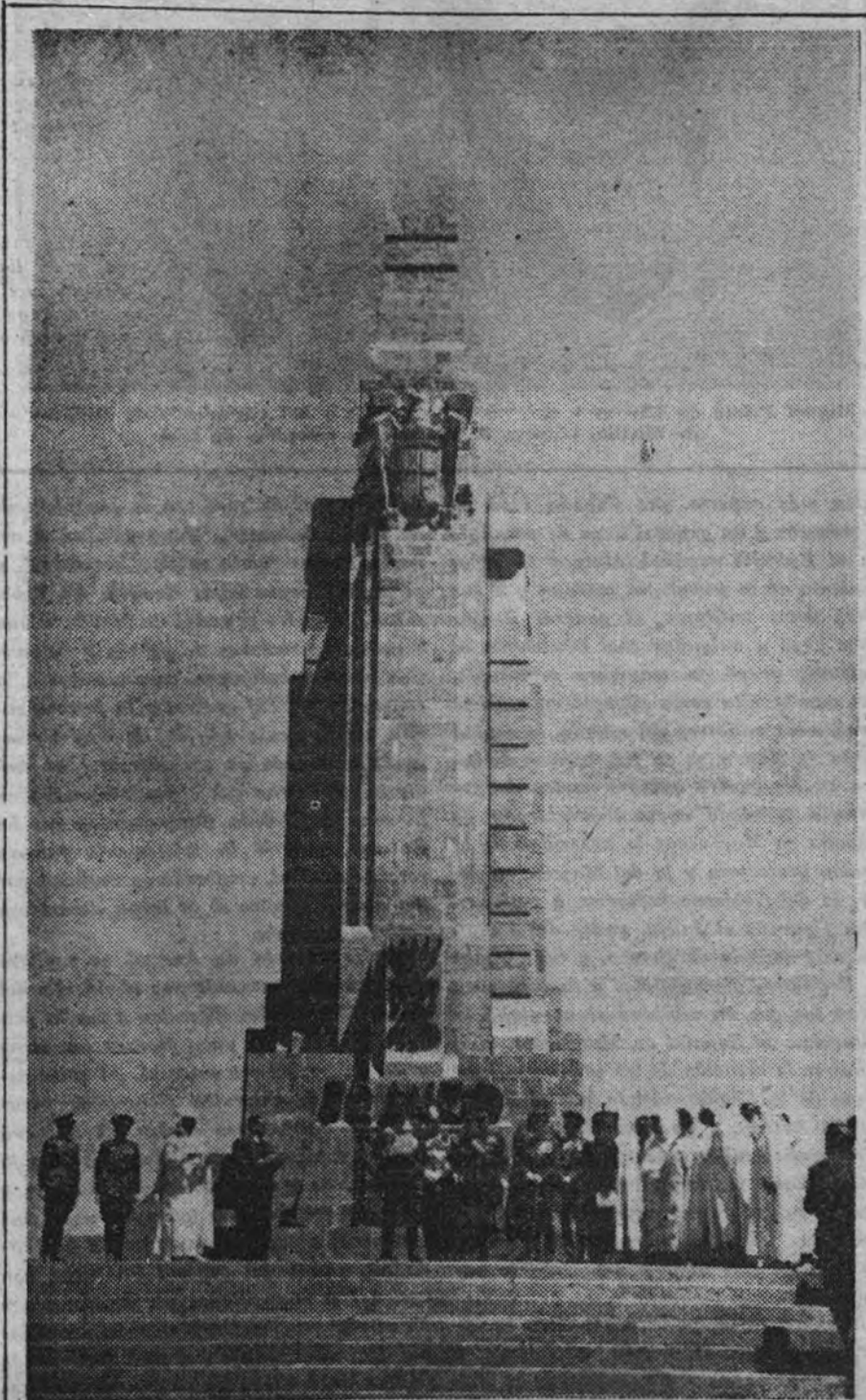
Sin escatimar medios, el Gobierno rojo mandó a Tánger a los que él estimaba como más eficaces agitadores de los indígenas, a disposición de alguno de los cuales llegó a poner hasta un millón de pesetas, y que organizaron algunos contrabandos de armas y revueltas, de las que no llegó a estallar ninguna, abortadas antes de su formación por la fidelidad de los marroquíes, tanto autoridades como los cabileños en general.

A lo largo de la línea fronteriza con la zona francesa se vió bien pronto, so pretexto de lo difícil de la situación del momento, ocupar las Oficinas de Asuntos Indígenas por los más destacados oficiales de este servicio y "no" señalados precisamente por su simpatía y cordialidad hacia España ni los intereses españoles.

Con frecuencia se presentaban voluntariamente o eran entregados por los habitantes de los poblados de Zona española agentes al servicio de muy diversos núcleos que, sin duda burlando la vigilancia de aquellos expertos oficiales, pasaban la línea para producir agitacione, procurando hacer revivir rencillas familiares y antiguas deudas de sangre.

A pesar de todo ello la Zona española de Marruecos permaneció tranquila, siendo una cantera de bravos combatientes.

El procurar encontrar una explicación a ello haría interminable estas líneas, por lo que señalaremos únicamente que la razón de fondo es la tradición política colonial española, que, felizmente, no ha sido nunca colonial, en la acepción europea de la palabra, sino maternal, que ha formado "hijos" en lugar de "parias"; política española que ha encontrado maravillosos administradores en los jefes y oficiales de Intervenciones, que con su prestigio y patriotismo han sido en realidad las únicas guarniciones de Marruecos, y a los que, en aras del bien de la Patria, se les impuso, no dejándoles pasar a España a tomar parte activa en la campaña, el mayor y más penoso sacrificio que se les impuso a un militar: que



Inauguración del monumento conmemorativo del Alzamiento en Llano Amarillo el 18 de julio de 1940

Las campañas militares de Marruecos

(Viene de la página central.)

moros, que recibían la sensación de nuestra fuerza y destreza, infinitamente superiores a las suyas.

Aun hubo otra campaña, concebida al calor de esta creación del ejército marroquí por el general Luque y después por otros políticos, que nos llevó a otra nueva era, cual fué la del paso del río Kert, para dejar a nuestra espalda la ya pacificada Guelaya y meternos en el Rif central, verdadero foco de las rebeliones norteafricanas. El objetivo esencial de aquella guerra del Kert, aunque se negó, no era otro que el de llevar nuestras armas hasta la playa de Alhucemas, para cuya maniobra de guerra se pensó y se montó una acción mixta por mar y por tierra, que no llegó a realizarse porque nuevamente y en el momento preciso la política nefasta que en España se seguía se opuso terminantemente, iniciándose tremendas campañas bajo la divisa de "nada de aventuras" y "acabemos con la pesadilla marroquí".

Concertóse, por fin, el Protectorado, y hubieron nuestras armas, merced a una hábil preparación política, de realizar una marcha desde Ceuta hasta la capital del Protectorado español, donde había de residir el representante del Sultán: Tetuán. Fué aquello, más que nada, un paseo militar; pero a poco de establecidos en la ciudad blanca de las mezquitas surgieron ante los proyectos pacifistas españoles las pretensiones inauditas del caudillo yebli. El Raisuni, quien aspiraba no menos que a ser el Jefe de nuestra Zona, y a quien, torpemente, unas veces se le negaba todo y otras todo se le daba, incluso dinero y armas, que, naturalmente, al nuevo enfado se volvían contra nosotros. En estas circunstancias, las cabilas de Yebala se fueron alzando, llegando a residenciar a los españoles de Ceuta, y no hay que decir que a los de Tetuán, ciudades en las que se vivía constantemente bajo el influjo de las balas certeras que los moros, "más o menos amigos", día y noche lanzaban contra nuestras casas y calles y, desde luego, contra nuestras posiciones de cobertura y vigilancia de caminos. El general Alfau, como el general Marina, pasó por la tremenda amargura del tejer y destejer de la política de Madrid; hasta que claramente hubieron de convencerse los Gobiernos de España de que nuestra posición era falsísima, ya que no podía titularse protector un país que vivía en precario y a merced del mal o buen talante del cabezalla Raisuni.

También en aquellas campañas se registraron páginas de verdadera gloria para el Ejército español; también algunas veces volvió a repetirse el error de enviar fuerzas mal preparadas a aquella lucha especialísima que teníamos que mantener como superiormente civilizados contra los indígenas, valientes, pero carentes de ciencia militar y de elementos combativos comparables a los nuestros. No obstante, El Raisuni fué vencido; quedó liberada toda la cordillera que une frente al mar a Ceuta con Tetuán; Fernández Silvestre, en golpe audaz, se apoderó de Alcazarquivir y pacificó la zona de Larache, y las gentes del Raisuni fueron desalojadas de Zinat, del Biut y del Fondak de Ait-Yedida, hasta donde quedó marcada la zona de dominación efectiva de los españoles.

Unos años de política y de relativa calma precedieron a la llegada a la Alta Comandancia de Dámaso Berenguer, el africa-



Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, coronel jefe del regimiento de Infantería de Melilla, número 39, durante la campaña de 1909

nista más experto que España tuvo en Marruecos y un general lleno de prestigio en el Ejército español. Merced al conocimiento de la psicología moruna y a sus altas dotes militares, el general Berenguer llegó a aniquilar casi totalmente al Raisuni; ocupó en maniobra admirable, que aun se cita como ejemplo en muchas Academias militares del mundo, la ciudad santa de Xauen, y, en fin, impuso de hecho en las cuatro quintas partes del territorio señalado como Protectorado de España en Marruecos la autoridad de la nación protectora y la del Majzén, es decir, la del Gobierno indígena, a cuya cabeza figuraba el Jefe, padre del actual. En este espacio de tiempo, a los Grupos de Regulares gloriosísimos y famosísimos, sobre los que en realidad se asentaba la autoridad de España en Marruecos, vino a unirse la creación de las primeras Bandas de la Legión, ideada por el ilustre Millán Astray, y en cuya Primera Banda realizó labor maravillosa de educación y tono militar el entonces comandante Franco, ya por aquella época, a pesar de su juventud, adornado de los más altos prestigios dentro del Ejército español.

Nuevamente la política española se interpone a aquella acción inteligente y provechosa que se venía realizando en Marruecos, y mientras Berenguer preparaba con sus regulares y legionarios el golpe

definitivo al Raisuni con la conquista de su último baluarte, "Taxarut", en el corazón de las "siete cabilas hermanas" y al pie del santo lugar llamado del Yebel Alam, Silvestre procedió en Melilla a una serie de operaciones de policía y de política con los indígenas, encaminadas a la ocupación del Rif central y la famosa cabila, eternamente rebelde, de Beni-Urriaguel; y cuando en ese menester se empleaba, mientras que a fondo operaba en la zona de Yebala Berenguer contra El Raisuni, ocurrió la tristemente famosa rotura de Annual, originada en realidad por los mismos efectos de la torpe, desastrosa política española.

En la derrota de Annual se registró un pánico, acrecentado por el suicidio del general Fernández Silvestre y por la falta de conexión de unas fuerzas con otras y de las posiciones entre sí. Al grito desesperado de Silvestre, Berenguer paralizó sus operaciones contra El Raisuni, que ya estaban en la última fase, en la decisiva, en la inevitablemente gloriosa, y tuvo que mandar con todas las urgencias imaginables sus mejores fuerzas a Melilla, al mando del general Sanjurjo, con legionarios acaudillados por Millán y por Franco y con los Regulares del inolvidable González Tablas. Aquel puñado de héroes llegó a Melilla cuando Melilla estaba a punto de perecer, y recogiendo, no ya las escorias, sino el polvo del derrum-

bamiento del Ejército de la zona oriental, afrontó la situación, y a fuerza de ese valor inaudito proverbial en nuestros soldados, con la colaboración de ilustres generales; jefes y oficiales, día tras día fué reconquistando el terreno perdido y lavando la mancha que había caído, circunstancialmente, sobre aquellas fuerzas de la zona oriental. La campaña fué dura, costó mucha sangre; pero quedó totalmente reivindicado el honor de nuestras armas, y el indígena más que nunca tuvo la sensación de su impotencia ante una España que, libre de las ataduras de la nefasta política liberal, sabía vengar las afrentas y mostrar su superioridad en inteligencia, en valor y en abnegación.

Pacificada la zona oriental, el general Berenguer pudo terminar su obra de aniquilamiento del Raisuni, y con una serie de operaciones inolvidables que, por tener de todo, tuvieron hasta la nota trágica de la muerte de González Tablas, toda la zona de Marruecos, incluso buena parte de la zona linder a Francia, quedó bajo la autoridad efectiva del país protector.

Surgió en España la campaña de las responsabilidades, tremenda injusticia o saña desprestigiante cometida contra el Ejército mismo que se había cubierto mil veces de gloria y había demostrado su tono y su eficacia aun contra los manejos de la política marxista, ya francamente marxista, de Madrid. Por suerte, en Africa quedaba un hombre como el general Sanjurjo, que terminó por completar la obra de pacificación, en cuyo momento se envió un Alto Comisario civil, en las manos del cual empezaron a relajarse los resortes de la autoridad, siendo luego sustituido por un militar de honrosa historia, el general Aizpuru, quien a su vez tuvo que enfrentarse con una nueva situación política, asimismo equivocada—la del abandono del interior de Marruecos—, que apenas esbozada dió como consecuencia un nuevo resurgimiento de la rebeldía cabileña y una campaña, la más dura de todas y en cierto modo también la más llena de episodios gloriosos, cual fué la del abandono de todas las ciudades y posiciones del interior, incluso Xauen; retirada militar inconcebiblemente peligrosa y difícil, y que, sólo merced al valor y a la inteligencia de muchos brillantísimos jefes, pudo realizarse sin abocar en una nueva catástrofe. Afortunadamente, quien había concebido aquel plan no tardó en rectificar honradamente su error, y el general Primo de Rivera, con valor y con serenidad, con inteligencia y con tesón, preparó la obra que se debió hacer desde el principio de nuestra presencia en Marruecos: la de la conquista de Alhucemas. Esta magnífica página de historia militar, insuperada quizás aun hoy mismo, en que tantos prodigios marciales estamos conociendo, pertenece ya a la Historia de la generación presente y no entra en el encargo que hemos recibido de la Dirección de SI de refrescar en la memoria de los jóvenes españoles lo que ha sido el esfuerzo armado que España ha tenido que realizar en aquel país, hoy hermano nuestro, que ya no tiene un Protectorado "impuesto", sino "deseado", y que ha evidenciado en nuestra última guerra cómo sabe apreciar el valor invaluable del Ejército español y los beneficios de una paz hermanada a base de mutua comprensión y de defensa de intereses, para bien del país protector y prosperidad, que deseamos siempre de todo corazón, del país protegido.

EL TEBIB ARRUMI

León, 23 de ~~enero~~ **enero** de 1913. **CORDERO TORRES**

LA CERCANIA DE MARRUECOS

Por **LUIS A. BOLIN**

EL viajero que recorre Andalucía no tarda en darse cuenta de que está conociendo un territorio sin par en el mundo. Existen en España otras regiones bellísimas, maravillosas, todas con su sabor típico especial; pero, aparte de Castilla, sólo la región andaluza cuenta con características que la distinguen, no ya de las demás de España, sino de las del resto del mundo. Andalucía es única. Ni en nuestro país ni fuera de él hay ciudades que puedan confundirse remotamente con Sevilla, Ronda, Córdoba o Granada, y con pueblos de rasgos tan acusados como Vejer, Arcos de la Frontera y Alcalá de los Gazules.

Andalucía es única en el mundo, y parte de la razón de esto es que en su suelo, más que ninguna otra región española, y durante bastantes más años que los setecientos de la dominación musulmana, se ha estado mezclando sangre árabe con las diversas civilizaciones, que fundidas con ella dan el sello inconfundible a nuestra raza. La mezcla andaluza arroja una proporción árabe crecida, junto a una solera romana de la mejor calidad y a otros y muy heterogéneos ingredientes. Pero lo que predomina en esa mezcla es precisamente el elemento que en Andalucía encontró un medio ideal para levantar las obras arquitectónicas cumbres de su espléndido arte medieval: la Alhambra de Granada y la Mezquita de Córdoba. Mientras existan, lo árabe estará siempre presente en Andalucía, dándole el ambiente especial que hace de ella una región incomparable.

En Andalucía se acaba un continente. Allí se siente que termina Europa y se presiente la proximidad africana y la segura lejanía de América. De la Rábida y Palos de Moguer partieron las naves de Colón, y los que conocemos bien Andalucía sabemos que está muy cerca de Marruecos. Esa misma cercanía constituye una de las características principales de una región desde la cual, después de recorrer Granada, Córdoba y Sevilla, nos es posible salvar en hora y media de navegación la diferencia que hay entre Algeciras y Ceuta, o en treinta y cinco minutos de vuelo, que serán quince cuando se adapten a las comunicaciones aéreas los progresos de la aviación en la actual guerra, la que media entre Málaga y Tetuán, que es la que hay entre Occidente y Oriente.

La tierra marroquí ejerce sobre todo el que la conoce una atracción irresistible, que aumenta cuando el viaje a ella se hace en relación con la visita a Andalucía. Son dos territorios que se completan; el conocimiento del uno es complemento indispensable para la comprensión íntima del otro. Pero por mucho y bien que se conozca Andalucía, por honda que sea la impresión que hayan producido en nuestro ánimo sus pueblos y ciudades, no hay viajero que al cruzar el Estrecho y visitar las poblaciones de la zona occidental marroquí,



principalmente Tetuán y Xauen, deje de experimentar una sorpresa profunda: la sorpresa de ver que Oriente está más cerca de lo que creía, que la frontera entre las dos civilizaciones no es cuestión de miles y miles de kilómetros, sino de una estrecha faja de mar, que hoy puede salvarse en un vuelo de minutos, y que incluso durante siglos de comunicaciones lentas sirvió para unir y no para separar. De lo estrecha que es me di buena cuenta el 6 de agosto de 1936, cuando la crucé volando unas docenas de veces en el curso de escasas horas, mientras abajo navegaba el convoy desde Ceuta a Algeciras con los legionarios y los regulares, y los buques de la Escuadra roja, dispersados por nuestras bombas, huían hacia Tánger o hacia Málaga.

Y, sin embargo, Marruecos ha sido misterio para el Occidente hasta una fecha reciente. Xauen, Chef-Chauen o Chuf-Chauen, que en estas formas por lo menos se ha escrito el nombre de la ciudad en

distintos idiomas europeos, era un total enigma para nosotros hace menos de veintidós años, y cuando se descubrió el velo que lo envolvió durante siglos fué motivo de admiración y de encanto, incluso para los que habían vivido cerca largo tiempo.

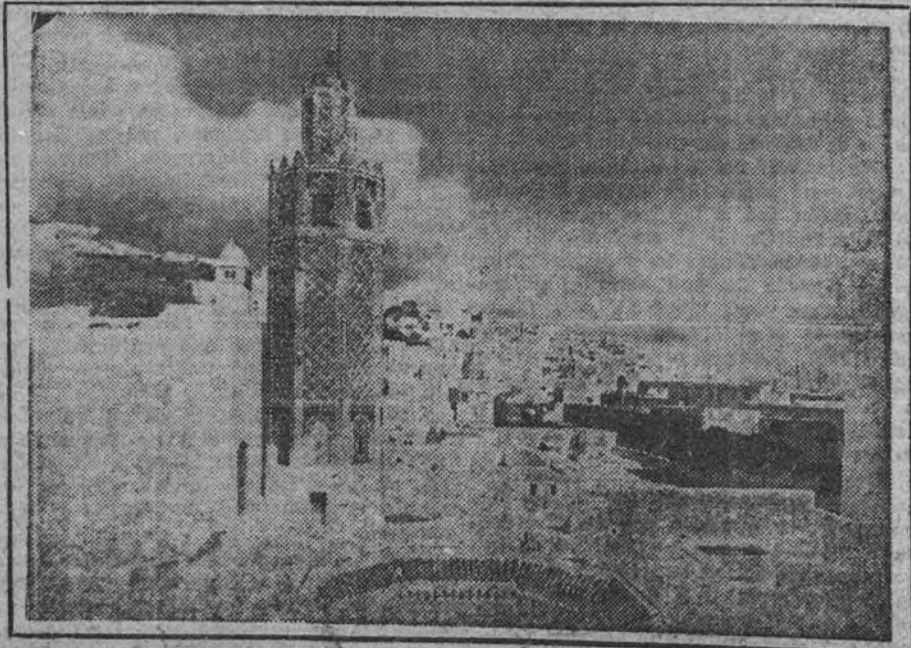
Pero a Marruecos, aunque algunos sabían lo que cabía esperar de él, no lo descubrieron completamente los españoles hasta que estalló nuestra guerra de Liberación y vimos que sus hijos eran nuestros aliados más resueltos y valientes. España no podrá olvidar nunca la tierra que fué cuna del Movimiento; no sólo porque allí teníamos las unidades más aguerridas de nuestro Ejército, sino porque en momentos decisivos estábamos seguros de encontrar en sus hijos una lealtad tan firme como los cedros que en Ketama pueblan las laderas frente a Llano Amarillo.

Yo mismo he conocido Marruecos durante muchos años, en paz

y en guerra, en la ciudad y en el campo. Conoci una por una las posiciones que teníamos diseminadas por su territorio antes del desembarco de Alhucemas, y mi memoria guarda el recuerdo de las banderas del Tercio formadas para revista en los campamentos avanzados o marchando en columnas hacia el puesto de honor; de los tabores de Regulares en el Ténin o en Dar-Quebdani, en Tizzi-Aza o en Uad-Lau; de los moros de la Harka de Muñoz Grandes aclamando a su jefe al partir para una operación y rodeándole con mudo cariño cuando otra vez las balas habían hecho huella en su cuerpo. Yo tuve la suerte de hacer el primer viaje por carretera desde Tetuán a Melilla cuando, apenas pacificado el territorio, el llorado general García de la Herranz aseguró por primera vez las comunicaciones terrestres entre las dos Zonas, y descubrimos durante un recorrido de veinticuatro horas, ininterrumpidas por el sueño o el descanso, las sierras de Gomara, los huertos de Beni-Urriaguel y Tensaman, y la oscuridad de la noche en la gran llanura de M'Talza.

La tierra marroquí no me ha parecido nunca más grata, más acogedora, más hospitalaria y deseada que en una clara mañana de un mes de julio, cuando la vi desde el aire viniendo del Sur. Volábamos en un avión de dos motores, que trabajaron sin el menor fallo durante las largas horas de un viaje trascendental. Un piloto de ojos azules, que no tenía de rojo más que el pelo, guiaba el aparato con mano segura. Cuatro pasajeros llevaban el avión, y uno de ellos, en cuanto cruzamos la frontera entre el Protectorado francés y el español, cambió en pleno vuelo su traje de paisano por el glorioso uniforme de la Infantería española, sobre el cual ciñó el fajín rojo y oro de General. A nuestros pies se extendía una región accidentada de montañas y valles, antes inhóspitas, pero que ya no lo eran. No tardamos en ver la cinta del mar, reluciente y azul en la lejanía, y poco después una masa blanca de paredes y azoteas al pie del macizo de Gorgues. El aparato viró sobre el mar y puso proa al aeródromo de Tetuán después de pasar bajo por el poblado de Río Martín. Me acerqué al piloto y le pedí que al llegar al campo nos permitiera observarlo lo mejor posible. Entonces el General se levantó de su asiento, e inclinándose sobre el piloto, escudriñó un grupo de jefes y oficiales que le esperaban en posición de firmes ante los pabellones del aeródromo. Reconoció a uno de ellos, y por él supimos que estábamos entre amigos.

Un momento después saltábamos a tierra, y pasamos al Pabellón de Oficiales, agujereado la noche antes por la metralla. A todos dominaba la más honda emoción. En la pared había un calendario, y la hoja del día, impresa en caracteres encarnados, decía simplemente: "Julio, 19, Domingo".



EL PAISAJE ETERNO Y EN MARCHA DE LAS ISLAS CANARIAS

Se han realizado grandes instalaciones hidráulicas para el total aprovechamiento del agua, construyéndose pozos a más de cien metros de profundidad

El gigantesco esfuerzo del campesino canario en la lucha continuo con la sequía logró transformar la fisonomía de las islas

La existencia de agua incrementa extraordinariamente el valor de los terrenos

El viajero que se dirige a las Islas Canarias, en el momento en que se acerca a ellas, siente una gran curiosidad por conocer el paisaje que se le ofrece. Este paisaje, que es eterno y en marcha, es el resultado de un gigantesco esfuerzo humano que ha transformado la fisonomía de las islas. El campesino canario, en la lucha continua con la sequía, ha logrado transformar el paisaje de las islas, construyendo grandes instalaciones hidráulicas para el total aprovechamiento del agua. Se han construido pozos a más de cien metros de profundidad, lo que ha permitido el cultivo de grandes extensiones de tierra. Este esfuerzo ha incrementado extraordinariamente el valor de los terrenos.

LABOR GIGANTESCA DEL LABRADOR CANARIO

Acaso lo que mayor asombro causa en Canarias es este clima que invita a la indolencia. Es obvio que el labrador gigante de la tierra de Canarias, que ha logrado transformar el paisaje de las islas, ha hecho un trabajo gigantesco. El campesino canario, en la lucha continua con la sequía, ha logrado transformar el paisaje de las islas, construyendo grandes instalaciones hidráulicas para el total aprovechamiento del agua. Se han construido pozos a más de cien metros de profundidad, lo que ha permitido el cultivo de grandes extensiones de tierra. Este esfuerzo ha incrementado extraordinariamente el valor de los terrenos.

EL PAISAJE CANARIO

Y decimos que es razonable porque es el viajero que, al acercarse a las islas, siente una gran curiosidad por conocer el paisaje que se le ofrece. Este paisaje, que es eterno y en marcha, es el resultado de un gigantesco esfuerzo humano que ha transformado la fisonomía de las islas. El campesino canario, en la lucha continua con la sequía, ha logrado transformar el paisaje de las islas, construyendo grandes instalaciones hidráulicas para el total aprovechamiento del agua. Se han construido pozos a más de cien metros de profundidad, lo que ha permitido el cultivo de grandes extensiones de tierra. Este esfuerzo ha incrementado extraordinariamente el valor de los terrenos.

El viajero que se dirige a las Islas Canarias, en el momento en que se acerca a ellas, siente una gran curiosidad por conocer el paisaje que se le ofrece. Este paisaje, que es eterno y en marcha, es el resultado de un gigantesco esfuerzo humano que ha transformado la fisonomía de las islas. El campesino canario, en la lucha continua con la sequía, ha logrado transformar el paisaje de las islas, construyendo grandes instalaciones hidráulicas para el total aprovechamiento del agua. Se han construido pozos a más de cien metros de profundidad, lo que ha permitido el cultivo de grandes extensiones de tierra. Este esfuerzo ha incrementado extraordinariamente el valor de los terrenos.

El viajero que se dirige a las Islas Canarias, en el momento en que se acerca a ellas, siente una gran curiosidad por conocer el paisaje que se le ofrece. Este paisaje, que es eterno y en marcha, es el resultado de un gigantesco esfuerzo humano que ha transformado la fisonomía de las islas. El campesino canario, en la lucha continua con la sequía, ha logrado transformar el paisaje de las islas, construyendo grandes instalaciones hidráulicas para el total aprovechamiento del agua. Se han construido pozos a más de cien metros de profundidad, lo que ha permitido el cultivo de grandes extensiones de tierra. Este esfuerzo ha incrementado extraordinariamente el valor de los terrenos.

ENORMES INSTALACIONES PARA EL APROVECHAMIENTO DEL AGUA

Visitemos, por ejemplo, algunas de estas obras colosales llevadas a cabo por los hermanos Betancor para la mejora y riego de sus fincas. Docenas de pozos abiertos a profundidades mayores de cien metros, cuyo caudal bastaría para abastecer de agua a una ciudad; perforación de interminables galerías en las entrañas basálticas de las montañas; kilómetros y kilómetros de túneles de cemento, por los que pasaría un hombre de pie, para conducir aguas desde las alturas de las Sierras, en previsión de que un día al año pueda llover; miles de metros de tuberías para repartir ese caudal posible; acueductos, sifones distribuidores, acuíferos, toda la gama de obras de ingeniería hidráulica, que afluyen a grandes colectores propios, tan enormes como los mismos pantanos que el Estado pueda construir, y que son capaces para sostener el riego de tres años al llenarse en un día de intensa lluvia. Pero esto no es todo, porque aún ha de hacerse "la misma tierra que se va a regar. Sobre una base de piedra menuda se va volcando la tierra rasada de las montañas, traída desde largas distancias, con una capa de un metro de espesor. Y como los grandes espacios planos no abundan, se perforan las montañas en largos túneles para derivar las grandes crecidas, que alguna vez acontecen y convertir los lechos de piedra de las anchas riberas en verdes vergeles, emulando la labor de los romanos en Montefurado, para derivar el río, o se pisan trincheras escalonadas en las faldas de las montañas de roca para rellenarlas de tierra, o se abren las tierras en declive con muros ciclópeos a fin de que el agua no se pierda y llegue a todas partes uniformemente.

Y no es éste el único ejemplo de hombres decididos y ejemplares entre los productores de Canarias, porque otros muchos pudieran ponerse. En mayor o menor grado, son innumerables los que realizan una labor enorme al servicio de una agricultura modernizada e industrial, sin ayuda de nadie, sin que el Estado les dé alientos ni quehacer.

Ha bajado hoy de la villa de Agaete envuelto, como un fantasma, en un enorme guardapolvo blanco. Trae el último poema del mar para leerlo a su amigo Alonso Quesada.

Alonso Quesada es también poeta. Alonso también, pero en el fondo, débil. Sólo una rama de aquel sauce. Vive entre números y quimeras en un Banco inglés, enredado en el laberinto del 8 como en un callejón sin salida.

Alonso Quesada tiene un milir de águila. Cuando el guardapolvo de su amigo ilumina las sombras de la oficina, él sabe que es como si entrara el sol blanco de la calle. Así, deslumbrado, le van su busto del pupitre como un ave de presa entumecida. Es su hora. La ha esperado durante toda la semana. Ya tiene con qué hablar.

De ingenio agudo y señoril gracioso, de romántico hablar, en donde brilla y suena brillo y ritmo de oro viejo—esta adorable lengua de Castilla.

Porque esto dijo de él Tomás Morales, entre otras cosas.

Y ahora van juntos, hablando, por la calle de Trina. (Conviene señalar este hecho trivial, de increíble realismo: un día determinado, pasaron los dos hablando, "vivos", por una calle. De esto hace poco más de veinte años y ya parece mentira.)

Y adónde van ahora? ¿Dónde pueden ir los dos a esta hora del mediodía, tan fuerte que parece borrar los lugares? ¿Es que se va algo, un rincón, una cita, cuando el sol del Atlántico cae sobre el mar? Sólo allí, junto a la orilla, brillan algunas lápidas. Es el cementerio de la ciudad, viejo tema de los poetas: "Pedacito de tierra que eres mi tierra", lo llamó Luis Millares.

Alonso Quesada lo conoce muy bien. A través de su obra hay referencias constantes.

Al fondo de la aldea, el cementerio es una sombra luminosa... Brilla como la mancha que los ojos tienen cuando han mirado al sol, "y ya no miran".

TERRENOS ESTERILES TRANSFORMADOS EN FERTILES HUERTAS

A quien más asombró dirá que lo hacen por su cuenta y razón, que el valor de los frutos habrá de compensar en el futuro para que tantos y difíciles trabajos se lleven a efecto y se exponga tan considerable capital. Sin duda, porque el agua transforma totalmente el paisaje. El ingeniero agrónomo D. Andrés García Cabezon, en sus "Notas sobre la agricultura de la provincia de Santa Cruz de Tenerife" (1938), dice: "Una vez conseguida el agua se construye el canal principal y los secundarios que conducen el precioso líquido a la zona baja, que es la preferida para implantar el regadío. De esta forma se han transformado en huertas improductivas, de escaso valor, en férricos huertos de plátanos y otros cultivos. El incremento de riqueza es verdaderamente fantástico, pues puede pasar, de 50 a 100 pesetas que vale la hectárea de erial en algunas zonas, a valer de treinta a treinta y cinco mil pesetas la hectárea de plátano". Pero el éxito en la búsqueda del agua es muchas veces problemático y muchas inútiles los trabajos de perforación, o tarda en caer el agua del cielo tan deseada que venga a llenar los depósitos y a distribuirse por sus infinitos canales y tuberías. Nada más demorarse a estos hombres admirables de Canarias, que persisten en su luminoso esfuerzo para aprovechar la menor gota de lluvia, que nunca llega al mar, o para hallar el más tenue hilo de agua subterránea. Y que alega, un día de lluvia, que ir y venir y trajar por los campos, para guiar el caudal de agua que a cada uno corresponde — allí la palabra "caudal" tiene un idéntico valor etimológico que su gemela cuita "capital", que es un don que Dios envía, porque cada gota vale por un rol de oro.

EJEMPLO DEL CAMPE-SINO CANARIO

Toda una política económica de España podría fundamentarse en el ejemplo de esta magnífica obra canaria, que presentan Joaquín Utrilla, Agustín Pizarro y tantos y tantos arbitristas a cámara en desajuste pidiendo agua para la España sedienta: Castilla, Extremadura, Andalucía adolecen de la falta de riego. No ya esos grandes capataces de la agricultura, del archipiélago, que han concebido tan altas y grandiosas obras, sino sus capataces y hasta el último agricultor de las islas bas-tarían para transformar los eriales del centro y sur de la Península.



Un paisaje de la Gran Canaria

TRES RECUERDOS

Por Claudio DE LA TORRE

TOMAS Morales es ancho, corpulento, encorvado como un sauce frondoso, la cabeza inclinada siempre sobre el hombro para ahorrar distancia a la mirada alta. Así, con este gesto confidencial, habla el poeta Tomás Morales en las esquinas de su ciudad, en todas las esquinas, a la luz del año 1916.

Ha bajado hoy de la villa de Agaete envuelto, como un fantasma, en un enorme guardapolvo blanco. Trae el último poema del mar para leerlo a su amigo Alonso Quesada.

Alonso Quesada es también poeta. Alonso también, pero en el fondo, débil. Sólo una rama de aquel sauce. Vive entre números y quimeras en un Banco inglés, enredado en el laberinto del 8 como en un callejón sin salida.

Alonso Quesada tiene un milir de águila. Cuando el guardapolvo de su amigo ilumina las sombras de la oficina, él sabe que es como si entrara el sol blanco de la calle. Así, deslumbrado, le van su busto del pupitre como un ave de presa entumecida. Es su hora. La ha esperado durante toda la semana. Ya tiene con qué hablar.

De ingenio agudo y señoril gracioso, de romántico hablar, en donde brilla y suena brillo y ritmo de oro viejo—esta adorable lengua de Castilla.

Porque esto dijo de él Tomás Morales, entre otras cosas.

Y ahora van juntos, hablando, por la calle de Trina. (Conviene señalar este hecho trivial, de increíble realismo: un día determinado, pasaron los dos hablando, "vivos", por una calle. De esto hace poco más de veinte años y ya parece mentira.)

Y adónde van ahora? ¿Dónde pueden ir los dos a esta hora del mediodía, tan fuerte que parece borrar los lugares? ¿Es que se va algo, un rincón, una cita, cuando el sol del Atlántico cae sobre el mar? Sólo allí, junto a la orilla, brillan algunas lápidas. Es el cementerio de la ciudad, viejo tema de los poetas: "Pedacito de tierra que eres mi tierra", lo llamó Luis Millares.

Alonso Quesada lo conoce muy bien. A través de su obra hay referencias constantes.

Al fondo de la aldea, el cementerio es una sombra luminosa... Brilla como la mancha que los ojos tienen cuando han mirado al sol, "y ya no miran".

Néstor habla después. A su voz cobra vida el Poema del Atlántico. Las aguas y los peces rodean ya su nombre mitológico. Todo el mar de sus islas, todas sus islas, están ya concentradas, prontas, en la punta del pincel.

Tomás Morales calla. Con su mano de niño acaricia una invisible obra monumental: "Las rosas de Hércules", tomo I, tomo II, tomo III, tomo IV. Mira también al mar y murmura:

De ingenio agudo y señoril gracioso, de romántico hablar, en donde brilla y suena brillo y ritmo de oro viejo—esta adorable lengua de Castilla.

Porque esto dijo de él Tomás Morales, entre otras cosas.

Y ahora van juntos, hablando, por la calle de Trina. (Conviene señalar este hecho trivial, de increíble realismo: un día determinado, pasaron los dos hablando, "vivos", por una calle. De esto hace poco más de veinte años y ya parece mentira.)

Y adónde van ahora? ¿Dónde pueden ir los dos a esta hora del mediodía, tan fuerte que parece borrar los lugares? ¿Es que se va algo, un rincón, una cita, cuando el sol del Atlántico cae sobre el mar? Sólo allí, junto a la orilla, brillan algunas lápidas. Es el cementerio de la ciudad, viejo tema de los poetas: "Pedacito de tierra que eres mi tierra", lo llamó Luis Millares.

Alonso Quesada lo conoce muy bien. A través de su obra hay referencias constantes.

Al fondo de la aldea, el cementerio es una sombra luminosa... Brilla como la mancha que los ojos tienen cuando han mirado al sol, "y ya no miran".

Néstor habla después. A su voz cobra vida el Poema del Atlántico. Las aguas y los peces rodean ya su nombre mitológico. Todo el mar de sus islas, todas sus islas, están ya concentradas, prontas, en la punta del pincel.

Tomás Morales calla. Con su mano de niño acaricia una invisible obra monumental: "Las rosas de Hércules", tomo I, tomo II, tomo III, tomo IV. Mira también al mar y murmura:

De ingenio agudo y señoril gracioso, de romántico hablar, en donde brilla y suena brillo y ritmo de oro viejo—esta adorable lengua de Castilla.

Porque esto dijo de él Tomás Morales, entre otras cosas.

Y ahora van juntos, hablando, por la calle de Trina. (Conviene señalar este hecho trivial, de increíble realismo: un día determinado, pasaron los dos hablando, "vivos", por una calle. De esto hace poco más de veinte años y ya parece mentira.)

Y adónde van ahora? ¿Dónde pueden ir los dos a esta hora del mediodía, tan fuerte que parece borrar los lugares? ¿Es que se va algo, un rincón, una cita, cuando el sol del Atlántico cae sobre el mar? Sólo allí, junto a la orilla, brillan algunas lápidas. Es el cementerio de la ciudad, viejo tema de los poetas: "Pedacito de tierra que eres mi tierra", lo llamó Luis Millares.

Alonso Quesada lo conoce muy bien. A través de su obra hay referencias constantes.

Al fondo de la aldea, el cementerio es una sombra luminosa... Brilla como la mancha que los ojos tienen cuando han mirado al sol, "y ya no miran".

Néstor habla después. A su voz cobra vida el Poema del Atlántico. Las aguas y los peces rodean ya su nombre mitológico. Todo el mar de sus islas, todas sus islas, están ya concentradas, prontas, en la punta del pincel.

Tomás Morales calla. Con su mano de niño acaricia una invisible obra monumental: "Las rosas de Hércules", tomo I, tomo II, tomo III, tomo IV. Mira también al mar y murmura:

la en feraces y productivas tierras. Habrá que ir pensando, si queremos mejorar sus tristes estepas, en trasladar a ellas colchos canarios que sirven de acata a nuestros indolentes campesinos, o en transformar en escuela práctica de agricultura moderna las islas de Tenerife y Gran Canaria, a las que puedan ir a estudiar los labradores extremeños, castellanos y andaluces como la constancia del hombre puede cambiar un paisaje pedregoso, un árido escorial en paraíso. Aunque los resultados no fuesen iguales, tampoco la llamada España seca exigiría tan colosales esfuerzos, puesto que el agua aparece en muchos lugares a escasos metros de profundidad, y los fíos van a verterse en el mar, sin que nadie intente aprovecharse de sus aguas corrientes. Las infinitas llanuras, que sirvieron de Marca Hispánica contra moros, y las largas dehesas, que en nuestras gestas sirvieron de defensas, que de ahí les viene el nombre, se convertirían, en virtud de esta enorme agua, en férrimas y repobladas tierras, que producirían toda clase de frutos con pródiga abundancia.

EL HOMBRE MODIFICÓ EL PAISAJE

No, no puede ser el paisaje de las Canarias actual el mismo que San Brandán, en el siglo VI, por que éste que contemplamos es un paisaje en marcha, que ha hecho descubrieron los ojos atónitos de el hombre contemporáneo. Han pasado muchos siglos, ha llovido mucho desde entonces; mejor dicho, ha llovido poco, y a ello se debe tan colosal esfuerzo.

PRIMERAS NOTICIAS SOBRE LAS ISLAS

Las primeras noticias ciertas que se tienen de estas islas aparecen en un planisferio mallorquín del siglo XIV, en que se dan como descubiertas por Lanceloto Malorcello, genovés de nación. Un Infante de la Cerda fué nombrado Rey de las Islas Afortunadas, creí "existentes por desconocidas"; pero su reinado fué efímero y nominal, pues no llegó a poner su planta de conquistador en ellas. Tal empresa estaba destinada a Alonso de Lugo, un caballero originario de la Galicia, y a Bethencourt, un caballero de la dulce Francia, ambos por los años en que se descubría América.

LA CONQUISTA DE LAS CANARIAS

Hermosísima historia la de la conquista de las Islas Canarias, que podría transformarse en un abigarrado ballet. Leyendo los págs de Viera y Clavijo, con su aire dieciochesco, o los romances alegres de Millares, o las dediciones del doctor Chil, se presentan ante nosotros, con gran fuerza plástica los cuadros animados a que dan lugar las luchas de los colonizadores de razas mezcladas, predominando los gallegos—cuyos apellidos aún perduran en los Pinaros, San Juan, Orotina, Paradrón, Correa, Sotomayor, Benítez de Lugo, Fernández de Lugo, actuales—y los franceses—cuyos descendientes vemos en los Bethencourt y Betancor, Massieu, Martel, Deniz de hoy—, con los aborígenes guanches, de alta estatura y de extraordinaria belleza, habitantes de cuevas excavadas en las escarpadas laderas, que conocían la ciencia de embalsamar sus muertos, que saltaban los barrancos con largas pértigas, que se entendían a distancia con modulados silbidos, que practicaban deportes para medir sus grandes fuerzas. Unos invadían el país montados en fogones hechas, y disponiendo del fuego demoníaco de sus arcabuces, que eran el espanto de sus enemigos, y los naturales defendían sus rioscos con peñascos, lanzas y azagayas. Lucha heroica de una y otra parte contendiente, en defensa de poderosas razones: los unos, invocando el árán supremo de la cristianización y de la implantación de una cultura superior y de un idioma, euménico; los otros, la razón entrañable de su libertad. Pronto se establece comprensión y tregua, y ambas razas se añanan y confunden en una sola, dándose amor y lo que comienza siendo poema épico, se desmenuza en romántica aventura. Tal coyunda se firme y duradera, sin que haya tentación adúltera que la deshaga.

Con menores proporciones condensada, pero con tan sugestivos y estupendos elementos, la conquista y colonización de las Islas Canarias se semeja a la que realizaron los españoles en América, con la ventaja para las islas de que han sido fieles, en todo momento, y sin reproche al país que

les dió vida, sangre, religión y lengua.

LEALTAD A LA PATRIA

Allí esta España, y la mejor, la muy noble, la y valerosa. Cuando América, en nombre de una pseudocivilización, apellidó libertad a la explotación, las Islas Canarias permanecieron adictas. Cuando el inglés intentó su dominio por la fuerza, se le guirieron en grito de guerra, y el Almirante Nelson hubo de retroceder con su escuadra y un brazo de mirones, como en otro tiempo habían vencido al filibustero Drake, cuando el inglés haya intentado conquistarlas después, solapadamente y con libras esterlinas. Cuando en estos años peligrosos nuestra libertad y existencia, la Gran Canaria sirve de cáncara al Adalid y Caudillo que vuela al África, y desde allí se pone al frente de los Ejércitos.

RECUERDO IMBORRABLE

Quien haya permanecido algún tiempo en estas islas dichosas, ya no sabrá olvidarlas, anhelando volver a verlas, inundar sus ojos con la grandeza geológica de sus paisajes agrestes, de sus cumbres borrosas, como la Caldera de la Isla de La Palma; el Tiede, columna que sostiene el cielo, las montañas de Artenara o el valle fantástico de Tejeda, que Unamuno describió con exactitud como "una tempestad petrificada, pero una tempestad de fuego, de lava, más que de agua", con sus altos y fantásticos roques, en la Isla de la Gran Canaria; apaciguadas las montañas con el collar de los maravillosos paisajes del Valle de la Orotava, que hicieron irrumper a Humboldt en cálidas alabanzas, y de tantas y tantas veces y vallecillos, en los que prospera y florece toda suerte de árboles y frutos, como en variadísimo jardín botánico, desde la llanura de la orilla hasta las altas cumbres nevadas, en una rápida transición de cultivos, desde las más exquisitas y exóticas plantas tropicales hasta las zonas del castaño, del roble y el abeto, en cuanto el automóvil ha ascendido unos cuantos kilómetros por el téngón de las carreteras, transición comparable a la que se observa desde Motril a la cumbre del Mulhacen; poner severo cefo ante la extraña belleza de sus paisajes desérticos, alumbraídos por sus monstruosos acotus en candelabro, o inundarse de deliriosa placidez al contemplar sus largas playas, como la de las Canteras o de Maspalomas, que un mar sonoro y azul acaricia, a pesar despaçosamente y con deleite por las calles coloniales, de casas, hidalgas, con nobles escudos, anchas portadas, frescos azulejos y discretos balcones, saliendo de verdes colinas de Lagunas o del Barrio de Vélez, en que las campanas acompañan los lentos pasos, o admirar la urbanización metódica de sus grandes ciudades, y el impulso febril de sus puertos comerciales, que son sus puertas al mundo.

Oh, sí; quien haya tomado el bocado de las Islas Canarias, querrá volver a verlas, pasar en su regazo los últimos y morosos años de su existencia, sin anhelos, lejos de la enloquecedora multitud, adormecido por la tibieza de su clima, envuelto en su luz velada, respirando su transparente atmósfera, embobados todos los sentidos en esta fiesta anual de su paisaje, como el el vivir tenue y dichoso que ellas ofrecen fuese un anticipo de la vida inmortal de los "bienaventurados en el Paraíso".

E. CORREA CALDERON

Cataluña, integrada en la irrevocable Unidad española

(Viene de la página 37.)

Girona volaron 36 obras de fábrica, de las cuales están ya reconstruidas 24, y se trabaja en levantar nuevamente las demás, con la importante y valiosa cooperación de la Diputación Provincial; a la de la Comisaría de Regiones Inundadas, para las islas de Girona, D. Paulino Coll, con un crédito de 25 millones de pesetas, y a la realizada por la Dirección General de Regiones Devastadas, especialmente en Lérida y en las demás localidades adoptadas para su reconstrucción por S. E. el Jefe del Estado y pertenecientes a la misma provincia, cuyo gobernador civil, señor Cremades, ha tenido la amabilidad de hacernos las siguientes manifestaciones, con que, por haberlas recibido a última hora, cerramos este reportaje:

"La provincia de Lérida ha sufrido, sin duda, una de las más castigadas con motivo de la pasada guerra de Liberación nacional, y el hecho de que su propia capital y quince pueblos más hayan sido adoptados por el Caudillo es una prueba bien palpable de ello; pero la recuperación en todos los órdenes va alcanzándose rápidamente, tanto en la agricultura como en la industria y el comercio, a pesar de las naturales restricciones que imponen las circunstancias presentes.

En la actualidad, y gracias a una actuación intensa y eficaz sobre los centros rurales, más de un centenar de pueblos están proyectando o ejecutando ya servicios de abastecimiento de aguas, alcantarillado, construcción de escuelas, viviendas protegidas, etc., etc.

A lado de estas obras de carácter local no hay que olvidar las de interés nacional, como en la perforación del túnel de Viella (comunicación permanente del valle de Aragón con el resto de España) y la construcción del ferrocarril de Lérida a Saint-Giron, de gran importancia.

Fernando VAZQUEZ-PRADA

Ermita de San Antonio Abad, donde oró Cristóbal Colón a su paso para América.

Transporte canario.

Transporte canario.

Transporte canario.

Transporte canario.

Transporte canario.

Transporte canario.

LO QUE LA CRUZADA TRAJÓ A LAS BALEARES

De lo exótico a lo español.-- Fracaso del desembarco rojo en Mallorca

Palma, a la cabeza de las ciudades que más edificios construyen.-- Las Falanges isleñas



Típico patio mallorquín

Mallorca, frontera de la fidelidad

Por Lorenzo RIBER
de la Real Academia Española

En aquellos días la isla de Mallorca era la frontera de la fidelidad, el límite sagrado de la hispanidad entre Cataluña proterva y Menorca rebelde. Noche preñada de gloria y de sangre aquella noche del 17 de julio que se iluminó de luna inocente; noche de mil oportuna navegación, noche de mil rumores, noche de mil orbes, insomne noche de vela de armas. La estela temblante que dejó la blanca motonave "Ciudad de Barcelona", botada, ¡ay dolor!, a la hondura del mar, quedó interceptada y rota aquella noche. Y me dejó a mí, en las riberas doradas de Mallorca, situado durante los treinta y tres meses que duró la discordia civil en aquella avanzada de la lealtad, en aquel bienaventurado oasis de España.

No, no siempre resulta cierto lo que dice Horacio, a quien acostumbré acudir para aprender sentencias fuertes y profundas, acunadas en oro recio y himno so. Ante "Los fuertes nacen de las fuertes. En caballos y novillos remaneció el brío de los padres. Y no son las palomas medrosas quienes engendran a las águilas fieras."

De una generación desmembrada y enteca vimos con nuestros ojos surgir una generación de héroes. Y no fué también el mismo Horacio quien, puesto genialmente a equivocarse, acaso por una sola vez proclamó el principio de la indeclinable degeneración de las cosas? ¿No fué él quien dijo que todo lo disminuye y amengua el tiempo dañoso? ¿Que la edad de los padres es peor que la edad de los abuelos? ¿Y que de unos padres así degenerados es fuerza que mane una progenie aún más villosa? Todos estos axiomas quedaron desmentidos espléndidamente por aquella promoción de juventud, de infancia casi, podría decir, que, salida de unos padres tan entusiasmados, sin esperanza y sin fe, escaló las cumbres del heroísmo, y por lo arduo se encaramó a lo sublime y tomó el camino de los jueces. De un suelo ablatido y yermo, sembrado de polvo y de ceniza, vimos brotar con estupor una súbita mies de patriotas, envueltos en corazon al santo apellido de España.

"Apellido (dice en las Farietas Don Alfonso el Sabio) tanto quiere decir como voz de llamamiento que hacen los onnes para ayuntarse o defender lo suyo." Esta suerte de apellidos clarean en la Historia de España. Cálculo y medida hacia que no se opere en España esta voz de llamamiento de hombres, hombres, a defender lo suyo. Lo suyo, tratándose de España, son sus altares y sus hogares, su entrañable tradición, germes, vivaz de su soñado futuro. En los días omnímodos de Fernando VII y de la invasión napoleónica sonó uno de estos "apellidos" que conmovió a España desde Cansagada hasta Almería, desde el golfo de Rosas hasta las columnas de Hércules. Pasaron más de cien años de envilecimiento gradual en que España, sistemáticamente, confundidamente, se negaba a sí misma, y con este y con este afán iba huyendo de sí misma. Aquella y griega en que Pitágoras figuró la bifurcación de los dos caminos del bien y del mal que ineludiblemente se presentan en la vida del hombre, esta y griega, este trance crucial se presenta también en la historia de los pueblos a quienes Dios ha concedido larga vida sobre la tierra. Llegada España a la encrucijada, la pavorosa, sonó entonces otro de estos supremos apellidos. El día era el 18 de julio, y el año era el de 1936. Estalló este grito supremo, no al otro lado del mar, y nos lo trajo el ardiente resplandor de África.

Palma, capital de la Isla de la Calma; noche del 18 de julio, víspera de epopeya. El "Círculo Mallorquín", que hasta entonces había podido acaso parecer el palacio de la frivolidad, estuvo lleno de patriotas sin sueño, lleno de guerreros clandestinos como el "Círculo Mallorquín" salieron a la del alba, la hora de la salida de Don Quijote, la hora en que cantan aprisa los gallos de Mio Cid, porque en el cielo tierno asoma y ríe la voluntad de amanecer; de aquella casa, digo, salieron a punto de día los audaces a quienes ama la fortuna. A este puñado de patriotas debió Palma en

gran parte; a ellos debió Mallorca, con un muy escaso censo de sangre bendita; a ellos debió España arrebatar con mano violenta, allí, el triunfo instantáneo y la paz en la guerra. Y luego de allí, el martirio constante, el inefable golpe cíclope sobre las protervas costas fronterizas, que acabaron por hundirse en frágil derrumbamiento.

Había dado comienzo a la Cruzada. De la Justicia se ha dicho que llega indefectiblemente, pero que anda con pie cojo. También a nosotros, en nuestra vehemencia indócil, parecían que andaba con pie cojo la Victoria, a quien la antigüedad divinizó y puso en sus hombros alas grandes y veloces. Esperábamos su llegada de milagro. Todos estábamos pendientes de inminente milagro. Mas cada día de aquel inabarcable rosario de días tenía su afán:

¡Ay, cuánto de fatiga; ay, cuánto de sudor está presente al que viste loriga, al infante valiente, a hombres y a caballos juntos!

El afán del día lo conocíamos a la noche: "Parte oficial del Cuartel General del Generalísimo". Yo, en la firmeza de mi fe, insatisfecho en el triunfo cierto, podía, sin la traza de Ulises de taparme los oídos, oír impunemente el caído de las sirenas. De Barcelona, la ciudad preciosa sumida en el hábito, sentada en la región de la sombra de la muerte, no me llegaba más que la voz. Barcelona, tenía entonces, como la bestia apocalíptica, nombre de blasfemia. Cuando me inclinaba a oír la voz conocida, la voz que fué amada, parecían que me asomaba a un abismo negro, a un misterioso y pavoroso "De Profundis" en cuyo diñel se deja la esperanza. Allí, llanto; allí, crujido de dientes. Yo la sentí con horror, hartas veces, a la ciudad amada como clamaba, como aullaba, como se retorció bajo la lluvia de fuego y de trueno, bajo el azote de Dios. De vez en cuando, de la ciudad doliente, de aquel hospital de dolor, llegaban a la desahogada arena mallorquina evadidos raros, como ahumados, de la Gomorra en llamas, con aquellos vestigios y con aquellas huellas que en la adusta faz del Dante, al retorno de su viaje del Inferno, creían descubrir con espanta las mujeres de Verona.

Las ondas del mar que nos echan no traían rumores de vientos que meneaban copas de laureles; nos traían arrullos de optimismo y de esperanza. La caída de Málaga retumbó en nuestras riberas como el suelo de Troya retumbó de la caída de los héroes homéricos. Y la caída fulgurante de Santander, y la del férreo Bilbao, y la de las Asturias, montañas y contumaces... Días grandes en que la sangre pulaba las sienes como un martillo sonoro y el pecho aleteaba voluptuosamente con toda su amplitud respiratoria.

Mas sobre las divinas riberas de la luz abatíse un día negro: aquel sábado ominoso en que la fama de cien voces nos trajo la noticia del hundimiento del "Barcelona".

¡Ay, el bello buque epónimo! ¡Ay el glorioso y familiar y amado fantasma! Era bello y fuerte, omnipotente y ubicuo. Como el cielo le amaba, murió joven. Infante aún, como Hércules, mató monstruos en su misma cuna. De otros pudimos aprender fortuna; de él sólo pudimos aprender virtud. De aquellas aguas tenía el nombre y allí tenía sus amores. Por caminos silábicos rondaba nuestras puertas como un galán rodea las puertas de su amada; caballero leal como Lohengrin; puntual y romántico como el príncipe de la balada, enamorado de la doncella que a la vera del mar, con dedo sutil, borda pañuelos o borda banderas. En las frescas mañanas, su amada y él gustaban de mirarse largamente en el cristal del marino espejo. Y cuando, alende Bellver, el ocaso apagaba sus fraguas, y la noche tendía el rico velo, tras el galanteo breve, otra vez el príncipe navegante, cuyo nombre sabía, la fama, se fiaba al mar y a la noche. Y la noche le fué fiel. Disparado en las tinieblas, un rayo súbito envuelto en un trueno le desgarró el costado. Y murió cantando como los cisnes. Toda la dulce carga de alma que llevaba con ímpetu de alondras matinales, se redimieron del fango con un golpe de ala y volaron a la presencia del Señor.

PUEDEN decirse, sin lugar a dudas, que la guerra de Salvación trajo a las islas algo más que el ansiado arreglo de unas carreteras o la construcción de tales o cuales edificios para ornato de la capital. Bien adiestrada la vista, presta la atención a nuestras mejores y queridas cosas, hay que reconocer de plano que la guerra devolvió a nuestra tierra su peculiar fisonomía, que en unos años de caos republicano había perdido rotundamente y estaba casi a punto de olvidar. La "Isla de Oro"—título creado por turistas desocupados, que agradecían tanto la esplendorosa luz mallorquina como la riqueza de sus cultivos, la diversidad de sus cultivos, y también su opulencia—, abandonada en manos de un turismo extranjero en un noventa por ciento, había cambiado la fisonomía.

"Las costumbres exóticas"—escribía recientemente un periodista madrileño—; la desproporción, en muchos casos excesiva; las libertades, fijas y entretenimientos con que divierten sus ojos los extranjeros, han chocando con el resto de los españoles. Y hay un detalle que pone de relieve y subraya hasta qué punto las Baleares llegaron a parecer algo extraño a la Patria. En Palma hubo época en que se editaron hasta seis periódicos redactados en idiomas extranjeros: "Der Herald" y "Die Insel" en alemán; "The Daily Palma Post" y el semanario "Palma Post" en inglés; "Le Journal" en francés, y "Cosmopolis", en cuatro idiomas.

Había que huir del centro urbano de la ciudad, de sus plazas—en las que imperaba un desorden poco menos que definitivo—, de sus múltiples cafés, hoteles y "cabarets"—que nacían inesperadamente en todas las esquinas—para saber del misterio del alma mallorquina, contemplativa, suave y armónica. Y hasta en los viejos caserones, barrios de la Alameda y la Catedral, con sus patios de comedia de capa y espada, con sus fuentes de hierro, se bizarramente retorcido en hojuseca, era difícil impregnarse la quietud maravillosa, la dulzura que la isla brinda a quienes saben de veras estimarla.

Sin embargo, la guerra, que tanto arrasó para que lo que viviera después fuera mejor, acabó con aquel estado de cosas lamentable.

Y es ahora cuando—con el sexto año del Alzamiento conmemoramos también la reconquista de nuestro más íntimo modo de ser—el español que llega—no hace falta decir que nuestro turismo es ahora, a Dios gracias, íntegramente español—puede buscar y hallar la grata poesía de nuestras islas. Y de la mole de la ciudad; de la imponente masa de la Alameda; del atroz perfil del castillo de Bellver; de la visión serena de la Lonja, área de alianza de lo gótico, tendiendo a la unidad de lo clásico; de las grandes mansiones señoriales que quedan todavía, empotradas en la trivialidad de las construcciones modernas, saturadas de nuestro silencio de paz inalterada y sacra la impresión de un pasado fastioso, de una capitalidad potente, de una prosperidad mercantil andalga a la de las viejas ciudades italianas.

Alcanzada esta reconquista espiritual, lo otro, bajo la constante preocupación de nuestras autoridades y la tutela de un Estado empeñado en una guerra victoriosa y al mismo tiempo batallando por la reconstrucción, debía darse por añadidura.

Y así fué. Fracusada la tentativa roja de apoderarse de las islas—error histórico llamaría más tarde la "Generalitat" catalana al fracaso de su intento de establecer un frente en Mallorca con el desembarco efectuado por la miliciada reclutada en los bajos

fondos barceloneses—, primero Mallorca, más tarde Ibiza y Menorca, estas dos últimas conquistadas por las armas de Franco, pondrían en marcha todo aquello que, de manera clara, sirviera a los intereses materiales de la provincia.

LA REFORMA DEL PUERTO DE PALMA

Una de las obras de mayor envergadura, cuyos trabajos comenzaron a finales de 1937, y que se está llevando a cabo actualmente con toda decisión y energía, es la construcción del nuevo puerto de Palma. Este, situado al sur de la isla y en el fondo de la bahía, definida por los cabos de Cala Figuera y Blanco, completamente abierta a los vientos SE., S. y SO. De estos vientos, únicos que pueden marejarse en el interior del puerto, está resguardado el fondo por un solo dique.

Están ya subastadas las obras de una gran escollera de cerca de 2.430 metros de longitud, y para el acopio de materiales de la misma se está construyendo un ferrocarril, cuya línea tendrá una longitud de 5.000 metros. En estas obras trabajan actualmente más de 800 obreros. La zona afectada por la magnífica reforma del puerto comprende una extensión de 160 hectáreas, ascendiendo el presupuesto general, comprendido el ferrocarril, a más de 100 millones de pesetas.

Así se llegará a la reforma—tan tardada y llevada en controversias de antes del Alzamiento—total y necesaria del llamado certeramen-

to de la gran avenida de José Antonio, una de las principales arterias de la ciudad, unidas al paulatino ensanche de ésta, en cuyas nuevas construcciones, situadas en amplias calles y avenidas, viven la mayor parte de sus habitantes, con hacienda de Palma una población moderna, que conserva, empero, la grandeza de sus palacios antiguos, que pueden calificarse de áncoras ya, como viviendas particulares hoy, si se tiene en cuenta la amplitud y magnificencia de sus construcciones.

Con la conservación de edificios notables de la ciudad, que llevan varios siglos de existencia, no se ha descuidado la construcción de nuevas viviendas. La capital ha llegado a ser en 1940 la población de España en que más se construyó, incluso en cifras absolutas.

Más de cuarenta años discutieron, en bellos editoriales, los periódicos de Palma la construcción del edificio, por ejemplo de Corcos y Telégrafos, que la labor del nuevo Estado daría fin en un espacio contado en meses, luchando, naturalmente, con evidente falta de materiales...

OTRAS LABORES MUNICIPALES

Entre otras no menos interesantes obras municipales figura la construcción, todavía reciente, de un jardín en la plaza del General García Ruiz (esta obra fué proyectada en 1929), y el acondicionamiento y conversión en campo de juegos infantiles, con bancos y accesorios, de la Bahía de Berad.



Albergues del S. E. U. en Mallorca

te muelle viejo. (Se supone que éste fué construido en el siglo XIV.)

LA CAPITAL, A LA CAJEZA DE LAS CIUDADES QUE MAS OBRAS NUEVAS HAN CONS-

TRUIDO

La ciudad de Palma, situada al fondo de una amplia y hermosa bahía, y su término municipal quedan resguardados de los temporales y los vientos fríos del Norte por una cordillera que defiende, además, todo el litoral de la isla; tiene una población de cerca de 120.000 habitantes, habiendo aumentado hasta unos 30.000 en los últimos años. Palma está bañada de agua a presión, y para solventar la escasez de los estios se están llevando a cabo importantes obras de captación, tramitándose la instalación necesaria para el aprovechamiento de pozos de gran caudal.

En el casco antiguo se están haciendo obras de gran consideración, proyectándose un amplio mercado central sobre un solar de 5.454 metros cuadrados, y una gran pesadilla sobre otro solar de 1.626. Para la realización de estas obras se expropiaron 92 fincas, quedando 13.775 metros cuadrados de solares para la venta.

En total, el área afectada por tan importante obra urbanística tiene 47.600 metros cuadrados. Paralelo a estas obras, que responden a necesidades de antiguo observadas, a principios del año 1938 tuvo lugar la colocación de la primera piedra para los nuevos edificios—hoy ya terminados—del Gobierno Civil y la Casa de Corcos y Telégrafos.

Estos dos edificios, situados en

Se construyeron además, en este aspecto de embellecimiento de la ciudad, unos importantes jardines en las plazas de los Jinetes de Alcaldía y de los Héroes del "Barcelona", que abarcan cerca de tres hectáreas, en las que se han sembrado gran número de árboles y plantas; instalándose en la primera un clásico obelisco en homenaje a los que defendieron Mallorca de la invasión rojoseparatista.

Por suscripción popular se elevó un monumento a los héroes del "Barcelona", en la plaza de su nombre. También se está construyendo otro jardín en la plaza de San Miguel, la mayor del llamado ensanche de Palma, con comedores y pequeños estanques para juegos de los chiquillos.

Hace apenas un mes fué inaugurado el grupo escolar de la plaza de Santa Isabel, construido durante la guerra, donde han quedado instaladas doce escuelas unitarias. Y están muy próximos a inaugurarse los dos grupos escolares de San Jordi y de la plaza de Berenguer; en este último ya se han instalado varias escuelas de niñas y la Escuela Municipal de Especialidades, que va consiguiendo una nutridísima matrícula.

Es demostrativo del afán por la cultura de la juventud mallorquina el que señala el número de 24.188 lectoras que desfilaron durante el año anterior por la Biblioteca Municipal, utilizando más de 30.000 obras.

Es de todo punto interesante también la reforma realizada en el bien instalado Laboratorio Municipal y en la Casa de Socorro, ambos servicios dotados hoy de consultorio de radio, odontología, dermatología y de higiene social.

UNA PROSPERA CIUDAD INDUSTRIAL ISLEÑA: DOS MIL OBREROS TRABAJAN EN LAS FABRICAS DE TELAJOS DE SOLLER

En lo que a las ciudades y pueblos del interior de la isla se refiere, nuestra información será necesariamente incompleta. Como un ejemplo de muchas de ellas, apuntaremos el nombre de la villa Sollers—así se llamó por los drabes a Sollers antes de la conquista de Mallorca—, a la que rodea una frondosa vega, ciudad predilecta por su hermoso valle y su vegetación exuberante, famosa por sus naranjales. Efectivamente, el preciado fruto fué llevado por los mismos sollerenses hasta los más lejanos puntos del mundo, de modo que casi no queda nación de la vieja Europa y de la nueva América que no cuente entre sus habitantes alguna familia de sollerenses.

Luchando con las dificultades mundiales del presente, en Sollers han funcionado y funcionan desde el año 1936 diez fábricas de tejidos, siendo el total de telares de estas fábricas textiles de unos 630, que representan cerca de la mitad de la industria del género en Baleares. Estos establecimientos dan trabajo a unos dos mil obreros, entre hombres y mujeres, que constituyen el setenta por ciento del censo obrero de Sollers.

La especialidad de las industrias textiles locales son las telas de algodón, seda, rayón y algo de lana. Esta industria tiende a su mejoramiento, y en la actualidad se está procediendo al montaje de fábricas de hilaturas, blanqueo y tinte en pieza, lo cual permite su poner el gran impulso con que irán moviéndose en el futuro.

Entre las obras de realización reciente figura la de un grandioso mercado cubierto, iniciado a principios de la guerra y que ahora tiende a rematarse.

Así, orientada la política local en evitar por todos los medios el paro obrero, se desenvuelve la vida de esta ciudad mallorquina, enclavada en uno de los más poéticos lugares de la isla.

TAREAS SOCIALES DE LA FALANGE BALEAR

La Obra Sindical "18 de Julio" comenzó a funcionar en Baleares el día 1 de agosto de 1941. Su organización se hizo con arreglo a las posibilidades económicas del momento, empezando por crear un servicio de asistencia médica domiciliaria, y para ello se dividió la capital en siete zonas, asignando a cada una de ellas un doctor en medicina general.

Este servicio sanitario funciona no solamente en un plan de asistencia domiciliaria, sino también bajo la forma de consultorio, ya que los médicos asignados, con una alianza de miras digna de su ser, para los momentos más difíciles de la Obra Sindical, interin ésta no tuviera sus dispensarios organizados. Los trabajos realizados por dicho servicio en estos últimos meses de funcionamiento han sido lo suficientemente eficientes para que la Obra Sindical "18 de Julio" haya ganado la confianza del elemento productor de Baleares, y que sus beneficiarios, por consiguiente, ingresen con un ritmo muy alentador.

A tal fin, en los momentos actuales se está pendiente de la aprobación definitiva por parte de la Nacional de Sindicatos de un proyecto de adaptación de la Casa Primo de Rivera a centro sanitario. Dicho centro constará de una clínica quirúrgica de una capacidad de cuarenta camas, de una clínica de maternidad de veinte camas y de los siguientes departamentos: Tisiología, Dermatología, Sifiliografía, Otorrinolaringología, Puericultura, etc.

Se tiene también en estudio un proyecto de un sanatorio de tuberculosis quirúrgicas y la construcción de otro para enfermedades pulmonar y otro para enfermedades mentales.

CUATROCIENTAS VIVIENDAS PROTEGIDAS EN PALMA

Para dar una idea, aunque li-



La catedral, desde el muelle viejo

UN PENINSULAR EN LA ISLA DE MALLORCA

Por Pedro ALVAREZ

NUNCA había navegado, y el primer viaje por mar fué el de mi venida a Mallorca. El trayecto de Valencia a la isla lo hice dándome ánimos e infundidome confianza para la seguridad de la navegación, con el recuerdo con fortador de los primeros navegantes que surcaron las aguas del Mediterráneo. De propio intento imaginaba sus naves, menos seguras de lo que en realidad debieron ser, para persuadirme de la seguridad y buenas cualidades marítimas del barco donde venía. Con esta conformidad me tranquilizaba hasta que la prudencia y previsión de imaginarios peligros inminentes traíanme riesgo de minas electromagnéticas y tiburones en una pesadilla pajiza y remedida en el camarote y sacada de la misma corteza de los huesos molidos con aquel trepidar de las máquinas y los bandazos provocados por lo que luego supe se llamaba "mar vieja".

Sin embargo, no me mareé. Con la levedad alada que me imprimió la inercia del viaje, andaba yo, medio ahogado y volandero, buscando aire y ensanchando horizontes porque no podía respirar. La isla flotaba a la deriva, y como si estuviera sobre ella, con presteza ingrátida, me hacía el pesado para sujetarme y sujetar la tierra resentida bajo mis pies con la danza que aún conservaba del barco. Hasta pasados unos días no pude desear la sensación de que ambos a dos, isla y hombre, nos íbamos hacia el "fin de la tierra", empeñado en atávica especie ferrea, elemental de un mundo llano y lejano que terminaba en la nada clásica con todas las aguas del planeta desahondándose en el vacío tenebroso.

Y por si hubieran sido pocas aquellas necesidades del barco, acabó de rendirme al ambiente y a los marineros la sagacidad navagante de los tranvías de Palma, que de rodar por la costa, enclavados con galantería de amor a las barcas del puerto, saltan y triscan requiebros y fantasmas, tanfarroneando lindamente, en competencia por los ralles, escorzos de singladuras. Sólo cuando en estos tranvías galopones fui metiéndome isla adentro pareció que cesó esa inquietud y apareció ansiosa de respirar hondo, y pude moverme a mis anchas sin temor a dar un paso en falso y caer en el mar de mis pesadillas salgas; pues todas las noches lo veía en sueños acosándose y constriñéndose, manso y sosegado, como un boyazo que rumalara mansuetudine bovinia sobre mil algas geotrópicas hechas terrón con tempero de nostalgias sleseadas entre espumas, o chiflándose las sienes como una corona de fuego encendida y apagada con el ir y venir de las olas...

Y estas sensaciones, y la avidez del mar, y el hacermeme el alma punta aguda de rosa de los vientos, me han mostrado que no son exclusivamente mías, sino que a casi todos los de tieri adentro les sucede una cosa parecida, aunque los muy cueros y ladinos se lo callen. He visto cómo un navegante de trigueros en clerne se ha roto, o poco menos, el huesillo del

Se peleó mil anulo con su sombra al refutar el destino, mil tras dejaba escarar como un blin no las excelencias del clima, la extensión de la isla, en un verdero y justo encandilarse de la dignación por la ignorancia de la creencia que en Mallorca habitan pueblos como nuda de veinte mil habitantes, que se cosechara trigo y aceite, y que los payeses fueran los campesinos más distinguidos del agro español, asistiendo al podólogo y cultivando la tierra con una maestría y delicados proverbiales...

—¿Entonces aquello es cosa una cándida?—se alejaba bostezando la patróna.

Y lo mismo que le sucedía a esta remejadora del alfilerillo de esta cazuelita, que ignora los más esenciales noticiarios de esta isla como si no estuvieran en el mapa o no fueran pedacos que mapas o no fueran pedacos de la tierra y entrañables de la misma tierra de España.

Palma de Mallorca, junio de 1942.

Y estas sensaciones, y la avidez del mar, y el hacermeme el alma punta aguda de rosa de los vientos, me han mostrado que no son exclusivamente mías, sino que a casi todos los de tieri adentro les sucede una cosa parecida, aunque los muy cueros y ladinos se lo callen. He visto cómo un navegante de trigueros en clerne se ha roto, o poco menos, el huesillo del

gera, del desarrollo de la Obra Sindical del Hogar, impulsada por la C. N. S., podemos decir que la Delegación Nacional y el Instituto Nacional de la Vivienda han aprobado la construcción en Palma de cuatrocientas viviendas protegidas. También han sido adjudicadas sendas viviendas protegidas a los vecinos de los pueblos de Consell, Costitx y Montuiri. Y durante el último año se ha desarrollado actividad encaminada a incrementar la formación de grupos en otros varios pueblos de la isla y ciudades, tales como Sollers.

Otros magníficos grupos en Ciudadela (Menorca) han dado comienzo bajo los auspicios del Ayuntamiento de la ciudad.

El Ayuntamiento de Palma, a su vez, ha acordado la construcción de otros dos bloques de viviendas y aprobado el proyecto de uno de ellos, situado en una avenida de cincuenta metros de ancho y ocupando una manzana entera. Formarán un conjunto de ocho plantas y un ático, y que se pone un centro de viviendas. El patio central de la manzana se habilitará como jardín y campo de juegos infantiles; tendrá en su parte media una pequeña plaza rodeada de arena, y cerrará el rectángulo de la misma unas pergolas. Seis escaleras, con sus as-

ensores, darán acceso a los pisos, y los cuartos constarán de tres, cuatro o cinco dormitorios, sala comedor, cocina o un despacho, cuarto de baño y vestíbulo. Estas viviendas han acordado el Ayuntamiento de Palma para ser adjudicadas con preferencia municipal. El otro grupo de viviendas está dedicado a gentes de más modesta posición social.

Otras entidades también elevan mejoras de verdadera importancia en este aspecto social. Por ejemplo, la Asociación de la Prensa de Baleares también ha puesto en marcha un grupo sobre terrenos cedidos por el Ayuntamiento. De esta manera Palma se resuelve el déficit de viviendas producido por la falta de vivienda para los habitantes.

Hasta aquí algo de lo que se ha hecho en las islas para el comienzo de nuestra Reconstrucción nacional. Que devolviera a la tierra el singular hebreo y el terrible encanto de nuestro ambiente, que sorprenda y cautiva, que inquiete, que anime, que purifique de su alma al alma, todo por el ardor de las grandes ciudades.

¡Arriba España!

Juan BONET GILBERT

Playas cercanas a la capital de Mallorca

Ayuntamiento de Madrid